La Frontera de los Sueños

El Despertar

LIBRO II



La Frontera de los Sueños

Libro II
El Despertar

Juan A. Alzola García

Agradecimientos a la página Openclipart.org de donde se han sacado algunos de los dibujos del interior (en mapas, y separador).

Capítulo 1

Día a Día

La luz anaranjada de la puesta de sol resaltaba el contorno del misterioso libro. Andrés lo colocó en la tarima para continuar leyéndolo, pero antes de abrirlo se detuvo; se dio cuenta de que ahora le daba miedo. Sospechaba que aquellas hojas tenían vida.

Su hermano Tomás, le vio dudando y adivinó lo que le ocurría.

-Oye, ¿y si tomamos un descanso y voy a por más provisiones? –le dijo a Andrés.

-¿Y Rodolfo? –preguntó él.

-Después del grito que le has dado no creo que nos moleste.

-No le conoces. Es terco como una mula –dijo Andrés.

-Bueno, pues por si acaso vente conmigo.

-Iré contigo, pero no he sido yo el que ha gritado. Sé que es difícil de creer, pero fue el libro el que me hizo gritar.

-Vamos Andrés… Estabas nervioso, es normal que en esos casos uno reaccione sin saber qué hacer… y además gracias a ese súper-grito, Rodolfo se ha ido con el rabo entre las piernas.

-Vale… vale… pero me llevo el libro –dijo y lo cogió entre sus brazos abrazándolo.

Bajaron sigilosamente por la escalera. Conforme llegaban a la planta principal, el escurridizo susurro de una voz se deslizó entre sus oídos. Ya en el salón lo reconocieron. Era Rodolfo, que parecía hablar solo.

-Sí, que vengáis aquí…

-No. No ha sido normal…

-Bueno, pues ven y lo verás… –colgó el teléfono.

Rodolfo pasó junto a los hermanos que se habían escondido bajo la mesa del comedor, y se encerró en el servicio.

-¡Ahora! ¡Vámonos! –dijo Tomás.

-No. Hemos venido a por comida y la cogeremos –dijo Andrés que sujetando el libro se sentía seguro.

Se acercaron a la cocina que pasaba por la puerta del baño, y Andrés cogió una bolsa de plástico preparado para surtirse de la nevera. Tras una breve inspección ocular, se le alegró la cara.

-Ha comprado más chocolate –dijo, y lo cogió todo.

-¿Qué haces? La vamos a liar –le increpó su hermano mayor.

-Ya has oído. Él ya la va a liar de todas formas. No sé cómo nos vamos a librar de su pandilla. Si al menos pudiera hablar con la prima… o mejor con mamá –dijo Andrés.

-De la prima olvídate. Está coladita por él, y mamá hasta mañana no viene –le contestó Tomás.

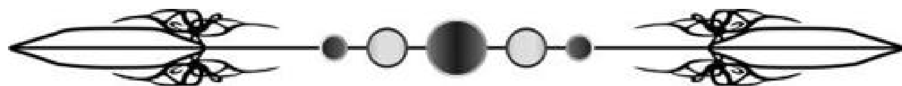
-Pues hasta entonces tendremos que sobrevivir –dijo y cogió además una barra de queso.

Salieron al jardín y se metieron en el garaje, pues decidieron no volver al desván por saberse allí localizados.

La cochera de la casa ya no era tal. Desde la muerte de su padre se fue llenando poco a poco de cacharros y ahora apenas se podía andar entre todos aquellos cachivaches.

Se adentraron al interior y se ocultaron bajo una mesa. Una linterna colgaba preparada de la mesa como un indispensable utensilio al que ya le habían dado uso en otras ocasiones. Dejaron caer el fleco de una sábana que reposaba sobre el escritorio y terminaron de formar su guarida.

El corazón de Andrés latía con fuerza cuando abrió la tapa del libro.



LA FRONTERA DE LOS SUEÑOS

El Despertar

Libro II

"El fuego hermana la senda de los enemigos"
Tratado del Comportamiento. Libro I del Conocimiento Augur.



Minas Sallhren
Vandoria
Cordillera de Vandoria
Páramos Cenagosos
Arcontia
Merintia
Gran Meseta Oriental
Tierra de Gigantes
Cañón Dangue
Drudia
Desierto del Dragón Errante
MAPA IGNITA
del
MUNDO EXTERIOR

Tras girar la llave, la plataforma circular con todo lo que sustentaba comenzó a bajar rápidamente. Se agarró con las dos manos al jergón, y gritó sintiendo su estómago haciéndose uno con su pecho. Aunque tenía la vista fija en el camastro, podía ver difusamente cómo todo alrededor suyo subía vertiginosamente. Para su espanto, aquella plataforma siguió bajando por debajo del nivel de la entrada sumergiéndose en una larga oscuridad.

Por fin, cuando comenzaba a separarse del jergón por la velocidad con la que este caía, empezó a frenar y se encontró con las narices incrustadas en los flejes del camastro, que cada vez le empujaban más y más entre el correoso crujir del cuero. El ingenio se detuvo y mareado dejó de gritar.

Se encontraba en una planta subterránea muy por debajo de donde le esperaban sus amigos. Una vaga luz venía desde lejos apenas iluminando su entorno. Etham se dirigió despacio hacia allí. Sobre un zócalo de mármol rodeado de una profunda sima estaba la piedra azulada. Sin perfiles, era como un orbe perfecto e irradiaba luz hacia todas las direcciones por igual.

Por detrás del islote con forma de pedestal, más allá de la fosa, otra luz de un tono más claro salía de una puerta enrejada. Etham rodeó el precipicio sin perder de vista la esfera y fue a mirar entre las rejas.

Vio el contorno de una persona que parecía estar incandescente. Era un ignita que al ver a Etham se quedó quieto por un momento. Él se apartó de los barrotes intentando pasar desapercibido, pero era demasiado tarde.

-¡Un intruso! ¡Un intruso en la cámara sagrada! –repetía una y otra vez el ignita gritando despavoridamente.

Etham dio la vuelta de nuevo y se ocultó de su mirada tras el pedestal, desde donde veía las sombras de los barrotes moverse de un lado a otro sobre las paredes de la cámara. Cada ser iluminado que llegaba se acercaba a la puerta para ojear en busca del intruso, pero llegó uno más candente que los demás con un manojo de llaves y abrió ruidosamente la puerta.

Etham se levantó y encaró a los ignitas que entraron en la sala.

-¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? –dijo el más iluminado mirando a Etham a los ojos.

-Me envía el señor de la luz.

-¡Mientes!

-Soy el portador de la piedra –dijo señalando la esfera.

-¡Mentira! Nosotros somos los guardianes de la piedra y de entre nosotros saldrá su portador –dijo el ignita soliviantado.

-Bueno... No lo he elegido yo -respondió algo confuso.

-¡Dime con quién has venido! –le dijo zarandeándole del hombro.

Etham echó mano a su espada pero recordó lo dicho por el anciano del sueño y la dejó en la vaina. Se zafó del ignita y se acercó al precipicio dispuesto a saltar. Era poca distancia, podría llegar fácilmente de un salto.

-Quieto chico. Nadie puede tocarla, si lo haces te fulminará.

Se acercó muy despacio al borde con sus manos extendidas hacia la piedra, pero dudó por lo que acababa de oír y se detuvo; en ese momento un trozo de masa viscosa le cayó en el pecho empujándolo hacia atrás. Después, otro tras otro los ignitas le lanzaron con sus manos esa pasta iluminada que parecía desprenderse de su propio ser. Cubrieron casi por completo su cuerpo, dejándolo inmovilizado con la espada pegada a su pierna.

-¡Soltadme!

-Créeme chico. Te hemos salvado ese feo pellejo que tienes.

-Si tan seguro estás de eso suéltame, y déjame coger la esfera.

-No. Se nos ha encargado su protección.

-¿Quién os lo ha encargado? –preguntó Etham.

-El señor de la luz, claro.

-Él me ha encomendado a mí llevármela. Estáis cometiendo un grave error –dijo Etham cada vez más enfadado.

-No es mi misión juzgar eso. Te retendremos hasta que venga nuestro soberano, aunque todavía tardará unos días –le dijo, y continuó hablando a sus compañeros-. Lleváoslo a una de las cuevas de dentro.

-¡Soltadme! ¡Mis amigos me esperan!

Se llevaron a Etham en volandas entre dos ignitas y lo metieron por la cancela abierta a los corredores interiores. Acabó tumbado en el suelo de una cueva que parecía ser el centro de una encrucijada de caminos subterráneos.

Transcurrieron varias horas sin que ningún ignita le hablara. Le miraban con curiosidad, pero pasaban sin detenerse. No sabía si había algún centinela vigilándole expresamente a él, porque todos le parecían iguales.

Aquella pasta luminosa tenía un tacto húmedo y templado, y aunque le inmovilizaba era confortable. No sentía hambre ni frío. Su

luz se fue apagando poco a poco y ahora a menudo, se quedaba totalmente a oscuras cuando no había ningún ignita cerca iluminando la cueva con su cuerpo. Uno de ellos, de menor estatura, se detuvo a su lado.

-Oye, no han encontrado ningún agujero en la cámara sagrada, salvo un hueco en el techo procedente de muy arriba. ¿Es que has entrado por ahí? –le preguntó el pequeño ignita extrañado.

-¿Tú qué eres? ¿Un niño o es que eres bajito?

-Tengo cien veces más años que tú, pero sí soy un niño.

-Pues eres un niño muy viejo.

-Cuando nos convertimos en ignitas yo era un niño y así me quedé.

Etham permaneció mirándole, sin creer lo que escuchaba.

-Sí, he entrado por ahí –le respondió después de un momento.

-¿Y cómo lo has hecho?

-No lo sé. Ya os he dicho que me envía el señor de la luz. Deberías preguntárselo a él o a los cenobitas.

-Mira, yo no tengo nada contra ti, quizá digas la verdad; pero desde que nuestro rey desapareció y se coronó su hermano Wigffredo, las cosas por aquí han cambiado mucho. No podemos hacer nada sin su permiso.

-No sé nada de vosotros. Nunca había visto a ninguno de vuestra especie. Pero afuera se está librando una batalla por el mundo y me estáis reteniendo aquí, junto al arma capaz de acabar con la guerra. Solo puedo veros como a mis enemigos.

-Muchos quieren ayudaros, pero el rey lo ha prohibido. La piedra de la vida es la fuente de nuestra supervivencia. Venimos hasta aquí para llenarnos de su energía. Si te la llevas cambiarás nuestra existencia.

-Y si la dejo, se acabará la existencia sobre el mundo. ¿Qué debo hacer? ¿Dejar morir a todas las especies de la superficie para que viva la vuestra?

El joven ignita calló pensativo, se levantó y se fue dejando al prisionero otra vez a oscuras.

Etham pasó mucho tiempo aburrido mirando a aquellos seres luminosos caminar de un lado a otro. Sin la luz del sol no podía calcular los días y desorientado, las horas se alargaban en una cargante espera. Cada vez que la pasta de su cuerpo se ablandaba, venía un ignita y añadía más sobre sus manos y sus piernas.

Por fin llegó el día en que el rey Wigffredo apareció en su visita regular para absorber fuerzas de la piedra de la vida. Enseguida fue informado de la existencia del intruso y se presentó con todo su séquito ante Etham.

-¿Y tú dices ser el portador? –dijo observando el cuerpo tendido de Etham.

-Sí. Yo soy –le respondió mirándole con indiferencia.

-¿Tú pretendes llevarte la esfera de la vida?

-Sí, a eso he venido.

-¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Quién te ha hablado de nosotros? –le preguntó el rey con curiosidad.

-El señor de la luz me envía; pero él no me había hablado de vosotros –le respondió tratando de incorporar su espalda.

-Y ¿por qué he de creerte? Somos los guardianes de la esfera. Nuestra existencia gira en torno a la piedra, y tú me dices que el señor de la luz te ha encomendado a ti llevártela sin siquiera habernos mencionado.

-Dime si no cómo he llegado aquí.

El rey dio la espalda a Etham y se quedó por unos momentos mirando a la pared. Sin girarse ordenó a su sequito salir de la cueva. En un instante los miembros de la comitiva se abalanzaron a las salidas como si sus vidas dependieran de ello y él se sentó junto al chico.

-Sabía que este día llegaría, aunque nunca me imaginé la decisión que tomaría llegado el momento. Ahora no tengo ninguna duda: no puedo darte la piedra. Eso significaría mi muerte.

-Pero a vosotros se os ha encomendado protegerla hasta ahora. No podéis traicionar al señor de la luz –dijo Etham sorprendido.

-Bueno, eso no es del todo cierto. ¿Has visto alguna vez a un enano?

-Sí.

-Son bajitos, fuertes y no ven más allá de sus narices. ¿Verdad?

-Sí. Eso dicen.

-No ven porque gustan de horadar la tierra en busca de tesoros, y muchos viven en oscuras cuevas construidas por ellos mismos –se miró las manos haciendo una pausa-.

< <Verás, nosotros éramos en nuestros orígenes una colonia de enanos. Hace muchos, muchos siglos, los cielos cayeron sobre el mundo levantando una espesa capa de polvo por la superficie y ocultando el sol. Aquello significó el exterminio de algunas razas y el diezmo de algunas otras como la de los grandes dragones o la de los gigantes, que aún se pueden encontrar entre las montañas de la costa oriental. Pero todo cesó al caer otro meteoro aquí, en el antiguo desierto muerto. Cuando las tierras se calmaron mandamos una expedición en su busca. Fue una vasta tarea, pues el meteoro quedó enterrado a gran profundidad, pero ya sabes, es difícil hacer desistir a

un enano con una idea en la cabeza.

Pasaron muchos años y por fin topamos con la piedra de la vida. Aquel glorioso día nuestra historia cambió, pues lo encontrado era mucho más raro que el más escaso de los minerales. Fluía algo invisible a su alrededor que de alguna manera nos proporcionó una maravillosa sensación de felicidad y falta de necesidades. Algunos intentaron coger la piedra con sus propias manos, pero al hacerlo desaparecían como si el viento se los llevara. Aquella piedra, al no ser de este mundo, no debía ser tocada y así optamos por dejarla en su lugar, pero no podíamos alejarnos de ella; tal era el beneficio que emanaba de su interior.

Con el tiempo supimos del origen mismo de la piedra: el señor de la luz. Trasladamos la colonia en torno a ella y al poco nuestros cuerpos cambiaron. Se convirtieron en lo que ves –dijo señalándose a sí mismo-. Se han estilizado hasta casi desaparecer, pues ahora no necesitamos de los músculos para vivir. Tampoco necesitamos comer, ni beber y como allá donde vamos nos acompaña la luz, nuestra visión ha mejorado notablemente.

Y el entorno también cambió. Ahora estamos bajo un fértil valle lleno de vida, atrás quedó el desierto.

Pero pronto nos dimos cuenta de que la fuerza de la piedra era retenida por nuestros cuerpos solo durante unos días. Esta permanecía durante más tiempo en los que hacían el bien. Así es, el eterno conflicto entre el bien y el mal.

Mi cuerpo se colma como un cuenco de la fuerza de la piedra, y se vacía como si fuera una cesta tratando de contener agua. Lo siento por ti, pero retengo poco la energía pues soy poco virtuoso y necesito estar cerca de la piedra para seguir viviendo. Después de tantos años siempre pensé en acoger con agrado el día de mi muerte, pero aun pasado tanto tiempo me siento como si hubiera vivido solo unos días y no me veo con ánimos de dejar este mundo.> >

-No tiene sentido lo que dices. Conoces la fuerza de vida y aun así actúas contra ella. Estás traicionando la esencia de tu existencia, pues sin ella hace muchos años que deberías estar muerto –dijo Etham.

-Sí lo sé, pero ya me he acostumbrado a vivir sobre este mundo y, teniendo esto seguro, no me quiero aventurar a dejar la esencia de la vida como tú la llamas; no sea que ahí se me acabe el camino –le contestó.

-¿Y qué vas a hacer? ¿Matarme? –preguntó.

-No. Si lo hago me vaciaría como un cuenco roto y no me daría tiempo a acercarme a la piedra –le contestó.

-Si me retienes aquí tampoco creo que aguantes demasiado…

–comenzó a decir Etham cuando fue interrumpido por el ruido de piedras caer cerca de una de las entradas de la cueva.

-No, aquí no te quedarás. Esto está demasiado transitado y sí, creo que después de hoy tendré que vivir muy cerca de la sala sagrada, pero mejor eso a dejar de existir –dijo Wigffredo mirando de reojo la entrada de donde vino el ruido.

El rey se dirigió hacia allí y cuando llegó al arco de acceso, lo revisó mirando a un lado y a otro. Murmuró algo y se fue.

Etham se quedó sumergido de nuevo en la oscuridad, pero esta vez aquella negrura se le metió en el corazón. Se vio allí solo, lejos de sus amigos y preso por un ser desequilibrado dispuesto a dejarle allí abajo para siempre. Una angustiosa sensación de ahogo le hizo retorcerse en un desesperado intento para liberarse de la sustancia paralizante, pero fue inútil. Cuando exhausto desistió, se recostó y pudo ver sobre el techo un suave reflejo de luz aproximarse hacia él. Aguantó su agitada respiración y se incorporó otra vez mirando a su alrededor. Dos pequeñas luces avanzaron flotando hacia él lentamente y se detuvieron frente a su cara.

-Soy yo, Valhir –dijo, pero Etham no contestó porque no le reconoció y él insistió -. ¡El niño viejo! He hablado ya contigo.

-Sí, sí, pero ¿Qué ha sido del resto de tu cuerpo?

-Escondido bajo la ropa.

De la nada surgió la silueta iluminada de una mano que tocó sus extraños cepos derritiéndolos al instante.

-¿Por qué me liberas?

-He escuchado a ese loco de Wigffredo. Ya te dije que no era de fiar –dijo volviendo a ponerse el guante.

-¿Cómo puedo ir a la cámara de la esfera?

-Por la cancela es imposible, está vigilada. Tenemos que ir por abajo. Cerca del magma hay un camino que muy pocos conocen.

El ignita guió a Etham valiéndose de la escasa luz desprendida por sus ojos. Se adentraron en un largo pasadizo y cuando llegaron a la mitad, Valhir se agachó y apartó una loseta que se apoyaba en una pared. Quedó al descubierto un agujero por el que entraron agachados. La oquedad, estrecha y calurosa, se hizo más y más bajita obligándoles a seguir reptando mientras descendían por una pendiente. Cuando el tramo más angosto terminó, llegaron a un ensanchamiento en el que se pusieron de pie. Avanzaron un poco más y llegaron a una enorme cavidad bañada por un mar de lava salpicado de descomunales pilares de roca, que soportaban los niveles superiores e impedían ver el final de la cueva. Quedaron en una plataforma elevada de la que surgía una columna truncada rodeada de piedras a su alrededor.

-Alguna ventaja tiene ser pequeño. Nunca habías visto nada

igual ¿verdad? –dijo el ignita orgulloso de sí mismo.

-No, lo cierto es que no. Y ¿por aquí podemos llegar a la cámara?

-Sí. ¿Ves esa columna? –dijo señalando a uno de los soportes que se encontraban rodeados de magma.

-Sí.

-El final no aguanta ningún techo. Mira a la punta y verás la luz azul de la piedra de la vida. Es el zócalo que sobresale al nivel de arriba, donde la esfera se apoya –dijo Valhir.

-¿Y cómo llegamos hasta allí?

-No lo sé. Nunca me vi en la necesidad de llegar por aquí.

Etham se acercó a la columna más cercana. También estaba rota, no llegaba al techo y era lo suficientemente larga para alcanzar a la que hacía de soporte de la piedra azul, si caía a lo largo. La empujó apoyando su cuerpo, pero no se movió.

-Ni en un millón de años tirarías eso –dijo Valhir.

-Bueno, tenía que intentarlo. Si consiguiéramos que esta cayera sobre la otra, yo podría trepar hasta la esfera.

-Sí, es buena idea, pero ¿cómo la tiras? –le preguntó Valhir.

Etham cogió su espada y la blandió en el aire.

-Guarda tu espada o se mellará –dijo el ignita.

-No es una espada cualquiera.

-Vaya, que tienes aquí… -dijo Valhir admirando su espada-. Esta empuñadura está emparentada con la piedra de la vida, puedo sentirlo. ¿Ninguno de los que te apresó se dio cuenta?

-No, se quedó unida a mi pierna, embadurnada con esa pasta. No creo que la hayan visto.

-Sin duda has de ser el enviado, Etham de la superficie –dijo Valhir viendo como él se disponía a usar el arma.

Despacio, empujó el filo contra la base del pilar y su superficie cambió al color de la lava que bullía a borbotones por la cueva. Poco a poco se desprendían las rocas inferiores entre el crepitar lastimero de la espada, hasta que la columna se venció. A Etham apenas le dio tiempo de apartarse cuando la mole se abalanzó sobre el soporte de la esfera. Con gran estrépito también este se ladeó, apoyando su parte más alta en el suelo del nivel superior y provocando que la esfera rodara por su inclinada superficie hacia la primera columna derribada, que ya se estaba haciendo añicos. Ninguno de los dos lo habían previsto, por lo que se quedaron petrificados viendo la esfera descender botando caprichosamente de piedra en piedra.

Cuando llegaba a la plataforma en la que ellos esperaban sobrecogidos, dio un último salto hacia Etham que la recibió con el

pecho. La piedra desapareció fundiéndose en el cuerpo del chico y una explosión de luz azul inundó el lugar.

El color rojizo del magma se desvaneció lentamente de las paredes de la cueva y Etham se encontró de pronto rodeado de gentes desconocidas. Miró hacia arriba y pudo ver el cielo nuboso y sombrío del que caían algunas gotas perdidas, ya no estaba bajo tierra. Poco más adelante escuchó el ruido de unos sables; cuando miró se quedó aterrado. Eran excretores. Daban muerte a aquellas gentes sin ningún tipo de resistencia. Como alimañas buscando la flaqueza de su víctima, se acercaban hasta ellos, tanteaban sus pertrechadas defensas y por donde podían clavaban sus espadas entre los terribles gritos de dolor del herido. Uno tras otro los iban matando pero ellos no hacían nada. Se quedaban allí de pie sin mover apenas los brazos esperando recibir su muerte.

Comenzó a correr zarandeando a uno y otro. Gritándoles en la cara.

-¡Luchad! ¡Despertad! ¿Qué os pasa?

Corrió y corrió ansioso por encontrar a alguno dispuesto a luchar por su vida, pero era inútil, todos le miraban sin esperanza, vencidos antes del combate. Empujado por los gritos de muerte y el intenso olor a sangre continuó fuera de sí, con lágrimas en los ojos, sin creer lo que veía.

Más allá, entre la borrosa mirada de aquella tarde oscura, pudo distinguir el vivo color rojo de la guardia sagrada. El corazón le dio un vuelco y se dirigió hacia ellos en lo alto de una colina, dispuesto a acabar con la pesadilla.

-¡Venid! ¡Vamos! ¡Están atacando! –les gritó desde lejos.

Pero no le contestaron.

-¡Escuchad! ¡Hay que luchar!

Siguió acercándose sin recibir respuesta.

-¡Hacedme caso! ¡Yo soy el enviado! –gritó exasperadamente afirmando aquello que nunca quiso reconocer.

Llegó por fin a la cima y por el otro lado vio más excretores masacrando a los inertes guardianes sagrados. Cada uno era capaz de luchar contra diez excretores al mismo tiempo y salir victorioso, pero ahí estaban; quietos y sin ofrecer resistencia a ninguna de esas huesudas alimañas que, lenta pero implacablemente, cumplían su cometido regodeándose en las muertes de sus puñales.

Delante de él una bestia sostenía el cuerpo de un guardián agarrando con una mano su capa, y mientras le retorcía una daga entre las costillas con la otra mano, le miraba a la cara a tan corta distancia que sus babas caían sobre el atormentado gesto de la víctima.

Aquello fue más de lo que Etham pudo soportar. Un furibundo sentimiento de rabia e ira le llevó a lanzarse contra él espada en mano. Sabía que tantos excretores le matarían, pero no podía permitir semejante infamia. La arrebatada violencia enconada en su pecho explotó en un grito espeluznante.

Cuando iba a asestar el primer golpe sintió una quemazón en la boca del estómago y vio cómo todo su entorno se volvió azulado de nuevo. De la nada surgieron cientos de hombres a caballo. Eran guardias sagrados y tropas regulares cabalgando juntos, pero estaban en otro lugar. Estos sí se movían. Pasaban entre una garganta profunda y los dirigía Hergues, al que conocía de la ocasión en que él le salvó de recibir una buena tunda cuando escapó de su hogar. Ahora llevaba galones de comandante. Se acercaban a unos arcontes que les hacían señas recibiéndolos pacíficamente. Lentamente se adentraba la columna hacia ellos, pero Etham sabía que algo no andaba bien. Los podía ver a todos desde lo alto: los soldados y sus anfitriones, pero había algo más. Algo en el ambiente le recordaba el momento en que se enfrentó al advento cerca del molino de piedra. Miró a su alrededor. Desde donde estaba podía ver entre los árboles y las rocas. Era una emboscada. Aquella rara sensación era el mal.

Un ejército de excretores se escondía esperando la señal de ataque. Habían tomado posiciones elevadas en una trampa perfecta para aniquilar a los soldados.

Debía hacer algo, tenía que gritar y hacerles volver, pero no podía, por más que lo intentaba la voz no salía de su boca. Las tropas seguían su lenta marcha y él se vería de nuevo obligado a presenciar una masacre; pero se acordó de las enseñanzas de sus tutores Augur: podía influir casi en cualquier ser vivo si conseguía entrar en él.

Se acercó al comandante Hergues para introducirse en su mente y se concentró en un único pensamiento.

-Vuelve, es una trampa…

Pero el oficial no reaccionaba.

-Regresa, es una trampa…

-¿Has dicho algo? –le dijo a su suboficial.

-No Señor.

-Vuelve. Es la muerte de Hurug-Madöh… –se acordó Etham de todo lo que le contó el oficial sobre su destino en el norte.

-¡Alto! –dijo el capitán levantando la mano.

Hergues se quedó pensativo sin saber qué le estaba pasando. Echó mano a sus órdenes. No debía abrirlas hasta llegar a los páramos cenagosos. Eran instrucciones directas del consejero del rey, pero

faltaba muy poco para llegar y no esperaría más.

Despegó el sello lacrado con nerviosismo.

Por orden de Su Majestad el rey,
se aniquilará a la raza arconte,
fuente de maldad y refugio de perversión.
De los seres corruptos no salvarán ni hembras ni vástagos.
Cúmplase.

Perplejo, leía y releía el despacho, pero aquel papel se obstinaba en decir siempre lo mismo. En lo alto de su caballo, se mareó y empezó a sudar a goterones. El papel seguía allí, movido por el viento y bañado por el sol ajeno a sus encontradas emociones. Un recuerdo le vino a la cabeza: las palabras de Antaris sobre la misión. Él le advirtió de la locura del rey... y aquel misterioso susurro martilleando su pensamiento:

-Vuelve. Es la muerte de Hurug-Madöh...

Alzó la mano girándola en círculos y gritó.

-¡Atrás! ¡Media vuelta! –decía una y otra vez ante la sorpresa del alférez.

La voz se pasó rápidamente por la formación. Era muy irregular escuchar al oficial al mando gritar una orden sin dársela a la cadena de mandos. Los soldados se alertaron y actuaron con celeridad, pero la retaguardia en donde iban las provisiones se colapsó. Las grandes carretas no podían maniobrar con facilidad en aquella estrecha garganta. Los oficiales remontaron la columna hacia allí cuando comenzó el ataque. Los excretores viendo la maniobra de retirada adelantaron sus posiciones y lanzaron sus flechas a la vez formando una mortífera lluvia que cubrió de sangre el ejército merintio. En un caos total se alzó la bandera de retirada. Los jinetes, saltaban las carretas a lomos de sus monturas dejando con sus carreras apenas sitio para la infantería. Los soldados de los carros desistieron de hacerlos maniobrar, pues la avalancha lo hacía imposible y cientos morían aplastados entre la muchedumbre. Las tropas de la orden sagrada que iban separadas por detrás ataron cuerdas a los ejes y valiéndose del tiro de sus caballos, consiguieron apartar varios carruajes lo suficiente para permitir la huida de la ahora exigua infantería.

Etham salió de Hergues y se elevó para ver aquella masacre. De todas las tropas quedaban menos de la mitad huyendo hacia el paso de Holm Dulurk.

Desaparecieron desvanecidos en la luz azulada y se encontró de nuevo frente a Valhir que también había cambiado su color.

-¿Estás bien? –le preguntó el ignita.

-¿Qué ha pasado?

-Caíste redondo cuando la piedra se metió en tu cuerpo.

Etham se miraba el pecho con los brazos abiertos sin saber bien lo que había pasado. Sus ropas parecían intactas, pero la esfera ya no estaba. Se abrió la camisa y vio que la piel alrededor de su ombligo lucía intensamente. Se abrochó.

-He tenido una visión horrible –dijo con el semblante pálido.

-¿Sobre la piedra?

-No. Creo que la piedra se comunica mostrando visiones, pero no sé si lo que he visto es de algo futuro o de algo presente.

Valhir le ayudó a levantarse.

-Ha cambiado el color de tus ojos –le dijo Etham.

-Sí. Mucho ha cambiado en un instante.

-¿Por qué me miras así?

-Decías la verdad. Con toda seguridad puedo decir que eres el enviado del señor de la luz –dijo solemnemente el ignita-. Wigffredo se va a enfadar mucho.

-No pienso ir a decírselo. Tenemos que subir, encontrar a mis amigos y partir hacia ese lugar–dijo Etham decidido.

Subieron por el pasadizo hacia la claridad, y se encontraron de bruces con un ignita que retrocedió asustado al ver los ojos azulados de Valhir. Sin detenerse, continuaron corriendo hacia los niveles superiores huyendo de la tierra ignita. Valhir, que abría la marcha, se descubrió la cara para iluminar el suelo en el momento en que un horrible alarido penetró en sus oídos. Era la voz de alarma. Rápidamente la temperatura comenzó a subir y un creciente murmullo surgió a sus espaldas. Aceleraron el paso, pero por más que corrían no se deshacían de sus perseguidores. Siguieron trastabillando por el suelo arenoso y pegadizo hasta que se detuvieron exhaustos.

-Los dos no podemos escapar –dijo el ignita-. Vete tú y cumple tu misión.

-¿Y qué te pasará a ti? –preguntó Etham.

-Intentaré convencer a mi gente de la verdad. Tengo un buen argumento –dijo enseñándole el color azulado de su cuerpo-.

-Ten mucho cuidado: Wigffredo no atenderá a razones.

-Sea como sea, cuando te lleves la piedra los más necesitados de sobrellevar sus penas serán los primeros en caer. Él no aguantará ni un solo día. Ahora vete, no tienes tiempo que perder. Yo les entretendré. Sigue subiendo hasta encontrar un resorte de piedra verde. ¡Ah! Toma. Sin esto no podrás ver y así al menos una parte de

mí te acompañará –le dijo separando con su mano una pequeña porción de sustancia luminosa.

-Adiós, Valhir. Gracias por todo –se despidió.

Etham continuó subiendo lentamente hasta llegar a la palanca que accionó sin dificultad. Una compuerta de roca se abrió delante de él dejando entrar la luz del día. Deslumbrado salió y respiró el aire puro. Se colocó la mano delante de los ojos y miró entre las rendijas de sus dedos. Su ojo oscuro se habituó antes a la luz y poco a poco distinguió el terreno. El suelo estaba lleno de fragmentos de piedra negra. Había salido a la grieta en la que días atrás Bentor intentó matarle. Avanzó hacia el desfiladero para volver a la entrada del templo de los cenobitas, pero las piedras que se encontraban en su camino empezaron a vibrar con un repiqueteo amenazante. Conforme más se acercaba, las vibraciones aumentaban y las piedras saltaban cada vez más altas. Echó mano a la empuñadura de su espada dispuesto a utilizarla de nuevo pero con el último paso, salieron despedidas rebotando entre las paredes con un doloroso chirrido. Etham agachado se cubrió la cabeza con los brazos sintiendo los fragmentos estallar a su alrededor. Al cesar el estruendo, cuando lentamente irguió la cabeza, pudo ver el suelo limpio y sorprendido se miró la tripa más iluminada que antes. Solo tenía un rasguño en su brazo derecho al que no prestó mayor importancia. Se levantó y apresurado tomó el desfiladero para reunirse con sus amigos.

-¡Ahora! ¡Ahora! –gritó Bentor.

-¡No! Déjala vivir. Las aves son criaturas del hacedor –dijo el eremita.

-Lo siento viejo. Yo también tengo que vivir, y si como una más de tus raíces acabaré aquí enterrada –le contestó Leratham.

El zumbido de una saeta surcó el aire y un albatros cayó fulminado a los pies de Etham que asomaba ya por la hendidura.

-Siempre infalible con tus mortíferas flechas –dijo él agachándose a recoger el cuerpo del ave.

-¡Etham! –gritaron ella y Bentor al mismo tiempo.

-¿De dónde sales bribón? Te dábamos por muerto –dijo Erick acercándose al muchacho para coger el pájaro sin prestarle a él más atención.

-Es una larga historia –le respondió Etham extrañado por la indiferencia del anciano-, y ahora no hay tiempo que perder. Debemos partir de inmediato. ¿Dónde está Murghos?

- ¿Y qué haces tú tan lejos del mar? –dijo entre dientes el

curandero dirigiéndose al albatros muerto.

Etham sintiéndose ignorado miró a los hermanos buscando una respuesta.

-Murghos está dentro -dijo Leratham-. Cuando subiste en esa cosa los cenobitas desaparecieron para no volver más, y al bajar y desaparecer bajo el suelo todos los ventanales se volvieron a cerrar. Salimos corriendo temerosos de perdernos otra vez en aquella oscuridad. Solo de vez en cuando Murghos entra guiado por este hilo para comprobar si has regresado –Leratham le mostró un trozo de hilo del color de su jubón al que le faltaban las mangas y que estaba atado en la puerta del monasterio.

-¡Ya verás qué contento se va a poner cuando te vea! –gritó Bentor abrazando a su amigo y levantándole del suelo.

-Suelta grandullón o esta vez sí acabarás conmigo-dijo Etham cerrándose el cuello de la camisa, por donde salía un poco de luz tras el estrujón.

-¿Por qué tienes la cara azul? –preguntó Leratham.

Etham se giró mientras se terminaba de cerrar su camisa.

-Sin duda nuestro amigo ha encontrado el poder que andaba buscando. Siempre hay un remedio para todos los males –dijo Erick depositando con cuidado el ave sobre el suelo-. El mundo está enfermo. He venido notando muchos síntomas que así lo atestiguan: grandes áreas de bosques pudriéndose sin razón alguna, tormentas destructoras salidas de la nada, raíces imposibles de encontrar y otras como el árbol Sigierum que surgen de repente para curar a nuestro amigo, o este albatros que debería sobrevolar las aguas del mar y nunca adentrarse tanto en el interior. No. El mundo te necesita Etham y espero que asumas tu responsabilidad.

-No te preocupes ya sé cuál es mi sitio –le respondió.

-Entonces mi misión ha terminado. Ahora todo está en tus manos. Iré a mi cueva a vivir el descanso de mis últimos días.

-No puedes irte. Te necesito, y además el norte está tomado por el ejército del mal –cogió del brazo al anciano que se disponía a replicar-. Os necesito a cada uno de vosotros. He hablado con el creador de todos los mundos y sí, soy el portador de la piedra de la vida. He visto la muerte de nuestras tierras y la de sus habitantes. He visto las alteraciones de las que habla Erick. Pero se me ha desvelado un camino para restablecer el orden perdido.

<Habrá una terrible batalla en las tierras de los drudios. Mi misión está ahora allí. Debo anular los poderes de la muerte, muy próximos ya a ese lugar, y conseguir la unión de los orgullosos drudios con los pueblos del norte.

Esto además se me ha revelado:

La ciudad de Dur-Barak ya ha sido tomada, pero las tropas

del ejército real y gran parte de la guardia sagrada salió de allí antes del ataque. Fueron emboscados en el cañón Dangud. Dentro de dos días lo que queda de esta gran columna atravesará por el paso de Holm Dulurk; allí uno de vosotros debería esperarles para llevarlos hasta el castillo drudio de Irdham y evitar que vuelvan a Dur-Barak, donde encontrarían la muerte.

Quien vaya, llevará a Tizón y no se detendrá, salvo para darle descanso cuando lo necesite –hizo una pausa esperando algún voluntario pero nadie dijo nada-. Esperaremos a Murghos mientras recogemos el campamento y entonces decidiremos.>

Avisaron a gritos al antiguo guardián rojo y pertrecharon a los caballos con los cacharros de cocina y las armas. Leratham se acercó a Etham.

-No tienes que taparte el cuello –le dijo arreglándole el escote de la camisa-. El color azul te queda muy bien.

-Escucha Leratham… –le dijo apartándose con ella de los demás-.

Edam sospechaba que Leratham se había encaprichado ahora de él, pero ya solo tendría tiempo para su misión y no quiso que sufriera lo mismo que él llegó a padecer por su causa.

-Verás me gustaría decirte algo… -continuó Etham sin saber bien cómo expresarse.

-No hace falta que sigas… -dijo ella y echándose a sus brazos le besó.

Pero Etham no le correspondió y ella se dio cuenta. Se apartó sonrojada.

-Perdona Leratham… es que no puede ser. Algo más se me ha revelado ahí abajo. Hay fuerzas de enormes proporciones que ahora dependen de mí. Nunca quise admitirlo, pero después de todo, las profecías hablaban de mí.

<Eres una persona maravillosa y créeme, mis mejores sueños pasaban por formar una familia contigo, pero la gravedad de lo ocurrido me sobrepasa y no sé cómo acabaré. Te diría que huyeras lejos de mí; cuanto más mejor. Aunque vayas donde vayas, correrás un gran riesgo pues en realidad, todo nuestro mundo está en peligro. Sí estoy seguro de algo: antes o después tendré que enfrentarme al señor oscuro y me temo lo peor. Hazte un favor: olvídame.>

-Pero, yo... –comenzó a decir cogida de la abertura de la camisa, con la vista puesta en su cuello, incapaz de mirarle a la cara.

-No. No le des más vueltas. Ahora sé por qué no se me ha permitido llevar una vida normal. De alguna manera mi destino pasa por darme a los demás. Sin embargo, seguir más adelante contigo solo te traería pesar.

Leratham se fue llorando escondidamente con los demás. De

su amor propio, profundamente herido, fluía la ira que le corría por sus venas.

Etham la miró con pesar tocándose su iluminada barriga y fue a preparar a Tizón. Cuando estuvo cargado, se acercó a su oído y le susurró unas palabras:

Corre como el rayo,
salta con el viento,
cuida de tu jinete y
solo cuando no tengas fuerzas
detente a descansar...

-Adiós Tizón –le dijo en voz alta, apoyando su frente en la cabeza del animal.

Leratham, con el arco a sus espaldas, apartó a Etham cogiéndolo del hombro.

-Yo seré quien vaya a Holm Dulurk –dijo subiéndose a la montura.

-Espera... –comenzó a decir el muchacho.

-No. Tienes razón. Cuanto más lejos mejor. Adiós.

Leratham espoleó al caballo y salió galopando con lágrimas en los ojos. Allá por donde pasaba saltaban las piedras despedidas hacia el precipicio. El camino que con tanto cuidado habían recorrido lo trotaba ahora Tizón azuzado por ella, en una temeraria muestra de valor herido.

-¿Adónde va con tanta prisa? –dijo Murghos con los ojos todavía guiñados por la luz del sol.

-A Holm Dulurk –respondió Etham.

-Ella ha elegido su camino. Esperemos que le guíe al mejor de los destinos –dijo Erick el eremita apoyándose en su bastón.

-Lleva mi espada en la silla. Quizá le ayude allá donde va –dijo Etham-. A nosotros nos ayudará pasar desapercibidos por las tierras drudias si queremos llegar al castillo de Irdham. Los extranjeros no son bien recibidos por allí.

Etham entró por un momento en la cueva y salió con los cortinones azules y los rojos. Rasgó una tira muy larga y se hizo un turbante que le escondía su ojo más claro.

Los demás hicieron lo mismo y Erick ayudó a Murghos a cubrir sus vestimentas con una tosca túnica hecha con la tela.

La expedición partió sin más demora hacia el castillo de Irdham. La decisión de Etham animó a los demás aunque todos, y Bentor en especial, pensaban en la fugaz marcha de Leratham.

Capítulo 2

La Bestia Herkrum

Las orgullosas puertas de Dur-Barak pendían ahora desmembradas de sus goznes con un quejido suplicante arrancado por el viento. En otras ocasiones Radeon había llegado a la capital de Merintia en busca de utensilios para su granja, y siempre se había sentido intimidado ante las infladas gentes de la ciudad. Ahora, cuando atravesaba el umbral sobre su caballo, recordaba aquellos momentos sonriendo, pensando en los curiosos avatares de la vida.

Los excretores se desplegaron en tropel cuando el general rebasó el acceso. Ansiosos por encontrar alguna víctima, entraban en las casas una por una destrozando furiosos los enseres y rebuscando en todos los recovecos.

Gritos de terror se escuchaban de un lado y de otro. De entre todos los habitantes de la ciudad hubo quienes no quisieron huir y abandonar sus casas. En la mayor parte, eran ancianos que no se veían con fuerzas de emprender una nueva vida en otro lugar, y decidieron quedarse a morir donde ellos y sus antepasados habían vivido felizmente por tanto tiempo. Sus desgarradores alaridos de dolor y sufrimiento llegaban a los oídos de Radeon rogando por una muerte rápida que les liberara. En manos de los excretores pronto se arrepintieron de no haber huido, maldiciendo una y otra vez aquella decisión.

-Una resuelta victoria –dijo Ávaron al general.

-Sí. Tal y como dije, vencería todas las ciudades para nuestro señor.

-¿Es que no ves que esto está vacío? –dijo el Augur consejero.

-Los enemigos huyen solo con oír las proezas de nuestro amo.

-¡Hace falta estar ciego! Vosotros los militares pensáis que los reinos se conquistan con espadas –dijo.

-¿Con qué si no? ¿Con palabras?

-Muchas estrategias he elaborado para que hoy Dur-Barak se encuentre vacío. Tú y los excretores solo sois una pieza más del juego.

-Bueno, hasta que mi espada no ha entrado en la ciudad no la hemos conquistado –le dijo, mirándole a los ojos mientras le cerraba el paso con su caballo-. Yo confío en mi espada, no en charlatanes.

-¿Y tú? ¿Eres de fiar? Mi lealtad al amo está probada, la tuya todavía no. Recuérdalo.

El consejero del amo oscuro espoleó a su caballo y se fue. Radeon se preguntaba por qué desconfiaba tanto Ávaron de él. En una ocasión le dijo que su parte humana podría traicionar al amo y recordó cómo los maestros de la piedra hablaron con él:

... pronto tus únicos pensamientos serán los de la piedra Edecán...

-¿Es que mis pensamientos no son míos? –murmuró.

Según avanzaba por las calles trataba de recordar todas las veces que había estado por allí. Acordarse de quién había sido, sería la única forma de saber que era él de verdad y no estaba manejado por la maldita piedra Edecán; pero los recuerdos se le escapaban y cuando no, el estómago le punzaba ardientemente desconcentrándole.

Llegaron a una plaza frente al castillo de la orden sagrada. Allí, en el centro, había un pozo más grande de lo normal, con inscripciones drudias esculpidas en la piedra del brocal. Radeon se acercó extrañado de ver aquel alfabeto y recordó otra inscripción parecida tallada en un gran dolmen, allá en su comarca. Algo que en sí no era raro pues casi todo el reino de Merintia fue ocupado por los drudios durante siglos hasta la reconquista; pero él estaba sorprendido de poderse acordar sin dificultad. Las punzadas cesaron y tuvo una tranquilizadora sensación interior de calma que aumentaba conforme se acercaba al pozo. Apoyado, se quedó mirando la noria de la polea. Un pequeño destello iba y venía por el círculo como si este se estuviera moviendo, pero en realidad permanecía quieto. Pensó que quizá el viento le estuviera dando un ligero movimiento apenas perceptible. Se subió al brocal para tocarlo con la mano, pero el ruido de un carro acercándose por detrás le sorprendió y bajó de un salto. Era el amo oscuro y su séquito encabezado por los otros dos generales. Lenta y solemnemente pasaron delante de él y la huesuda cara del amo cruzó indiferente, sin siquiera mirarle. Cuando la comitiva se alejaba, un advento se dirigió a él hablándole respetuosamente.

-Mi señor, su excelencia le ha convocado inmediatamente en la sala del consejo Augur de la torre triangular –dijo.

-Ahora iré –contestó Radeon mirando el pozo.

-¿SSS... Señor? –balbució el advento que creyó no haber escuchado bien la despreocupada respuesta del general.

-Retírate.

-Como ordene.

El advento se fue y Radeon le siguió con la mirada hasta perderle de vista. Entonces se agarró de nuevo al brocal con una mano y, con impulso, saltó hasta tocar con la otra mano la noria del pozo.

En ese momento recibió una fuerte sacudida y se le hicieron presentes sus dos hijos junto a su difunta esposa, la comarca, sus campos, y la sangrienta invasión de su poblado a manos de los excretores. Creyó ver pasar lentamente los recuerdos y permanecer en el aire parado, pero apenas había transcurrido un instante cuando la mano, arrastrada por el resto del cuerpo en su caída, se separó de la extraña rueda. Radeon cayó al suelo desorientado.

Escuchó más pasos acercarse y se levantó confundido. Se vio rodeado por varios militares que tras saludarle continuaron hablando entre sí, sin prestarle atención. Les siguió olvidando lo que le había pasado.

Dentro de la torre triangular un sargento alado con un deteriorado plano apergaminado en la mano, daba instrucciones a los oficiales recién llegados asignando a cada uno una cámara donde situarse. A Radeon tanta organización le sorprendió; parecía como si la conquista de Dur-Barak y la toma de los castillos en perfecto estado, hubiera sido considerado como un simple trámite de un proyecto mucho mayor. Inmediatamente pensó en el consejero Ávaron.

-Señor, sus aposentos están en la última planta –le dijo a Radeon cuando se acercó.

-¿Y los del amo oscuro?

-En la primera.

-¿Junto a los del consejero Ávaron?

-Sí, señor, de momento también los suyos están en la primera, en la cámara contigua a la de su excelencia.

-Ya... y ¿quién ha repartido los dormitorios?

-Lo ignoro señor. Yo solo tengo órdenes de informar. Los rumores dicen que apenas podremos descansar aquí, que saldremos en breve otra vez de campaña. Aunque usted los sabrá mejor que nadie, mi general –le insinuó el advento buscando información.

-Sí sargento. Ya recibirá las órdenes –dijo Radeon.

Mientras subía por las escaleras acompañado por un excretor a su habitación, pensó que realmente él no sabía nada de los planes del amo, y que seguramente hasta aquel insignificante sargento tuviera más información sobre los próximos movimientos de su propio ejército. Se sintió como una marioneta en manos de su señor, pero después de todo su único afán era servirle a él. Siguieron subiendo por las escaleras pero Radeon no se podía quitar esos pensamientos de la cabeza y entonces se detuvo de pronto. Otra terrible duda le paralizó. ¿Y si era un mero títere de Ávaron y no de su amado señor? Se enojó profundamente. Más y más preguntas sobre él y sobre su pasado asaltaban su conciencia, pero por encima de todo había algo que volvía una y otra vez a su cabeza: la rueda metálica del pozo,

moviéndose con una cantinela que no abandonaba sus oídos.

-Mmmrrrz –gruñó el excretor espantando las cavilaciones de Radeon.

Pasaron por la sala del consejo Augur y vieron a varios excretores más retirando los cadáveres de sus miembros que aún permanecían allí. Subieron por la escalerilla al último piso donde se encontraban las halconeras. El guía le mostró su habitación: una reducida celda de uno de los Augur difuntos. Cuando Radeon vio la austeridad de aquel sitio terminó de enfurecerse.

Enseguida llegó Turon, su ayuda de cámara, con sus cosas. Se aseó, se cambió la capa, y se dirigió a la sala del consejo sagrado donde estaban ya los otros dos generales y el amo oscuro escuchando a Ávaron con atención.

-... Herkrum no podrá ser...

-Perdón –interrumpió Radeon.

-... no podrá ser repelida por el poder de ninguna piedra de luz –siguió Ávaron después de mirar con desprecio al recién llegado.

-¿Y el segundo poder? –preguntó un general alado.

-De su boca manará el peor de los venenos. Solo con su contacto se derretirá la carne de los humanos.

-¿Y el poder que le dará Radeon? –volvió a preguntar.

-La piedra Edecán de Radeon le dará el poder de repeler las lanzas, espadas o cualquier otra arma forjada en fragua.

-¿El qué...? –preguntó Radeon.

-Bastará con que lleves tu cuerpo y la piedra al patio de abajo. No esperamos nada más de ti –le dijo Ávaron apretándole con el dedo en la barriga.

-Ja, Ja. No seas tan duro con él –intervino el amo oscuro-. Mi diligente consejero habla de la bestia que habita bajo esta ciudad. Herkrum tiene la misma edad que este mundo y su maldad le da equilibrio, pues en un principio las fuerzas del bien y del mal estaban igualadas; por aquello de la libre elección, ya sabes. Esto claro, fue al principio de los tiempos, porque después, el débil corazón de los hombres se encargó de desequilibrar la balanza a nuestro favor. Ja, Ja –continuó riéndose con satisfacción-. Pero tras la caída de las lunas, los drudios, que por entonces habían conquistado estas tierras, tendieron una trampa a la bestia Herkrum, y valiéndose de una de las piedras Edecán de luz la sometieron dejándola encerrada durante siglos aquí abajo –dijo señalando el suelo-.

<Los insignes monjes de la orden sagrada la han tenido debajo de sus narices desde siempre y ni lo han sospechado. Dieron por perdida la tercera de sus piedras Edecán y pasaban todos los días por delante de ella –se asomó a uno de los ventanales y señaló al pozo del patio de la entrada-. Y ahí sigue donde la dejaron los drudios. Un

terrible error cedernos su custodia.

A Herkrum el creador le redujo sus poderes en el principio de los tiempos, para dar una oportunidad a la débil raza de los hombres. Nosotros hoy le devolveremos su verdadera fuerza con la que otra vez será invencible.>

-¡Será suficiente para aniquilar a nuestros enemigos! –gritó el general alado.

-Seguramente Herkrum hará la mayor parte, aunque no lo voy a dejar todo de su cuenta. Nosotros terminaremos la guerra con la exterminación del último de los hombres.

<Ahora huyen de mi poder hacia el sur por el río, pero ninguna ciudad les dará cobijo; son demasiados. Cuando no puedan continuar, en Drudia, les aplastaremos. Quizá esta vez os tengáis que manchar las manos.>

-¿Y el chico? ¿Al que llaman enviado? –preguntó Radeon a quien de pronto le abrumaron deseos de oponerse a las palabras de su amo.

Al señor oscuro se le cambió el gesto.

-De él se encargará tu propia sangre. ¡Ja! ¡Ja!

-¿Yo...?

-No. Será sangre de tu sangre. Fue otra torcida idea de nuestro amigo Ávaron -dijo el señor oscuro con un gesto de la mano invitando al Augur a hablar.

Radeon miró con curiosidad al consejero y él levantó la cara sin apartar los ojos, mostrando altanería y desprecio. Comenzó a hablarle con tono cansino. Parecía hastiado y molesto por la orden del amo oscuro.

-Tus dos hijos parecen apreciarte mucho. Eonna sobretodo. Desde que os capturamos intentaron escapar y siempre trataron de liberarte para llevarte con ellos. Sea como sea, pudieron comprobar que la posesión de la piedra Edecán cambió tu voluntad... -se detuvo un momento-... aparentemente; pero aun así, tu hija no perdió la esperanza. Me pareció una lástima desperdiciar tanto coraje y empeño, así que tras hacerla dormir durante días sobre un saquito de mineral negro, debidamente colocado en su camastro, hice un trato con ella. Si mataba al enviado, te liberaríamos.

-Maldito... –comenzó a decir Radeon, pero la mano del amo oscuro en su pecho le detuvo.

-Por supuesto le di cierta información de interés para el ejército de los hombres, abriéndole camino hasta los más altos cargos del enemigo. Como ella está fuera de sospechas y es la única, junto a su hermano, huida con vida de nuestra guarida, es seguro que la tendrán por colaboradora dándole la oportunidad de acercarse al enviado, quien antes o después, según la profecía, tomará el mando de

la batalla contra nosotros. Como Eonna insistió en ocultárselo a su hermano se organizó la huida simulada, y ambos escaparon.

-¿Qué necesidad había de hacerlo? Tenemos el mineral negro, tenemos a Herkrum, un ejército con millones de excretores. ¿Por qué? –preguntó Radeon.

-¿Todavía no lo ves? Las... batallas... no... se... ganan... con... las... espadas –dijo Ávaron regodeándose en cada una de sus palabras.

-Verás, no es tan fácil –dijo el amo oscuro, poniéndole a Radeon la mano sobre el hombro en un gesto paternal-. El mineral corrompe las voluntades, pero solo aquellas que se dejan corromper, en otras solo influye de una u otra manera. Con los arcontes es tarea fácil pues es una raza inferior a la de los hombres, y sin embargo a los gigantes el polvo tarda mucho en cambiarlos. Los hombres son una especie rara; en cierta forma son ellos mismos los que rinden su propia voluntad a la desesperación. Por eso es tan importante asediarlos un poco antes, y por eso, antes de usar todo mi ejército les ataqué en pequeñas escaramuzas infundiéndoles terror. Porque cuando viven con miedo empiezan a morir y es cuando la piedra oscura se hace más fuerte.

<Por otra parte, el plan de Ávaron tiene otra ventaja, y es que dándole una muerte adecuada no solo destruirá el cuerpo del chico, además corromperá su alma evitando así que luche contra mí en ninguno de los otros mundos. Mira: un simple cuchillo –le dijo mostrándole una daga-, basta para matar un cuerpo. Esto de aquí es el sudor de la piedra negra –sacó un frasquito con líquido oscuro-. Una sola gota basta para emponzoñar un lago entero o para... someter la esencia de los hombres –dijo mirando con ojos de admiración su preciado contenido.>

Radeon oía al amo oscuro pero no le escuchaba. Solo pensaba en su hija, en lo que era capaz de hacer por él. Pondría en peligro su propia vida, mataría al enviado y todo por salvarle. No. No se dejaría utilizar de aquella manera. El odio hacia Ávaron, el amor a su hija, la mano de su señor apretándole el hombro... Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza incesantemente como la noria del pozo... La noria y su cantinela... Le comenzaron a flaquear las piernas, y un molesto sudor frío cubrió su cara. De pronto, cuando se veía ya en el suelo, todo cesó y solo le quedó el sentimiento en el estómago de algo ajeno a él: la piedra Edecán. Miró de reojo la mano del amo oscuro y un profundo miedo llenó su corazón, pero no lo podía manifestar, de hacerlo, sería descubierto. Pensó solo en su familia. Una y otra vez repetía para sí el nombre de sus hijos Eonna... Asís... Eonna... Se aisló de lo que pasaba en la sala.

Cuando despertó de su recogimiento todos salían por la puerta y viéndole parado un maestro de la piedra, a quien no había

visto entrar, le hizo señas invitándole a salir también.

-Vamos, ¿a qué estás esperando? Hacen falta las tres piedras Edecán –dijo el maestro observando a Radeon detenidamente.

-Claro, claro... Ja. Las tres piedras... Ja –se carcajeó afectadamente tratando de pasar desapercibido, pero tal y como se escuchaba a sí mismo se puso más nervioso, pues cada palabra sonaba más burdamente falsa que la anterior.

Extrañado, el maestro de la piedra adelantó el hombro cerrando parcialmente el espacio de la puerta con intención de escudriñar los ojos de Radeon, pero él aceleró el paso y salió de costado sin mirarle. Ahora se sentía como un intruso, ya no formaba parte de aquello y el vínculo con su piedra Edecán se había roto. Sospechaba que cualquiera de los dos maestros de la piedra podría llegar a descubrirle solo con fisgonear, y podía oír el caminar cada vez más cercano del que le seguía. A paso ligero se colocó detrás de los otros generales. No sabía dónde se dirigían, pero todos, encabezados por el otro maestro de la piedra y el amo oscuro, iban en fila hacia el mismo lugar.

El perseguidor no desistía de su empeño; poco a poco se acercaba por detrás y Radeon pudo verle de reojo. Parecía querer adelantarle para caminar a su lado. El general sintió el vuelo de una capa acariciándole la mano y su propio corazón palpitar descontrolado, pero en ese momento, el pasillo se estrechó obstaculizado por una armadura descolocada por los desordenados excretores. El maestro disminuyó el paso para no chocar, y Radeon con alivio levantó la vista desahogado para ver ahora con pánico el reflejo de su cara en el armazón. Su costra estaba desapareciendo mostrando el rostro en su estado original. Siguió caminando y escuchó detrás la armadura caer estrepitosamente empujada por el malhumorado maestro y de nuevo sus pisadas, esta vez más decididas. Cuando esperaba sentir una mano sobre su hombro, uno de los mapas que llevaba bajo el brazo el general encargado de las extracciones del mineral, cayó al suelo y rodó hacia sus pies. Radeon se puso la capucha de la capa al agacharse, lo cogió y se lo dio.

-Perderás todas tus minas –le dijo mirando al suelo tratando de entablar conversación para librarse del maestro.

-Mi tarea está casi acabada. De todas formas, las tengo todas en la cabeza –respondió señalando su frente, aunque Radeon no le miraba.

-¿Y qué vas a hacer cuando termines? –preguntó Radeon.

El general se quedó extrañado mirándole a la capucha.

-¿Qué voy a hacer? Ja, Ja. No sé. Lo que ordene el amo supongo. ¿Qué vas a hacer tú Radeon? –le preguntó riéndose.

-No... Lo preguntaba por si el amo te había adelantado algo –

respondió algo avergonzado.

-No Radeon. No me ha dicho nada –contestó el general dispuesto a acelerar el paso y volver a su lugar.

-Y… ¿por qué no te lleva los mapas tu ayudante? –insistió en darle conversación aun sin saber de qué hablar.

…

Bajaron charlando hasta el patio de armas, salieron del castillo y llegaron a la plaza del pozo. Allí había dibujadas tres marcas con tizne de antorcha. Las tres rodeaban el pozo y estaban colocadas equidistantes formando un triángulo. Un poco más alejado había un atril con un viejo libro de tapas de cuero. El primero de los maestros hizo señas al último para que se dirigiera hacia el libro. Este dudó entre acercarse de nuevo a Radeon o hacer caso a su compañero. Se detuvo por un momento, pero el otro le apremió y fue de mala gana.

Mientras uno leía palabras en una lengua desconocida, el otro extendía líneas de polvo del mineral negro entre cada uno de los generales y el pozo. Cuando terminó colocó barras de un material oscuro uniendo cada línea de polvo con la noria y se fue con su compañero, que se apartó dejándole el lugar preferente. Entonces levantó las manos gritando en la lengua de los hombres.

<Piedra de Luz, entra en las tinieblas y abandona este mundo.

La batalla está vencida, libera lo que proteges.>

Comenzó a hablar el otro.

<Herkrum sal y toma lo que es tuyo:

-El veneno de la perfidia –dijo y una sombra negra salió de la boca de uno de los generales siguiendo la línea de polvo.

-La mente del asesino –y otra sombra igual salió de la boca del siguiente general.

-Y el escudo de la vida –pero de Radeon no salió ninguna sombra. Desde la noria una luz avanzó por la línea hasta llegar a su tripa. Aunque fue todo muy rápido, el maestro que sospechaba de Radeon lo vio y se dirigió hacia él tomando la espada de un excretor. Alzándola se disponía a gritar para alertar a los demás cuando un fuerte temblor sacudió el suelo.

Desde el interior del pozo salió una gigantesca serpiente que apenas cabía por su agujero. Todos, incluso el enfurecido maestro, se quedaron inmóviles mirando aquella bestia. Descendió lentamente la cabeza al suelo y avanzó reptando entre las callejuelas.

Cuando el maestro salió de su asombro vio que Radeon se metía en la fortaleza. Iba a las cuadras. Quiso alertar de nuevo a los demás, pero todos seguían obnubilados al monstruo hacia el río.

Incluso el amo oscuro le seguía a cierta distancia.

Del pie del atril cogió un saco de mineral en polvo que allí se apoyaba y, con la espada en la otra mano, se adentró en el castillo persiguiendo a Radeon hasta que le encontró. Estaba pertrechando su caballo.

-¡Traidor! Dime cómo lo has conseguido.

-He conseguido ¿qué? –preguntó Radeon ocultando su cara.

-A mí no me engañas. El poder de tu piedra no ha cubierto a Herkrum.

-Habréis hecho algo mal –contestó acercándose a una horca clavada en el heno.

-Sí, confiarte una de las piedras Edecán –dijo colgando su espada del cinturón y metiendo una mano en el saco.

El maestro, pronunciando raras palabras, echó un puñado del mineral en polvo hacia Radeon y una nube que impedía la visión se extendió por el aire. El general, sin sentir ningún efecto, cogió la horca y cargó hacia el lugar en donde estaba el maestro. Se la clavó en el pecho.

-Nadie... me preguntó... si quería... la maldita piedra –le dijo murmurando entre dientes mientras ahondaba con varios iracundos esfuerzos el tridente en el pecho.

-No puede ser –dijo el maestro moribundo sujetándose la horca con una mano y mirando incrédulo el saco del inútil mineral en polvo.

El maestro de la piedra, apoyado en una viga de madera, fue deslizando su espalda hasta que cayó sentado y murió.

Radeon había recuperado sus sentimientos y matar a aquel ser le revolvió el estómago. Le miró. Su cuerpo había quedado apoyado en la horca, abriendo más las heridas por donde las puntas entraban en el pecho. Una extraña sangre negra caía abundantemente al suelo. Radeon empezó a vomitar y sintió como algo se le atascó en la garganta impidiéndole respirar. Tosió violentamente y la piedra Edecán maligna salió despedida.

Aliviado, con la sensación de haberse quitado una pesada carga de encima, montó en su caballo y se dirigió hacia la puerta oeste de la ciudad. Las calles estaban desiertas y a lo lejos oía los vítores que las tropas daban a la bestia serpiente.

Desde el pozo la criatura se había ido deslizando entre las calles hasta el río Therios, congregando a su alrededor a buena parte del ejército oscuro. Los pocos excretores con los que Radeon se encontraba le saludaban con temor respetando el uniforme.

Paseando por la capital, ahora sí recordaba las veces que había ido con sus hijos por las mismas calles. Aunque nada era ya igual; muchas de las puertas de las casas habían sido derribadas y de

la vitalidad de la ciudad, siempre presente entre las gentes de Dur-Barak, no quedaba nada.

Cerca del portón, cuando Radeon ya se veía fuera disfrutando de libertad, se encontró con su ayudante Turon.

-Mi general, ¿necesita algo?

-No... No... Voy a revisar las tropas –dijo mirando a lo lejos evitando los ojos de su dispuesto ayudante.

-¿Quiere que le acompañe? –le preguntó rodeando el caballo buscando ver la cara de su general.

-No, no es necesario –contestó ocultándose más la cabeza con su capucha y haciendo avanzar su montura.

-Como quiera –dijo retirándose.

Continuó hacia el portón por un momento y se detuvo.

-Turon.

-¿Sí señor?

-En la habitación está mi espada. Vaya a cogerla, se la lleva al consejero Ávaron y le da este mensaje: mi guerra ya ha comenzado –dijo sin volver la cara.

-¿Señor?

-Dígale solo eso. Él ya sabrá.

-Sí señor.

Radeon salió de la ciudad con un único pensamiento en mente: evitar que su hija cometiera una locura. Iría hacia el sur hasta encontrarse con el ejército de Merintia y entonces hablaría con ella. Solo debía encontrarla. Después utilizaría hasta el último aliento de su cuerpo para luchar contra el amo oscuro y acabar con el consejero Ávaron.

Capítulo 3

El Príncipe Kilaurin

El implacable sol del mediodía castigaba las palmeras de la plaza de abastos en la ciudad fortificada de Irdham. Las gentes se guarecían bajo los toldos de las tiendas buscando el mejor acuerdo con los vendedores. Gustaban de discutir cumplidamente el arreglo antes de hacer ninguna compra. Era casi una tradición que les permitía establecer una relación más estrecha con los mercaderes procedentes de todos los lugares del mundo. Y así, andaban de puesto en puesto protegidos por sus turbantes enterándose de noticias que luego compartían con sus amigos, cuando se reunían en torno a una tranquila infusión de hierbas aromáticas.

Pero esta vez, las preocupantes nuevas de los mercaderes referentes a extraños sucesos en el norte, llegaban en un momento delicado para la casa real drudia; pues el rey, muerto al caer de su caballo, dejó como heredero al príncipe Kilaurin, su hijo, un joven sin edad para reinar cuya tutela fue asumida por el consejero y alquimista del difunto soberano.

En lo más alto de la torre principal del castillo, en una solemne sala real coronada por una bóveda acopada, se encontraba el príncipe con su ayuda de cámara cuando el regente Mur-Darmer entró seguido de su pomposa capa tejida con hilo de oro.

-Alteza, hay un asunto grave que requiere vuestra atención.

-Hay muchos asuntos que requieren mi atención –dijo mirando por la ventana-. Como ese infeliz del cadalso al que estáis torturando.

-Mi señor, es un infiel ya conocéis las leyes.

-No. No sé en qué parte nuestro profeta Dam dictó tortura para los infieles.

-Eso es algo sin discusión y de lo que yo me encargo. Este asunto que me trae es de otro cariz y aunque trate también de infieles, esta vez requiere de vuestra ayuda.

-¿Desde cuándo me has necesitado para resolver nada? –preguntó el príncipe.

-Han llegado exploradores de más allá de la frontera con mensajes alarmantes sobre una muchedumbre de extranjeros que se dirigen aquí por el río Therios.

-¿Un ejército de invasión?

-No. Más bien parece la huida de una población entera, con

mujeres, ancianos y niños, además de soldados regulares de nuestro reino vecino. Podría ser el momento idóneo para acabar con todos ellos de una vez.

-Eso es absurdo. Hemos vivido en paz durante muchos años y si en verdad es como dices, alguna razón de extrema gravedad les habrá obligado a dejar su tierra.

-Sí… Ya me imaginaba que diríais algo así, por lo que os he preparado una pequeña expedición para partir al encuentro de nuestros aliados. Espero les hagáis reflexionar y cambiar de rumbo. Nuestra ciudad no puede recibir a tantos visitantes.

-¡Ah! ¡De acuerdo! –dijo Kilaurin deseoso de salir de palacio al fin y contribuir en el gobierno de su país.

-Preparaos pues, mientras yo termino de hacer los preparativos para vuestra salida –dijo antes de inclinarse en una reverencia e irse.

-¿Has oído Durfin? –le dijo el príncipe a su asistente.

-He oído las palabras del regente, pero no sé cuáles son sus intenciones.

-Durfin, tú siempre tan desconfiado. Mur-Darmer es tajante en lo referente a la religión pero tiene un gran sentido del deber.

-Yo no confiaría mucho en él. Quizá el deber lo tenga en otro sitio.

-¡Tonterías! Ayúdame a preparar mi equipaje.

Kilaurin, cerca de cumplir los dieciocho años, nunca había salido de la ciudad. Cuando atravesaba los jardines de palacio era porque se había escapado con la ayuda de su fiel ayudante Durfin.

De tez morena y un pelo negro como sus ojos que le caía liso cerca de los hombros, era de apariencia agraciada, aunque eso nunca le sirvió para ganarse el favor de las doncellas, pues hasta la mayoría de edad le estaba prohibido relacionarse con ellas, y el quebrantamiento de la norma podría llevar a cualquiera de ellas al cadalso, incluidas las del harén real.

Emocionado por su pronta salida, se preparó sin hacer más caso a los consejos de su ayudante y amigo.

Fuera, en el patio del castillo, una cuadrilla de veinte jinetes esperaba la orden para iniciar la marcha. El príncipe, la mayor autoridad, iría custodiado por ellos abriendo el paso tal y como estaba establecido en este tipo de formaciones, seguido por el oficial de mayor rango de la expedición y el abanderado con el estandarte real de tamaño desproporcionado.

Antes de la llegada del príncipe, el regente se acercó al oficial y le llamó alejándole de los demás.

-No quiero ningún fallo. Cuando llegues hasta los extranjeros

será el momento, pero no debes anticiparte. Todo debe hacerse tal y como te digo, pues de lo contrario podríais dejar rastros que hablaran contra vosotros. Después, no te entretengas en escaramuzas. Ven a dar la alarma. Volcaremos todo el país contra los extranjeros e invadiremos otra vez sus tierras. Volveremos a vivir la gloria de aquellos años en los que vivía el profeta Dam –dijo con cuidado de no ser escuchado por nadie más-. Y recuerda: el abanderado no es de mi guardia, puede darte problemas.

-Sí, señor. ¿Todos los demás están al tanto? –preguntó el oficial.

-Todos. Los he elegido yo personalmente. Si no cumples tu cometido, otro se llevará la recompensa –dijo apartando su capa con el antebrazo para irse.

-No será necesario mi señor.

-Eso espero –dijo y se fue.

Las enormes puertas del castillo se abrieron lentamente empujadas por sistemas de poleas. Las dos hojas, aún sostenidas por sus goznes, eran de tal grosor que necesitaban de una compleja maquinaria para moverse. El vistoso estandarte real enseguida llamó la atención de los ciudadanos en el mercadillo. Rápidamente se agolpó un gran gentío proclamando vítores a su príncipe. Era la primera vez que el blasón salía del palacio. La formación se adelantó para proteger al príncipe y abrir paso por las calles hasta el portón de la fortificación.

Cabalgaron remontando el Therios por la orilla y, ya entrada la tarde, sin luz suficiente para continuar, decidieron acampar y montar la jaima real para el descanso del príncipe. Se establecieron turnos de guardia en vigilancia de la cuenca del río por si los extranjeros pasaban navegando.

Durfin, un hombre gordo y de gestos amanerados mostraba exageradamente su inquietud desde la salida de la ciudad.

-No me gusta. Nos miran como el que se va a comer un pollo tras una semana de ayuno –le dijo al príncipe mientras preparaba su ropa para dormir.

-¿Quiénes? ¿La guardia?

-Sí. Esos brutos que tienen sus espadas por almohadas.

-Es su trabajo. Deben vigilarnos para protegernos y son de lo mejor de nuestro ejército, es la guardia personal de Mur-Darmer.

-A eso me refiero. ¿Por qué ese búho enmohecido te envía ahora como emisario? Justo cuando al fin vas a ser rey.

-Son las circunstancias. Soy mejor que él para tratar con los reinos vecinos y lo sabe –dijo el príncipe.

-¿Y por qué nos manda con su guardia personal y no con el

ejército?

-Porque son los mejores y es su responsabilidad cuidar de mí.

-Creo que eres demasiado joven o demasiado ingenuo o ambas cosas.

Kilaurin cogió una manzana, la lanzó al aire y cuando caía la golpeó con el hombro para cogerla de nuevo y comerla con apetito.

-¿Qué quieres que haga? Él es el regente. Creo estar más seguro aquí que dentro de palacio. No podría acusarle sin pruebas y no está en mi mano destituirle.

-Tú no te has fijado bien. Mira, mira... –dijo abriendo la entrada de la jaima y acercando la cabeza del príncipe al hueco-. No vigilan hacia fuera del campamento, lo hacen hacia dentro. Como el perro que defiende su hueso de la jauría antes de comérselo.

-Descuida, tengo a un hombre de confianza entre el pelotón. Él me avisaría si hubiera alguna traición.

-Me dejas más tranquilo, pero aun así no pienso pegar ojo en toda la noche –dijo atando nudos en la lona que cubría la entrada de la jaima.

Tomaron una infusión antes de acostarse y, aunque Kilaurin se burlaba del temor de su amigo, cuando llegó la hora de dormir lo hizo vestido y después de colocar su cimitarra bajo la almohada. Se rio pensando en cómo le llamaría Durfin si le viera esconder así el arma.

Debía ser muy entrada la noche cuando el opulento asistente del príncipe se despertó maldiciéndose por no haber conseguido guardar vigilia. Alrededor, el campamento estaba en silencio, ya no se escuchaban las conversaciones de la soldadesca, únicamente se oía el débil crepitar de la hoguera encendida para la guardia. Asustado miró la luz del fuego tamizada por la lona cuando cerca del suelo escuchó un ruido. Había una sombra agachada, casi tumbada intentando abrir la entrada que horas antes había anudado él. Estrujó con sus manos la manta e intentó gritar, pero no podía. Un hilo de voz apenas audible salió de su boca.

-¡Aaaaah! ¡Aaaaaaaah! –susurraba aterrado una y otra vez.

-¿Alteza? ¿Sois vos? –dijo la sombra en voz baja.

-Nooo –respondió Durfin aún más bajo.

-Señor. Abridme, es importante.

Kilaurin se despertó y vio a su asistente con los ojos fuera de las órbitas mirando a la sombra parlante.

-¿Qué pasa? –le preguntó echando mano a la cimitarra.

Durfin solo acertó a señalar a la figura con la boca abierta y el gesto desencajado.

-¿Quién eres? –dijo el príncipe levantado frente a la entrada y con la espada apuntando a la silueta.

-Soy el alférez Ben-Halim. Abrid cuanto antes por la gloria del profeta Dam.

Kilaurin cortó los nudos de la lona y el abanderado, un enclenque hombre bigotudo, entró a gatas. Con los brazos extendidos sobre el suelo y sin levantar la mirada, habló arrodillado.

-Alteza, corréis un gran peligro.

-Habla, ¿qué ocurre? –le dijo incorporando al alférez.

-Señor, están todos implicados. Les he escuchado durante la cena conspirar contra vos. Será cerca de la frontera para culpar a los extranjeros. Tenéis que escapar.

-¡Lo sabía! ¡Te lo dije! –exclamó alborotado Durfin.

-¡Ssss! ¡Calla o no esperarán a la frontera! –dijo el príncipe en voz baja.

-Están cambiando la guardia. Ahora es el momento de salir – dijo señalando la entrada el apurado alférez.

-Pero yo me tengo que preparar, no puedo salir de esta guisa –dijo Durfin mirándose la ropa-. Y dónde vamos a ir, por el desierto solos...

-¡O te callas o te quedas! –dijo Kilaurin- ¡Déjame pensar!

El príncipe se dio la vuelta para mirar a la lona y, como si desde la penumbra de la jaima pudiera ver más allá, comenzó a trazar los planes.

-No podemos volver, porque Mur-Darmer me estará esperando –dijo en voz baja-. Ahora debemos huir y después ya encontraré la manera de enviar un mensaje a mis generales. No creo que estén todos implicados.

Se volvió y se dirigió al alférez.

-Si te quedas te matarán. Vendrás con nosotros, pero necesitamos tres monturas y odres grandes por si nos tenemos que alejar del río.

-Ahora sería el momento, en el cambio de guardia... –insistía el alférez cuando el susurro de unas voces les alertó.

La sombra de dos soldados se dibujó en la jaima. Ambas se acercaban hacia la entrada.

-Mira, la tienda está abierta –cuchicheó uno de ellos.

-Sería el momento perfecto. Yo me encargo del gordo, tú del príncipe y mitad para cada uno –le respondió.

-El gordo no vale ni cinco monedas –dijo metiendo la espada en la tienda a través de una rendija de la cortina de entrada.

El alférez se giró y fue a colocarse justo frente a la espada cuando el soldado, ayudándose de ella, apartó despacio la tela. Él permaneció quieto, conteniendo la respiración mientras agarraba con

fuerza la empuñadura de la cimitarra que le colgaba de la cintura, pero aunque podía ver perfectamente al soldado iluminado por la hoguera exterior, este no podía verle a él, oculto en la penumbra.

-Déjalo o el capitán nos matará y contará a Mur-Darmer que fue él quien les dio muerte –dijo el otro soldado.

El atrevido intruso detuvo su espada por un breve momento en el que reflexionó sobre lo dicho por su compañero. A escasos cuatro palmos del sudoroso abanderado, resopló moviéndole su abundante bigote.

-Tienes razón –dijo dejando caer la lona-. Quizá tengamos otra ocasión. Dejemos que el capitán haga el trabajo y luego ya veremos.

Siguieron la guardia frente a la tienda, por lo que el príncipe Kilaurin hizo saber a los demás mediante signos que saldrían por la parte de atrás. Aprovechando el murmullo de la conversación de los soldados, hicieron una raja en la lona. Para no hacer ruido la desgarraron muy lentamente, con un suave movimiento de la cimitarra, rompían hebra por hebra.

Como era tarea tan delicada abrir en silencio la tela, acabaron haciendo demasiado estrecho el hueco, y si bien el príncipe aun con apuros pasó, el culo de Durfin se bloqueó, y por más esfuerzos que dedicaba, más se movía la jaima entera sin conseguir su propósito.

El abanderado Ben-Halim permanecía en el interior, desesperado por ver llegar el momento en que Durfin dejara libre el paso. Con la ayuda de Kilaurin tirando por el otro lado y él empujando, al fin salió entre el sonoro rugido de la tela desgarrada.

Por fin asomó la cabeza Ben-Halim pero al no sacar los hombros, el príncipe y Durfin tiraron también de él. Con sorprendente facilidad, deslizaron su delgado cuerpo hasta que algo a media cintura se enganchó con la lona. Tiraron con más fuerza sin tener en cuenta sus lamentos, cuando dos flechas clavadas por la espalda aparecieron de entre la lona. El alarido de un soldado despertó el sueño del campamento.

-¡Alerta! ¡Alerta! ¡Se escapan!

-¡Ben! –gritó Kilaurin al alférez, apoyándolo en las rodillas.

-Soy hombre muerto. ¡Huid, alteza! –balbució y expiró con las manos del príncipe rodeándole la cara.

Corrieron hacia los caballos protegidos por la oscuridad de la noche. Se movieron alrededor del campamento donde los soldados salían de sus tiendas. Al llegar, Durfin separó los dos primeros caballos y Kilaurin desató las riendas de los demás atizándoles en la grupa para espantarlos, pero la manada salió huyendo en estampida y Durfin, que agarraba a los suyos con postura lacia, los dejó escapar con los demás.

Cuando Kilaurin fue al encuentro de su amigo, este le esperaba azorado tocándose los labios con sus pulgares.

-¿Dónde están? –le preguntó el príncipe con gesto sorprendido.

-¿Los caballos...? Se fueron... por allí... –dijo señalando a la oscuridad.

Él levantó sus cejas y con ellas los parpados mostrando su estupor, y por un momento calló hasta que el ruido de una cimitarra desenfundándose le hizo reaccionar.

-¡Corre! –dijo.

Corrieron casi a tientas. Durfin seguía como podía al príncipe, y él buscaba en vano alguna de las monturas guiándose por el sonido de los cascos pero cuando el ruido de la manada se perdió, desecharon la posibilidad de recuperarlas. Por fortuna la noche era muy cerrada y los soldados no dieron con ellos. Siguieron durante un gran trecho remontando el río, huyendo de sus perseguidores, hasta que el grueso ayudante cayó de rodillas.

-Espera...

-¡Vamos! Amanecerá de un momento a otro.

-No puedo más... Ya estamos muy lejos... Podemos descansar –jadeó.

-Tienen exploradores. Seguirán nuestro rastro.

-Solo un momento, por favor.

-A veces me pregunto qué pensaría mi padre al hacerte mi asistente –se sentó en la arena-. Eres un desastre. Siempre estás causando problemas.

-Tienes razón. Vete mientras puedas. No he hecho más que estropearlo todo. Han matado a ese hombre por mi culpa... –dijo echándose al suelo de rodillas-... De todas formas yo no duraré mucho sin comida ni caballos.

-Déjalo. Después de todo me avisaste de esto y no te hice caso. Mi padre me decía que cuando una batalla se pierde es por culpa de los mandos, pues los soldados siempre lucharán a muerte para defender sus vidas. Si algo me enseñó fue a asumir la responsabilidad de mi cargo.

Estuvieron un rato descansando y mucho más habría estado Durfin, pero el cielo se iluminó por el horizonte y Kilaurin se levantó como un resorte para seguir la marcha. Ahora podrían avanzar con más seguridad.

Caminaron por la orilla toda la mañana vigilando sus espaldas. El río bajaba lento y extrañamente silencioso. Sus márgenes, en otro tiempo fértiles, ahora eran tierras secas y pedregosas. Aun así les proporcionaba el agua tan necesaria para sobrellevar aquel calor, por lo que sin recipiente alguno donde guardar siquiera un poco,

decidieron no alejarse del caudal.

-Lo que daría por una sauna en los baños de palacio aderezada con una buena bandeja de uvas frescas–dijo Durfin limpiándose el sudor con el brazo.

-Más te daría yo por unos caballos –respondió Kilaurin en lo que parecía ser un reproche.

-Al menos ellos tampoco tienen.

-Pero encontrarán algunos con sus exploradores, y pronto verán por sus huellas que ninguno lleva jinete.

-Yo estoy andando con mucho cuidado. Mira –dijo Durfin señalando el suelo por detrás-, nadie podría saber si alguien ha pasado por aquí.

-Por poco que piensen lo sabrán. Sería de necios adentrarse en el desierto. Subirán buscando alrededor del río.

A Durfin se le palidecieron los mofletes.

-¿Y si lo cruzamos? –dijo muy nervioso.

-¿Cómo? ¿Tú sabes nadar? –le preguntó el príncipe.

-Sí, claro.

-Pues yo no. Encontraremos un paso. A lo mejor detrás de esas rocas... –dijo turbado señalando un promontorio.

-Quizá no nos busquen, después de todo –dijo Durfin olvidándose de la idea de cruzar.

-Rendirían con la vida ante Mur-Darmer. Vendrán –respondió fríamente.

La certeza con la que hablaba el príncipe volvió palpable el peligro y las pesadas piernas de Durfin adquirieron una insólita celeridad. Subieron el montículo con Kilaurin a la zaga y vieron una pequeña casa de adobe desgastada por el viento. A su alrededor había unas pocas cabras, jamelgos y un asno, pero todos estaban escuálidos.

-¡Qué la gloria del profeta Dam sea con los que aquí habitan! –gritó el príncipe haciéndose ver, según se acercaban.

-¿Quiénes sois vosotros? –preguntó un anciano al que solo se le veía un diente.

-Es su alteza el príncipe Kilaurin, plebeyo. Arrodíllate para hablar ante a tu amo –dijo el grueso ayudante.

-¿Eh?

-Necesitamos dos de tus caballos cuanto antes –ordenó Durfin señalando a dos de los raquíticos animales.

-Je, Je, ¿debo entender que queréis comprar dos de mis corceles? –les preguntó el viejo cambiando la mirada.

-Ahora no podemos pagarte, pero tus servicios te serán recompensados como nunca lo hubieras podido imaginar –dijo Kilaurin mirando con desaprobación a su ayudante.

-Un proverbio del desierto dice que el corte lo da la espada,

no la funda –dijo tocando la camisa del príncipe-, y que vale más estar comiendo una liebre que un ciento persiguiendo. No vayáis a pensar que desconfío de vosotros, pero preferiría el pago ahora no fuera que después no dierais con el camino para volver a pagarme.

-¡Qué osadía! No tenemos tiempo para esto... –empezó a decir Durfin, cuando asomaron por la puerta dos hombres más de aspecto rudo.

-¡Ah! ¡Estos son dos de mis hijos!

-Anciano -dijo Kilaurin en tono amable-, nosotros estamos en un grave apuro y tus animales están cerca de la muerte. Tienes mucho que ganar y poco que perder.

-Que no te engañen tus ojos. Son magníficos animales –dijo acercándose a uno de ellos y tocándole el costillar-. Esto de aquí no es sino la sombra que a esta hora el sol derrama en sus costados –pasó la mano por encima para aseverar lo dicho pero los dedos se le atascaron en los surcos, así que le dio unas palmaditas muy delicadamente temeroso de matar al rocín.

-Mis pantalones valen más que todos tus animales –dijo Durfin agarrando la seda de color verde esmeralda de su ropa-.

-Vamos entendiéndonos –dijo examinando de nuevo los ropajes de los dos-. Os puedo ofrecer una montura por vuestras ropas.

-¡Qué estafador! –susurró Durfin por lo bajo.

-Está bien –dijo el príncipe cogiendo a su ayudante del brazo-. Danos algo para resguardarnos del frío de la noche y cerramos el trato.

El hombre desató a la mula y sus hijos desaparecieron por detrás de la casa para volver con un trozo de lona de una vieja jaima rota.

-Aquí está –dijo enseñándoles el animal.

-Esto no es lo hablado. Dijimos un caballo.

-Dije una montura. Aquí está.

-Faltas a la hospitalidad y te aprovechas de nosotros. Rendirás cuentas ante el hacedor por no seguir las enseñanzas del profeta Dam y quizá antes me rindas cuentas a mí –dijo muy enfadado el príncipe Kilaurin-.

-A sí, se me olvidaba que hablaba con la realeza –se mofó el viejo-. ¿Lo queréis o no?

-¡Sí! –se apresuró a decir Durfin temeroso de que el príncipe, sintiéndose ofendido desbaratara el trato.

Allí mismo dejaron sus ropas y con una soga improvisaron sus nuevos atuendos de lona harapienta. Aunque Durfin se veía embarazosamente humillado, la juventud del príncipe le ayudó a mantener su dignidad en tan difíciles circunstancias. Subieron a la

mula y el viejo se les acercó.

-Con semejante carga os he hecho un favor; la mula aguantará más –dijo mirando a Durfin de arriba abajo-. Tomad, hago honor a mi hospitalidad –les dio un gran trozo de carne envuelto en un paño-. Es de mi último caballo muerto. Se corromperá si no os lo lleváis.

Kilaurin ajustó el cinturón de su cimitarra sobre sus andrajos de lona y arreó a la mula. Cabalgaron a buen ritmo durante el resto del día, sin saber cuánto aguantaría el animal. En el camino se encontraron pastores alrededor del río abrevando ganado con los que intentaron congeniar, y así conseguir ayuda para enviar a un mensajero a los generales fieles en Irdham, pero fue inútil. Les tomaban por locos y pronto desecharon el propósito.

-Solo me queda una esperanza –dijo el príncipe.

-¿Cuál? Con estos atuendos ni siquiera nos aceptarían como trabajadores sin jornal –dijo Durfin desanimado.

-¿Con eso te conformarías? –preguntó Kilaurin

-Me conformaría con salvar la vida. Quién pudiera ser pastor, recogerse en casa con un buen queso de cabra, y no temer por perder el cuello durante esta noche.

-Es tentador. Huir, salvarse y empezar una nueva vida sin responsabilidades. En verdad, estos pastores viven felices con sus pequeñas preocupaciones y no tienen castillos, ni palacios, ni esclavos, ni soldados; pero tú, mi orondo amigo, aun siendo mi sirviente has mandado más que un capitán y estás acostumbrado a los más sublimes deleites.

-Bueno, mis manos no están hechas para trabajar pero sí podría cocinar para alguna hacienda o algo así.

-Sí, creo que podría conformarme yo también, pero no. Hay un destino para cada uno que guía nuestra misión en la vida. Y el mío es reinar a mi pueblo. Cuando hablo de esperanza, me refiero a nuestros vecinos del norte. Ellos pueden ayudarme a recuperar el poder; de no hacerlo el nuevo rey sería Mur-Darmer. Sin duda, lo peor para ellos.

-Pero si vienen huyendo hacia aquí estarán en disposición de pedir favores y no de hacerlos –dijo Durfin.

-Eso será otra mentira de Mur-Darmer. Él me envío hasta aquí solo para matarme. Con los extranjeros en juego, ya tiene al culpable perfecto –dijo apretando con rabia la empuñadura de su cimitarra-. Mañana seguiremos hacia el norte siguiendo el cauce.

Acamparon en una loma llena de hierbajos secos. Apilaron en dos líneas unas rocas y entre ellas pusieron montones de matojos para resguardase del frío. Demasiado cansados, se acostaron sin ganas de hablar y se durmieron con el murmullo del río en los oídos.

A la fría noche le siguió el día abrasador. Hambrientos, intentaron hacer fuego golpeando entre sí pedazos de roca. Kilaurin separó unos ramilletes de hierbas y pacientemente echaba las chispas sobre ellos, pero Durfin cada vez más ansioso por ver la pata del caballo lista para comer, comenzó a golpear una de las rocas del herbáceo lecho. Para su sorpresa, el improvisado camastro prendió como una tea.

-¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! –gritaba emocionado.

-¿Qué haces? ¡Apaga eso! –Kilaurin separó un matojo prendido y empezó a echar arena al resto de la hoguera.

Era demasiado tarde. Una gran columna de humo subió escandalosamente hacia los cielos y el calor del fuego le impedía acercarse para apagarlo.

-¡Vámonos! –dijo el príncipe.

-¿No vamos a desayunar? –preguntó Durfin.

-No. A no ser que quieras hacerlo en las rodillas de Mur-Darmer.

Montaron en la mula y partieron con la velocidad de dos piernas caminando. Durfin movía sus caderas a empujones hacia adelante intentando dar impulso a la montura pero, lejos de hacerlo, dislocaba el paso del animal torciendo su trayectoria en sinuosas curvas.

En esos afanes se encontraban, cuando la silueta de un jinete apareció por el horizonte acercándose a gran velocidad.

Montaba un majestuoso semental de color negro y tenía cubierta la cara hasta los ojos para resguardarse de la arena del desierto. El jinete se detuvo frente a ellos y se quedó observándolos por un momento.

-¿Sabéis el camino hacia el paso de Holm Dulurk? –preguntó ocultando sus ganas de reír.

-Hacía allí –dijo Durfin señalando al sur a la vez que respondía el príncipe:

-Hacia allí -señalando al oeste.

-Ja, Ja, Ja –se carcajeó abiertamente ante la ridícula situación-. Bueno, me quedaré con tu camino –dijo mirando a Durfin-. Si tienes tan buen ver, será porque te has sabido encontrar las habichuelas. Ja, Ja, Ja.

El jinete se alejó galopando mientras reía, dejándolos envueltos en una densa nube de polvo. Kilaurin le gritó a su amigo que continuaba con su contoneo.

-¡Quieres estarte quieto ya!

-Es que no anda –dijo Durfin.

-¿Cómo quieres que alguien nos vaya a ayudar si solo haces

bufonadas? –le preguntó Kilaurin desesperado.

-Bueno, cuando lleguemos al norte ya no abriré la boca.

-Ahora, te tenías que haber callado. Créeme, ese hombre era de la nobleza, quizá un príncipe.

-¿Por qué?

-Ese caballo era digno de un rey. Nunca he visto un ejemplar mejor, ni siquiera en mis cuadras –dijo Kilaurin-. Y además le has mandado hacia Irdham y él quería ir a Holm Dulurk.

-Bueno así tendrá más tiempo para reírse por el camino.

-Ja. Eso sí –dijo el príncipe dando el caso por perdido-. Anda baja. Vamos a ir andando –le pidió a su asistente.

Pero por donde había llegado el misterioso jinete, venía una patrulla de soldados también a caballo con dirección a la columna de humo.

-¡Mira! –gritó espantado Durfin-. Son los hombres de Mur-Darmer y nos han visto. Estamos perdidos.

-No. Espera –el príncipe les observó con atención-. No son de la guardia de Mur-Darmer, son del ejército. Si te callas quizá tengamos una oportunidad.

La patrulla, formada por cuatro jinetes, se acercó hasta ellos.

-¡Esclavos! ¿De dónde os habéis escapado? –preguntó uno.

-No, no mi señor. Somos mercaderes que hemos sido víctimas de unos malhechores –dijo Kilaurin consciente de que decir la verdad sería peor-. Nos han quitado hasta nuestras ropas y solo quedó esta mula que por terca, la dejaron.

El jinete se acercó más y les miró entre las ropas.

-¿Sí? ¿Y cómo es que os dejaron también esta cimitarra? –preguntó, al tiempo que la cogía con una mano desarmando al príncipe.

-Yo creo más bien que en un descuido de vuestro amo le habéis golpeado hasta quitarle la vida y con ella, su cimitarra –dijo otro.

-Sí. Y debió ser un hombre importante a juzgar por tan magnífica arma –dijo el primero mirándola-. Un noble diría yo y no un mercader.

-¿Sabéis cuál es la pena de un esclavo por huir? –dijo otro.

-La misma que por mentir a un soldado de su majestad –dijo el cuarto, restallando un látigo en la espalda del príncipe-. La muerte.

El soldado fustigó la espalda de Kilaurin provocando que este cayera de rodillas. Lanzó de nuevo el látigo, pero esta vez el príncipe lo detuvo con el antebrazo y derribó al jinete de un tirón. Sus compañeros enfurecidos descargaron con rabia sus cueros. Durfin trató de ponerse en medio pidiendo a gritos clemencia para su señor, pero fue empujado por los caballos. Los soldados no querían perder tiempo

con él; movían sus látigos en sacudidas tan rápidas y coléricas que por hacerse precipitadamente perdían efectividad. Se trababan y entrelazaban estorbándose, lo que le dio la oportunidad de huir entre las patas de los caballos. Cuando ya estaba fuera del tumulto se levantó para correr, pero un látigo acertó a enredarle el cuello. Sin poder respirar por el tiro del jinete, la cara del príncipe se amorató. No podía más que esperar la muerte mirando a su verdugo a los ojos. El sádico soldado le maldecía levantando el brazo para no destensar la horca, cuando el zumbido de una flecha atravesó su garganta acallando su vida. Llegó muerto al suelo.

Kilaurin se aflojó el cuero del cuello y por fin pudo respirar. Intentó levantarse para defenderse de los demás, pero una tras otra las flechas pasaban por encima de su cabeza y tal como cayó el primero lo hicieron todos los soldados. Sus monturas, libres del control del bocado, huyeron galopando.

El príncipe, extenuado, recostó su cabeza sobre el suelo. La sangre marcaba sus harapos ahí por donde los látigos le hirieron. Mirando a las nubes pensó en la muerte y en lo maravilloso que era ese cielo. Siempre había estado ahí y era ahora cuando, más que nunca, se daba cuenta de su belleza; cuando estaba cerca de perderlo de vista para siempre.

-¿Quién… sabe? Quizá… en la otra vida… –murmuró.

La cabeza del misterioso jinete risueño se interpuso en su mirada.

-Termina primero esta –dijo Leratham descubriéndose la cara.

-Una mujer… Una preciosa… –comenzó a decir.

-Guarda tus fuerzas –dijo acercándole a la boca un odre de agua.

-Gracias mi señora. Gracias… gracias… –decía Durfin con lágrimas en los ojos mientras besaba las mangas de Leratham.

-Vale, vale. Ya está bien –dijo ella.

-¿Cómo? Habéis salvado al príncipe Kilaurin, heredero del reino drudio. Seréis cubierta de oro por lo que habéis hecho –dijo Durfin.

-Ya… Ya… –dijo Leratham-. Ahora debéis iros: donde hay un soldado, hay dos y donde hay cuatro, hay un regimiento.

-Pero no podemos –dijo Durfin-. No nos podéis dejar.

-Tengo mucha prisa. Debo estar antes de mañana en el paso de Holm Dulurk. Ya he perdido demasiado tiempo con vosotros y todo el camino desandado. Debía haberme fiado de él y no de ti cuando os pregunté.

-Doy gracias a nuestro creador y a su profeta Dam por obligaros a escucharme a mí. Señora, necesita apósitos y emplastos de

hierbas para sus heridas. Vuestro caballo es rápido; podríais llevarlo a la ciudad más cercana y salvaría la vida.

-Hay muchas vidas en juego y la suya no parece correr peligro. Mi misión no se puede demorar más y él sería una carga para mi caballo.

-Por favor, mi señora. Vos sois una reina y él un rey, ayudadle aunque sea solo por eso –dijo Durfin echándose a sus pies.

-Ja ¿Quién te ha dicho que yo soy una reina?

-Él me lo dijo. Dice que lleváis el caballo de un rey.

Leratham se quedó callada, pensando en Tizón y en Etham.

-Déjalo... –dijo Kilaurin-. Escucha... esos, eran guardias fronterizos... Debes estar muy cerca... del paso... Esta vez ve al oeste...

-Eso voy a hacer –dijo Leratham agachándose junto al herido-. Lo siento, el curso de una guerra puede depender de mi llegada al paso.

-Me hubiera gustado contar con hombres de tu destreza y lealtad... –dijo incorporando la cabeza-. Vete en paz... y cumple tu misión.

Leratham montó y comenzó a alejarse despacio pero, cuando apenas Tizón dio unos pasos, tiró de las riendas y lo hizo regresar.

-Vamos. Si estoy tan cerca como dices te puedo llevar donde voy. Quizá allí halla curanderos para tratar tus heridas –dijo Leratham.

-¡Oh!, gracias señora –dijo Durfin llorando otra vez a sus pies.

-¡Aparta hombre! –dijo alejándose del cansino sirviente.

Durfin alzó a su amo sobre la silla de Tizón y lo sentó, apoyándole el pecho sobre la crin. Leratham se montó detrás cogiendo las riendas con una mano y sujetándolo con la otra.

La amazona avanzó con un trote ligero en consideración a su pasajero y aunque no iban demasiado rápido, Durfin a lomos de la mula pronto les perdió de vista. Cuando los delirios del príncipe aumentaban Leratham le mojaba con agua del odre espabilándole por unos momentos. Al fin Kilaurin se despertó y sin saber dónde se hallaba, miró hacia atrás, encontrando la cara cubierta de Leratham.

-¿Dónde me llevas? –preguntó.

-Al paso de Holm Dulurk, donde podrán curar tus heridas.

-¿Dónde está mi sirviente?

-Si te refieres a tu abultado amigo, hace varias horas que lo hemos perdido. Nos seguía con vuestra jaca, pero no llegará al paso. Será más fácil encontrarlo a la vuelta.

-¿A la vuelta?

-Sí. Mis planes son ir luego a Irdham. Tú puedes alistarte con las tropas. Creo que van a necesitar cualquier ayuda.

-¿Qué tropas?

-Las del ejército real... –dijo Leratham como algo evidente-... Las de Dur-Barak... –continuó viendo que Kilaurin no entendía.

-¿Qué hacen las tropas de Dur-Barak tan al sur?

-Una buena pregunta. Tú y ellos debéis ser los últimos en enteraros de que el norte ha sido invadido por las fuerzas del señor oscuro.

-No puede ser. ¿Todas las ciudades del norte? ¿Y la magnífica ciudad de Dur-Barak?

-También ha caído.

-No hay ejército tan poderoso para hacer lo que dices.

-No son hombres. Son bestias, animales. Algunos incluso vuelan.

-Es entonces el destino el que me ha guiado hasta ti. Debo hablar con vuestro rey para unir nuestros dos ejércitos.

-Ja, Ja. Sigues con eso. Creía que ya estabas mejor. Deberías protegerte la cabeza –dijo echándole más agua sobre el pelo-.

-¡Quieta mujer!

-Ja, Ja, Ja –rio espoleando a Tizón.

O bien el príncipe encontró fuerzas en las adversas noticias o no quiso quejarse por orgullo ante Leratham, pero aguantó el trote del purasangre como si no estuviera herido. Y así, llegaron esa misma tarde a su destino.

En el paso de Holm Dulurk el macizo montañoso de Arcontia se rompía bruscamente poco antes de encontrarse con el mar, para formar un pequeño pasillo entre sus rocas y los acantilados. Era el único sitio que daba acceso a Arcontia y a sus páramos cenagosos ya que las montañas eran intransitables por su abrupto relieve.

Acamparon en el paso azotados por el viento que sorteaba los riscos.

-¿No sería mejor guarecernos al abrigo de esas rocas? –preguntó Kilaurin señalando la falda del macizo.

-No. Pueden pasar durante la noche. No quiero ni pensar qué ocurriría si me quedo dormida –contestó Leratham.

-Pero aquí ni siquiera podemos hacer fuego.

-Lo sé. Si quieres puedes ir tú allí, yo me quedaré.

-No, no. Te acompañaré –dijo ciñéndose sus andrajosas vestimentas.

-Toma –le ofreció la manta que tenía enrollada en la silla.

-¿Y tú?

-Yo voy bien abrigada.

-De ninguna manera. Antes buscaría el calor del caballo a dejarte sin la manta –dijo Kilaurin ofendido por la propuesta.

-Ja, Ja. No hace falta que duermas sobre Tizón. Podemos usarla los dos, es bastante grande –dijo Leratham disfrutando de la humillación del orgulloso muchacho.

Kilaurin aceptó de mala gana. En su país una mujer nunca se comportaría con tanta soberbia ante un hombre, y mucho menos ante un príncipe, pero no tenía muchas opciones. Solo quería descansar sus heridas.

-Esto se puede tomar frío –dijo alargándole un saco con frutos secos-.

-¿Qué hace una mujer como tú por los caminos matando soldados? ¿En vuestra tierra las mujeres no cuidan de los hogares? –le preguntó cogiendo la bolsa.

-No suelo matar soldados salvo cuando veo a cuatro asesinando a un mendigo desarmado –respondió Leratham.

-Sí, te doy las gracias por salvarme la vida. Solo quería saber la razón que te llevó a vivir como un guerrero.

-Bueno, mi padre siempre quiso que me casara con un noble y le diera nietos, pero seguí los impulsos de mi corazón y aquí me han traído. Respecto a esto –dijo acariciando su arco-, en mi ciudad es costumbre enseñar a las mujeres a usar las armas ligeras. Hay otros sitios en donde es tradición tocar un instrumento musical. En Dur-Barak no.

-Doy gracias de nuevo por tan extravagante costumbre –dijo echándose a la boca un puñado de avellanas-. ¿Debo entender entonces que vuestro corazón no pertenece a nadie?

-¿Te importa acaso?

-Bueno, ¿por qué no?

-Sí, pertenecía a alguien demasiado ocupado como para hacerle caso –dijo apesadumbrada por el recuerdo de Etham.

-Perdona, no quería incomodarte.

-No es nada. El tiempo lo curará –dijo metiendo la mano en el saco de avellanas- ¿Y a ti, qué te ha llevado a la mendicidad si…? –calló repentinamente acordándose de los delirios del muchacho-. Bueno déjalo…

-Ya que no me crees, no voy a insistir más sobre mi identidad, pero de algo debes estar segura: no nos hemos encontrado por casualidad. En algún sitio estaría escrito.

-Bueno, ha sido un día muy cansado –dijo echándose bajo la manta-, y recuerda, tengo puñales largos para las manos largas –dijo mostrando las armas de su cintura.

-No tengas cuidado –le respondió sonriendo.

Kilaurin, aún dolorido, colocó con esfuerzo unas rocas en línea para protegerlos del viento, tal y como hiciera la noche anterior con Durfin y se acostó al lado de Leratham. Entre el arrullador sonido

de las olas golpeando los acantilados, la noche fue transcurriendo fría y húmeda. El ejército no se presentó.

A la mañana siguiente, Leratham se despertó sintiendo el suelo vibrar. Se incorporó rápidamente echando la manta a un lado. Allí estaban las tropas, acercándose al trote. No era lo que esperaba ver, pues estaban sucios y demacrados, las formaciones eran irregulares y algunos de ellos mostraban heridas al aire, sin curar.

Cuatro jinetes del ejército regular merintio se adelantaron hasta ellos, con sus lanzas en alto. No parecían estar dispuestos a pedir explicaciones. Leratham tiró lejos de ella su arco y levantó las manos descubiertas gritándoles.

-¡Tengo un mensaje para vuestro oficial al mando! –gritó varias veces, hasta que los soldados se detuvieron frente a ella.

-¿Quién eres? –preguntó uno con la lanza cerca de su cara.

-Eso no importa. Soy de Dur-Barak y tengo información de vital importancia para vuestro oficial –dijo Leratham.

-Dámela a mí.

Leratham reflexionó por un momento.

-Baste deciros que Dur-Barak ha caído.

Los soldados murmuraron entre sí.

-Mientes –dijo el que empuñaba la lanza.

-Y hay algo más que debo decírselo a él.

-Todo me lo tendrás que contar a mí.

-No –respondió Leratham.

-No estás en disposición de exigir –dijo acercando más la lanza.

-Escuchad, decid que el príncipe Kilaurin quiere ver a vuestro rey –gritó el muchacho dando un paso adelante y cogiendo la punta de la lanza, para consternación de Leratham.

-Ja, Ja, Ja -rieron.

-¡Menos mal! ¡Por un momento pensé que estos chiflados decían la verdad! –dijo otro.

-¡Apartad, o tendremos que usar nuestras armas! –dijo el primero tocando con la punta de la lanza el pecho de Leratham.

Un súbito sentimiento de frustración invadió la mente de Leratham y, sin pensarlo, estiró el brazo hacia la silla de Tizón para coger la espada de Etham. Si hubiera recapacitado por un momento nunca lo habría hecho, pues no sabía cómo usarla, pero aquel impulso irrefrenable le llevaba a defender la misión que le había traído hasta allí y de la que tantas personas dependían. La desenvainó y giró su cuerpo sobre sí misma para de un golpe cortar la lanza del soldado. Siguió agarrada a su arma; ahora sí se daba cuenta de la temeridad que había cometido y no lo podía creer, pero la espada le transmitía una extraña sensación que le llevaba a usarla de nuevo y como si su

mano fuera guiada por ella, se movió una y otra vez en certeros cortes que dejaron todas las lanzas rotas y los cuatro jinetes recostados en el suelo con sus sillas de montar entre las piernas y las cinchas cortadas.

-¡Por las barbas del profeta Dam! ¡También eres diestra con las espadas! –exclamó Kilaurin mirando a Leratham con incredulidad.

-¡Está hechizada! Por eso nunca quise aprender a usarlas –dijo ella entre dientes mirando su reluciente empuñadura y confundiendo aún más al príncipe.

El grueso de la tropa ya estaba cerca y la cabeza de la formación se adelantó al observar el incidente. Al galope cargaban con sus lanzas para repeler la amenaza y, cuando estaban ya por hacer blanco, una voz autoritaria se distinguió entre el ruido de los cascos dando órdenes de cesar el ataque. Era el comandante Hergues que, sorprendido por cómo una mujer y un mendigo habían derribado a cuatro de sus jinetes con solo una espada, no pudo sino interesarse por semejante hazaña.

-¿Qué ocurre aquí? –preguntó a sus hombres con alivio al ver que no había ningún herido.

-Mi comandante, nos atacaron por sorpresa –dijo uno de los soldados derribados.

-No me ha parecido eso a mí –dijo Hergues-. ¿Quiénes sois vosotros?

-Señor, Dur-Barak y las ciudades del norte han sido conquistadas. He venido para pediros que llevéis vuestras tropas a Irdham donde habrá una gran batalla en la que se decidirá el futuro de nuestro mundo –dijo Leratham hablando rápidamente y sin parar, aprovechando que por fin podía dar el mensaje al oficial.

-Tranquila jovencita. Dime despacio cómo ha pasado eso que dices.

-No lo sé –dijo ella-. Yo no estaba allí, pero ya he visto a muchos ciudadanos huir hacia el sur cargando con todos sus enseres.

-Aunque eso fuera cierto. No puedo llevar el ejército donde tú me digas. Yo recibo órdenes del rey.

-Señor. El rey estará muerto y si no, habrá huido como los demás hacia el sur. He visto caminos llenos de gentes y yo misma he sido atacada por monstruos alados. Bestias horribles salidas del averno –dijo ella.

-Comandante, soy el príncipe Kilaurin –dijo provocando de nuevo, la desazón de Leratham-. Debo insistir en que llevéis vuestras tropas a Irdham. Allí se unirá a mi ejército y podremos hacer frente común ante nuestro enemigo.

-¡Príncipe Kilaurin! –exclamó Hergues bajando del caballo-. Hacía memoria recordando dónde había visto vuestra cara pero ni me imaginaba que pudierais ser vos.

Leratham pensó que Hergues se había vuelto loco también pero cuando cruzó la mirada con el príncipe, y vio sus ojos rebosantes de satisfacción, terminó por creerlo al fin.

-¿Qué os trae hasta aquí de esta manera? –preguntó.

-Una traición. Mur-Darmer ha tramado mi asesinato para culpar a vuestro rey y enemistar nuestras dos naciones. Por eso es tan importante que me prestéis ayuda para recuperar mi trono. Más aún, después de lo ocurrido en Dur-Barak –dijo mirando a Leratham.

-Alteza, mis tropas han sido diezmadas por los excretores. Sí, las mismas bestias de las que hablas –dijo mirando a Leratham-. Podríamos acompañaros hasta Irdham pero con nuestros heridos nunca llegaríamos antes de cuatro días y además, tendría que confirmar de alguna manera estas noticias tan trágicas sobre Dur-Barak. Es muy extraño que no me haya llegado ningún mensaje de los halcones Augur.

-No tenemos tiempo –dijo el príncipe-. Antes de salir de Irdham, Mur-Darmer me habló sobre grandes barcazas llenas de gentes que bajaban por el río hacia allí. Ahora todo tiene sentido. Pero lo peor es que cuando se presenten, se encontrarán a mi país engañado por ese traidor. Es de vital importancia llegar antes que ellos. Si no vas a ayudarme a recuperar el trono, hazlo por salvar a tu pueblo de una muerte segura.

Hergues, pensativamente, apartó a su caballo y miró a su tropa.

-Esto es lo que vamos a hacer –le dijo al príncipe-. Te llevarás a cien guardianes rojos de la orden sagrada. Son los jinetes más rápidos y los más fieros guerreros. Yo mandaré a los exploradores más veloces a Dur-Barak, aunque comenzaré la marcha hacia Irdham. Si me llegan noticias contradiciendo lo que decís, volveré sobre mis pasos hacia la capital. De esta manera, perderé menos tiempo en el regreso a mi ciudad.

-Perfecto. No te arrepentirás. Hay algo más: necesitaría una vestimenta más adecuada –dijo mirándose sus harapos-.

-Puedo darte un uniforme de los nuestros.

-¿No tienes otra cosa?

-Me temo que no.

-No puedo presentarme ante mi pueblo con un uniforme vuestro –dijo mirando a Leratham de arriba abajo.

-¡No! –dijo ella-. Este es mío y no creo que sea de tu tamaño.

-Bueno lo llevas bastante holgado... –dijo Kilaurin cogiendo un hombro.

-No... No... Además, está muy sucio... –dijo avergonzada.

-No te preocupes.

Leratham suspiró mirándose la ropa. Bajo su capote negro

para la arena del camino, tenía pantalones y camisa negra de una gruesa tela parecida a la lona que vestía al príncipe. Rodeando su cadera llevaba un cinturón de cuero con enganches para sus puñales y a las espaldas un carcaj también de cuero.

Ella finalmente se vistió con el uniforme de un soldado del ejército regular sin el tahalí blanco. Encima colocó su aljaba y su correa negra que, aunque eran totalmente discordantes con el resto del atuendo, al menos lo sujetaban parcialmente ciñendo los grandes pliegues a su figura. Le estaba visiblemente grande.

-Ja, Ja –rio el príncipe cuando la vio-. Te ves muy elegante.

-Sí... Sí... Esta me la debes.

-Pues junto con mi vida, un traje te debo.

-Tu vida es tuya, pero esas ropas que llevas son mías.

-Te daría todos los vestidos de Irdham y la mitad de mi reino si te casaras conmigo –le dijo el príncipe con una sonrisa en la boca.

-Estás loco. ¿Vas pidiendo matrimonio a todas las mujeres con las que hablas? –le preguntó ella desconcertada.

-No. Solo a las que son capaces de acabar con un escuadrón y mostrar la extraordinaria belleza de una delicada flor –dijo.

-Mira... Déjame... –dijo sonrojada.

-No creo que pueda –dijo el príncipe ahora más serio.

-No hay tiempo para esto. Partamos cuanto antes y cumple lo que has dicho –dijo ella incomoda, acordándose de Etham.

-Tienes razón. No es momento para esto, pero dime: ¿si cuando acabe todo sigo vivo, aceptarás que te agasaje por un tiempo en mi reino?

-¿Que me agasajes? Je, había olvidado como sois los nobles hablando –dijo-. Creo que tienes costumbres muy distintas a las mías; yo soy mujer de un solo hombre y mi marido será hombre de una sola mujer.

Al príncipe le dieron una montura de la orden y los cien guardianes rojos se separaron de la columna para partir con ellos dos hacia el sur. Llevaron provisiones y un caballo más para Durfin, a quien esperaban encontrar por el camino.

Partieron al galope envueltos en graves cantos de los jinetes rojos, que de alguna manera parecían enaltecer su propio valor. El color oscuro de la ropa de Leratham pronto desapareció entre los vuelos de las capas de los guardianes, bajo la atenta mirada del comandante Hergues.

Capítulo 4

Cuestión de Fe

Las barcazas navegaban lentamente apenas empujadas por la corriente. La mayor parte del caudal descendía por el afluente del Therios que desembocaba en el abismo de Vandhur y ahora, cuando ya lo habían dejado atrás y atravesaban el reino drudio, la velocidad quedó muy mermada.

Conforme se adentraban en la región, la vegetación comenzó a desaparecer. Las orillas, antes cubiertas de frondosos matorrales y de grandes árboles, ahora se mostraban sembradas de rocas afiladas y de arena negruzca.

Los escasos soldados distribuidos en las barcas estaban visiblemente nerviosos. Si el ejército invasor les seguía, pronto serían alcanzados. Jhorim vigilaba con atención los cielos esperando el ataque de los temidos adventos, pues dos de ellos les acompañaban desde la salida de Dur-Barak. Solo los perdían de vista por la noche, pero con la luz del día de nuevo aparecían a lo lejos, surcando los aires al acecho. Antaris sin embargo, fijaba la vista al frente con preocupación. Sin prestar atención a las bestias aladas, parecía más perturbado por lo que habría de venir que por lo dejado atrás.

Alrededor se escuchaban los lamentos de quienes se arrepentían de haber dejado Dur-Barak y los desgarradores gritos de una mujer que en la huida había perdido a sus hijos. La tensión aumentaba con el cansancio. La constante vigilancia de los adventos y los incesantes sollozos se habían convertido en odiosos compañeros de viaje que finalmente, acabaron por socavar la moral de las tripulaciones.

Eonna, estaba sentada apoyando su espalda en un cajón de madera. Con los dedos separaba abstraída las astillas de un tablón empapado. No sabía bien lo que estaba pasando. Todo su entorno se derrumbaba. Se preguntaba, ¿quién les habría dado permiso para destruir la vida de tantas personas? ¿Por qué? Las mujeres gimoteaban acurrucando a sus hijos y sus lamentos le llegaban al corazón, pero ella no podía llorar. Desde que vio cómo un excretor desgarraba el cuello de su madre, algo se murió en su interior; y ahora no perdería también a su padre al que estaba tan unida. Si tenía que matar al enviado lo haría, al fin y al cabo todos morirían. Quizá así respetarían al menos a su familia. Quizá podría vivir como antes y recuperar sus sentimientos...

-Como antes pero sin mamá... - murmuró quitando las

astillas del tablón e ignorando que sus posaderas estaban tan mojadas como aquella madera blanducha.

Pasaron tres días de pesada navegación bajo el abrasador calor del desierto que crisparon aún más los ánimos. Ya no se veía a los soldados como a los defensores del pueblo sino como a los culpables del incierto destino al que se enfrentaban. En la barcaza del rey, las miradas de odio hacia el monarca dieron paso a comentarios susurrados sobre su cobardía y la incapacidad de su gobierno. Nadie entendía qué les había llevado a aquella situación, qué terrible ejército era tan poderoso como para huir de él sin plantarle batalla.

El rey temiendo por su vida, ordenó acercar las barcas y de una a otra pasó con un reducido séquito hasta la de Antaris. Allí discutieron sobre la posibilidad de seguir a pie. Sintiéndose traidor a su pueblo, ya no quería ejercer su autoridad y todo lo consultaba con el Augur como única cabeza visible de la orden sagrada.

-Antaris, el tedio abruma a mis súbditos –dijo.

-Están inquietos porque no pueden luchar por recuperar su futuro, pero ya estamos cerca de Irdham –respondió.

-No sé si aguantarán. ¿No iríamos más rápido a pie?

-Podemos dejar las barcas, pero no hay caballos para todos, ni siquiera para los víveres. Y aunque queda poco, más vale seguir aburridos que cansados –dijo el Augur.

-¿Has visto ya la ciudad? –le preguntó mirando a su halcón.

-No. No lo quiero hacer volar con esos adventos ahí. Esa es otra razón por la que deberíamos seguir en el río –le respondió acariciando al pájaro.

-¿Temes que nos ataquen? –preguntó mirando al cielo.

-No, ellos no. Me preocupa cómo nos van a recibir los drudios. Pueden ayudarnos, ignorarnos o aniquilarnos. Este río es ancho, y quizá nos proteja como lo hizo con los excretores, pero deberíamos navegar por la orilla oriental pues Irdham está en la occidental. Además, deberíamos adelantar unos emisarios para explicar al regente Mur-Darmer cuál es el peligro al que todos nos enfrentamos y comprobar cuáles son sus intenciones.

-Yo iré –dijo el rey.

-Majestad, no me parece lo más adecuado. Se trata precisamente de salvaguardar a nuestro pueblo, con su soberano a la cabeza.

-Nadie mejor que yo para hablar con Mur-Darmer. No hay tiempo para andar con mensajeros –contestó.

-En ese caso los guardianes de la torre y yo os acompañaremos.

El primero en desembarcar fue el rey, le siguieron Antaris, Eonna y Jhorim, quien hábilmente amarró la barcaza a una gran roca. Cuando se disponían a bajar los caballos de la orden, alguien de otra barca gritó sobresaltado.

-¡Soldados! ¡Soldados! ¡Vienen los drudios!

-¡Rápido, los caballos! –dijo el rey cogiendo uno de los cuchillos de Eonna.

Mientras hacían saltar a los caballos, el rey cortó la cuerda. La barca se separó de la orilla rápidamente cuando el último de los animales brincó y la impulsó con sus patas traseras hacia el caudal.

-¡Alejaos! –ordenó el rey-. Yo hablaré con ellos.

Un gran pelotón de soldados con turbantes apareció amenazante tomando la orilla. Desde su posición más elevada disfrutaban de una clara ventaja frente a los navegantes y aunque las barcazas se alejaban lentamente, todavía eran blanco fácil para ellos. Cogieron sus lanzas elevándolas por encima de los hombros dispuestos a lanzarlas cuando el rey les gritó.

-¡Alto! Soy el rey de Merintia. Os exijo me llevéis ante vuestro señor, Mur-Darmer –dijo poniéndose delante del capitán drudio.

El oficial levantó la mano sosteniendo a sus soldados. Aunque estaba decidido a combatir, aquellas palabras del rey le hicieron replantear el ataque. Las barcas seguían su lenta huida por lo que no tenía mucho tiempo para pensarlo. Había recibido órdenes directas de aniquilar a los extranjeros, pero él solo veía civiles indefensos con un puñado de soldados y un rey que pedía hablar con el regente.

-Señor. Huyen. Pronto ya no estarán a tiro –dijo otro oficial.

-¡Silencio! ¡Déjame pensar!

-Señor. Violar las órdenes de Mur-Darmer tiene como castigo la muerte.

-¿Quieres aniquilarlos a todos? ¿Mujeres y niños también?

-Señor. Prefiero verles muertos a ellos que a mí empalado en el cadalso.

-Tenemos a su rey. Mur-Darmer se contentará.

-Como ordenéis señor. No penséis que pongo en duda vuestra autoridad. Es mi cuello lo que me preocupa.

-No temas... Espera... –por un largo momento callaron, hasta que el capitán bajó la mano gritando-. ¡Lanzad! ¡Lanzad!

Pero las lanzas ya no llegaron a su objetivo. Las barcas seguían la corriente con sus aterrados navegantes ahora más aliviados.

-Se han escapado. Hemos hecho todo lo posible, pero han huido –dijo el oficial.

El rey se adelantó.

-Veo que sois un hombre de honor. Os agradezco lo que habéis hecho –le dijo el rey.

-No os confundáis. Una vez que hayáis hablado con Mur-Darmer, si él mantiene las órdenes seré yo el primero en cumplirlas.

-Os lo agradezco igualmente.

Desde las barcas vieron como al rey le arrebataban sus armas y era tomado por un simple prisionero. La intercesión del soberano evitando una masacre hizo que muchos se avergonzaran por su comportamiento hacia él. Ahora se sentían despojados de algo suyo, de algo que solo ellos podían enjuiciar, y valoraban a aquel hombre como si nunca antes les hubiera fallado. Pero ese orgullo que les unía como nación dio paso a un sentimiento de desaliento y frustración. Sin medios para evitarlo, estaban obligados a aceptar su captura.

Las tropas con los prisioneros cabalgaron hacia Irdham siguiendo la orilla del río. Las barcazas pronto se quedaron atrás, aunque continuaban su calmado descenso.

Cuando los drudios llegaban ya a la capital, pudieron ver un numeroso ejército saliendo de los inmensos portones de la ciudad. Estaba encabezado por Mur-Darmer y varios de sus generales. El capitán sorprendido aminoró el paso. Jhorim les observó, eran soldados completamente pertrechados para la batalla.

De la enorme columna una escuadra se separó y se dirigió al galope hacia otro grupo de jinetes que desde el norte también se acercaba a la ciudad, el resto siguió su camino al encuentro del pelotón.

-Mi capitán, esto no parece una embajada de bienvenida para nuestro prisionero –le dijo el suboficial.

-No. Han salido todos los destacamentos. Seguramente para terminar el trabajo que no hemos hecho nosotros. De cualquier manera, no pendía de nuestra mano. Ellos ya estaban fuera de nuestro alcance. ¿Verdad?

-Claro, señor.

Mur-Darmer llegó galopando adelantándose a sus generales. Los músculos de su cara, en tensión, mostraban una impaciente mueca de satisfacción. Antes de hablar con el capitán buscó con la mirada entre las ropas de los prisioneros.

-Has dado con los perros infieles. ¿Por qué no los mataste como te ordené? –le preguntó nervioso mirando de reojo a sus generales.

-Mi señor. Estos son los que pudimos capturar. El resto desciende en barcazas por el lado oeste del río, lejos de nuestras lanzas. Este dice ser el rey de Merintia y solicita hablar con vuestra majestad –dijo el capitán.

La cabeza de la formación llegó hasta ellos y los mandos se colocaron junto al inquieto regente Mur-Darmer.

-No hay nada que hablar. Solo podéis pactar cómo va a ser vuestra ejecución, si es que tenéis a bien entregarnos el cuerpo del príncipe Kilaurin. Si no, os daré la peor de las muertes –dijo Mur-Darmer con un tono más enérgico.

Los prisioneros se miraron entre sí. Nadie había imaginado semejante despropósito; cualquier esperanza de conseguir ayuda se desvaneció con aquellas palabras y ahora ni si quiera podían pensar en salvar la vida. Eonna observaba los sudorosos gestos del regente incapaz de creer que su vida dependía de ese hombre escuchimizado de cara afilada. En aquel sucio lugar, entre los caballos, con moscas alrededor, le abrumaron un raudal de sentimientos encontrados que en instantes se sucedían uno detrás de otro sin darle ninguna solución. En aquellas circunstancias, el implacable sol le llevó casi al desmayo cuando la autoritaria voz del rey despejó todos sus pensamientos.

-Hemos venido huyendo del señor oscuro, en busca de vuestro apoyo. No a matar nadie y, menos aún, al príncipe Kilaurin. El reino de Merintia ha sido conquistado por el ejército de las tinieblas, y pronto vuestro reino seguirá el mismo camino si no somos capaces de unir nuestros esfuerzos.

-¿Acaso vais a negar lo que ya sabemos? El príncipe Kilaurin partió a vuestro encuentro en paz. Volvió parte de la guardia que le acompañaba acusando de su execrable crimen a vuestro ejército invasor de Merintia –dijo Mur-Darmer dirigiéndose más a sus cuatro generales que al soberano.

-Hemos descendido por el río en barcazas con toda la población de Dur-Barak. ¿Desde cuándo un ejército de invasión lleva a mujeres y niños en sus filas? –preguntó el rey sin esperar respuesta-. No sé qué oscura traición os rodea, pero en ninguna manera nos atañe a nosotros. Matar a Kilaurin habría sido como cortar el cuello que nos da el aire.

-¿Os atrevéis a contradecir a los valerosos miembros de su escolta? Los mejores soldados de mi guardia personal, formados durante años de entre todos los mejores y ¿queréis que ponga en duda su testimonio por el vuestro?

Los generales se miraron entre sí.

-Yo no os puedo hablar de vuestros hombres, solo de nuestra inocencia; pero sí sé que ningún miembro de mi guardia personal habría tenido la deshonra de presentarse vivo con su rey muerto –dijo orgulloso.

-¿Eran de vuestra guardia personal? –le preguntó un general drudio a Mur-Darmer.

-Sí... Sí... Lo mejor de lo mejor –repitió él contrariado por la

pregunta-.

-Quizá sería mejor interrogar a los supervivientes antes de ejecutar a nadie –dijo otro de sus generales.

-Son perros infieles, su destino es la muerte. Son extranjeros, no son parte de nosotros. El profeta Dam dará santuario a los que luchen contra ellos.

El escuadrón, que poco antes vio Jhorim separarse del grueso de la tropa drudia, capturó al grupo de jinetes que se acercaba por el norte y entre los que se encontraba Etham. El chico tenía un aspecto diferente: su pelo estaba cubierto por un turbante y sus cejas, junto con su ojo izquierdo, apenas se veían, pero su cara irradiaba una extraña luminosidad. Al verle, el mental le reconoció al instante y sobrecogido exclamó su nombre adelantando su llegada antes siquiera de que el cabo del escuadrón se dirigiera a Mur-Darmer.

-¿Qué ocurre? –preguntó el regente.

-Mi señor, estos... desean hablar... con vos –dijo lentamente el cabo con aspecto desorientado sin dejar de mirar los ojos de Etham.

-¿Cómo te atreves? ¿Cómo me importunas por algo así?

-Mi señor... Es importante... –siguió con los ojos fijos en los de Etham.

-¿Qué son esos harapos? ¿Creéis que somos estúpidos? Son más extranjeros –le dijo a los soldados-. El profeta Dam ya nos lo dijo:

<“Matar a los infieles donde quiera que estén, pues para ellos solo habrá fuego eterno”.

¡Al cadalso con todos! –gritó mirando a sus generales.>

-¡Espera! –dijo Etham-. Debes escucharme, pues el futuro del mundo está ahora en juego. No es tiempo de pelear entre nosotros.

<Esto se me ha revelado sobre tu dios:

Todos fuimos hechos del pensamiento del creador y después de muertos, los que se hayan conducido rectamente volverán junto a él.

Pero escucha, porque te voy a hablar desde tu fe:

Él será el que juzgue cuando llegue la hora.

Si en tu libertad optas por cercenar la vida de un infiel, estarás cortando un camino que puede llegar hasta él. Cuando así actúes lo harás en nombre del señor de la oscuridad, pues suya sería el alma del pagano ajusticiado.>

En cualquier otro momento Mur-Darmer habría acabado la conversación separándole la cabeza de un sablazo, pero aquel chico hablaba con la autoridad de un sumo sacerdote y había captado la atención de sus generales, en especial la de Marlord.

-¡Tonterías! ¡Solo merecéis la muerte!

-Esto además se me ha revelado sobre tu dios: -continuó diciendo Etham-.

<El mundo fue creado para adiestrar las almas de los creyentes, para que en nuestra libertad volvamos a encontrarle a Él. ¿Acaso no sabes que en su mano todo está? Tanto tu vida como la mía. ¿Acaso no proclama el profeta Dam que él es misericordioso? ¿Y de dónde sale la misericordia sino del amor? ¿De dónde? ¿Del odio o la venganza?

En paz hemos venido, ¿qué ha sido de vuestra hospitalidad? >

-¿En paz? Merintia fue nuestro durante más de quinientos años hasta que vosotros nos lo arrebatasteis. Y está escrito: aplastad y matad a los que os vengan a expulsar de vuestros hogares pues de ellos es el fuego eterno. ¿Cómo te atreves, perro infiel?

-En realidad la reconquistamos. Cierto es que lo invadisteis durante ese tiempo, pero es igualmente cierto que antes de eso estábamos allí nosotros. Vosotros fuisteis los extranjeros que primero nos atacasteis y nos sacasteis de nuestros hogares. Según lo que tú proclamas, ¿no sería pues vuestro el fuego eterno antes que nuestro?

< ¡Escúchame de una vez! -continuó Etham levantando de pronto tanto la voz que parecía estar poseído.

El amor es al señor de la luz como el odio es al señor de la oscuridad. No creo que tu fe proclame odio, por lo que ya sabes de dónde ha salido tu oscuridad. Y si no quieres escucharme a mí, mira en el fondo de tu corazón y allí verás la verdad de lo que digo, pues como hijos del mismo padre, somos todos hermanos.>

-¡Basta! ¡No tientes más! El que tienta desvía de las enseñanzas del profeta Dam y está escrito: Vale más seguir el camino del creador que la vida del que lo tuerce.

-Esto además se me ha revelado sobre tu dios: -dijo ahora Etham-.

<Él consiente la vida de los fieles y de los infieles, pues ni una sola hoja de un árbol cae al suelo sin su permiso. Él nos ha dado la libertad incluso de negarle. ¿Quién eres tú para quitarla? ¿En tu nación qué mérito tiene seguir a tu dios, si el que no lo hace va al cadalso? >

-¡No eres más que un...! –dijo Mur-Darmer, pero fue interrumpido bruscamente por la profunda voz de Etham.

-¡Basta! ¡Esto otro se me ha revelado! - El chico cambió ahora el gesto y con él su apariencia; se le veía más grande y peligroso. El brillo de su ojo azul oculto por su ladeado turbante parecía ahora distinguirse misteriosamente entre las telas. De su voz emanaba una extraña fuerza, casi palpable que presionaba el pecho de los presentes, y a todos sorprendió dejándolos por un momento sin respiración.

<Busca bien en tus escrituras y verás que allí dónde dice

que embosquéis a los infieles, después podrás leer que lo has de hacer porque estos te atacan. ¿Acaso venimos a guerrear? Hay de aquel que se sirva de las enseñanzas de los profetas para actuar en su beneficio o contra los demás.

Hay de aquel que retuerza y estruje las palabras de sus enseñanzas para justificar la violencia contra el otro.

El que así proceda ganará el peor de los castigos pues también está escrito: suyo es el poder de dar y quitar la vida. El que haciendo uso de su libertad se otorgue en este mundo tal potestad no vivirá ya en el otro. El que suplante su justica, en el amor fundada, solo la tortura eterna encontrará.

Nunca se os ha enseñado a morderos una mano. Pues igualmente escrito está en vuestros corazones: como la mano está unida al cuerpo, así todos nosotros estamos unidos en una misma hermandad, fruto del mismo padre. Si no aprovecháis este tiempo que el hacedor nos da para llenarnos de él, caeréis junto a sus enemigos, las bestias del averno. Pues una última oportunidad se nos ha concedido para llenarnos de él, ya que todos llegamos aquí muertos como consecuencia de nuestra traición cuando con él vivíamos. >

Un súbito temblor siguió a un gran estruendo procedente del río. Al mirar hacia allí, vieron las barcazas de Dur-Barak balancearse violentamente sobre las erguidas aguas del río Therios. Los navegantes se agarraban desesperadamente. Familias enteras gritaban de pánico viendo como sus naves eran despedidas a la orilla.

Del caudal emergió una monstruosa serpiente con rasgados ojos rojos. Elevó uno de sus extremos hasta igualarse con las torres del castillo de Irdham y dirigió su mirada hacia el lugar donde Etham discutía con Mur-Darmer. Algo de allí captó su atención e ignoró las barcas para acercarse a ellos mientras extendía grandes pliegos de escamas alrededor de su cabeza con extrañas formas dibujadas.

-¡Qué mala bestia habéis traído infieles! –gritó Mur-Darmer-. ¡Retirada! ¡Todos al castillo! –ordenó a sus tropas-.

El general Marlord quiso llevarse a los prisioneros pero Mur-Darmer se lo impidió.

-¡No! ¡Ellos se quedan! –gritó.

La formación dio media vuelta y se dirigió de nuevo al portón, pero el general se quedó cortando las cuerdas de los prisioneros, mientras en silencio miraba a Etham. Cuando terminó le habló con lástima.

-Veremos si el dios del que hablas es magnánimo contigo, extranjero.

Después se fue galopando y entró el último en la gran fortaleza. Los grandes portones se cerraron retumbando

sentenciosamente.

La serpiente se inclinaba hacia el grupo, pero no parecía verles bien. Sacaba una y otra vez su inquieta lengua bífida hasta que retrocedió su cabeza para tomar impulso y abalanzarse sobre ellos. Los caballos instintivamente salieron en estampida anticipándose al movimiento.

En la orilla del río los supervivientes se ayudaban los demás a tomar tierra. Las barcazas que aún se mantenían a flote arrumbaron para unirse a los naufragados. En el agua no tenían ninguna posibilidad contra la bestia por lo que se reagruparon en el margen.

Cuando la serpiente recuperó su altura para atacar, lanzó con fuerza un viscoso líquido verde hacia Etham y esta vez su caballo no lo pudo esquivar. Alcanzó el suelo junto a sus pezuñas y las salpicaduras impregnaron la panza del animal que cayó al suelo retorciéndose de dolor. La pierna de Etham se quedó aprisionada por su cuerpo en corrosión. Por más que intentaba liberarse de aquella insoportable presión no lo lograba. Apoyando el antebrazo en la arena empapada de la sustancia verdosa trató de ayudarse para tirar de la pierna, pero su manga enseguida se chamuscó y sintió una aguda quemazón que le hizo apartarlo con un grito. Cuando la serpiente se disponía a atacar de nuevo, y Etham se encontraba inmovilizado, su caballo se retorció en una última convulsión y él pudo apartar por fin la pierna. Salió corriendo sin mirar atrás y escuchó caer otro chorro de veneno a sus espaldas. Con sus ropas salpicadas por pequeñas gotas no podía más que correr aguantando el dolor. Pero la serpiente no cejaba en su empeño y volvió a la posición de ataque moviendo su cabeza en torno a Etham. Desde arriba, dominaba la situación y parecía divertirse como si cazara a un indefenso ratoncillo. Abrió su boca para dar la dentellada definitiva cuando Jhorim a lomos de su caballo negro cruzó por debajo y agarró al chico. Los colmillos de la bestia se estamparon contra el suelo y se elevó de nuevo enfurecida.

Al galope se acercaron al lecho del río donde el cuerpo de la serpiente emergía hacia las alturas. Etham desenvainó la espada de la montura de Jhorim y cortó el vientre con la fuerza del envite del caballo. Un estridente alarido escapó de las profundidades del reptil que, apoyándose sobre su cola, retrocedió irguiéndose.

El animal viéndose vulnerable se alejó sumergiendo una parte de su cuerpo en el agua. Ahora solo la cabeza permanecía elevada sin dar la espalda a ninguno de los hombres, pero su veneno corrosivo era lanzado hacia ellos sembrando la muerte por donde caía.

Desde el castillo de Irdham el general Marlord observaba a los extranjeros. Sus hombres desplegados por las colmenas y al resguardo de las aspilleras, esperaban las órdenes para empezar a

asaetear a la bestia.

-Excelencia, debemos aprovechar ahora que está distraída –dijo el general al regente.

-¿Y terminar con la diversión?

-Señor, después nos atacará a nosotros.

-Si a dos enemigos ves luchar, solo te has de alegrar –recitó Mur-Darmer mirando al general con indiferencia.

-Pero, mi señor, han venido como amigos para advertirnos de este ataque.

-¡Son infieles! –gritó dando la discusión por terminada.

Marlord dirigió su mirada hacia el río. Se quedó frente al regente ignorándole para no hablarle más, pero acató sus órdenes. Después Mur-Darmer se fue.

Los arqueros del general apenas se contenían al ver a la bestia vomitar su veneno sobre aquellas personas. Aunque su deber era proteger a la población de Irdham, les era muy difícil no ayudar a los extranjeros para intentar detener tan horrible matanza. Miraban una y otra vez al general esperando las órdenes que aliviaran sus arcos, pero Marlord no abría la boca; observaba con rabia contenida los cuerpos torturados por la abrasadora ponzoña de aquel engendro. Con lágrimas en los ojos escuchaba los gritos de las mujeres y los niños que, sobre todos los demás, arañaban en lo más profundo de su corazón.

Jhorim y Etham se acercaron a la bestia intentando distraerla. Luego se unieron Murghos, Bentor, Eonna y el rey. Cabalgaban en círculos tratando de esquivar los chorros del veneno, lo que impedía a Etham concentrarse y utilizar la ciencia Augur para desorientar al animal. Y aunque, en su continua huida, ninguno de ellos podía atacar, al menos consiguieron atraer su atención y detener la matanza.

Antaris, que sí permanecía fuera del alcance de la serpiente, trataba de calmarla mirando sus pequeños ojos, pero el rápido movimiento de la cabeza se lo hacía muy difícil.

Los caballos pronto empezaron a caer. Aunque su rapidez les permitía esquivar el chorro, las salpicaduras les herían desde abajo. Con unas pocas gotas que les llegaran a tocar, los animales se encabritaban sin control. Primero cayó el de Bentor, que montó con Murghos y después cayó el de Eonna que salió corriendo sin mirar atrás. Más tarde el veneno salpicó a la vez al de Murghos y al de Jhorim. Solo quedaba el rey a lomos de su montura galopando de un lado para otro. La serpiente bajó la cabeza al ras del suelo y con la boca abrió una zanja de arena hacia donde estaba él engulléndole junto a su corcel y a un montón de piedras. Del rey solo quedó el crujir de sus huesos, no se le escuchó decir nada. Cuando hubo

tragado a caballo y caballero, volvió sobre los que iban a pie y no tenían posibilidad de escapar por velocidad.

En estas se veían, cuando el suelo comenzó a vibrar de nuevo. Esta vez era el galopar de la formación de la orden, dirigidos por el príncipe Kilaurin y Leratham.

El centenar de guardianes de la torre sagrada blandieron sus lanzas al tiempo que sus enaltecedores cantos callaron para convertirse en un concentrado silencio; con sus capas rojas al viento, ahora parecían formar un caudaloso río de sangre dirigiéndose a la serpiente, que se volvió a retraer al verlos, dejando libres a sus víctimas.

Kilaurin y Durfin siguieron hasta el gran portón.

-¡Abrid! ¡Abrid!

-¿Quién vive? –preguntaron tras la puerta.

-Soy el rey Kilaurin. Tu señor. ¡Abre! –dijo proclamándose monarca en ese momento.

-¿Qué ocurre? -gritó el general Marlord desde las colmenas.

-General, soy yo Kilaurin –contestó mirando a Marlord tratando de adivinar si él estaría a su lado o era también parte de la conspiración-. Soy el rey.

-¡Proteged al rey! ¡Atacad! ¡Atacad! ¡Atacad! –ordenó desgañitándose el general poseído por la furia.

Los soldados descargaron su rabiosa ira por tanto tiempo contenida sobre la bestia y una nube de flechas voló por los aires hasta ella, al tiempo que las mortales lanzas de los guardianes rojos caían sobre su cuerpo. Aunque las escamas sin la magia de su piedra Edecán se quebraban, el grosor de su capa exterior impedía alcanzar órganos vitales. El general Marlord ordenó entonces embadurnar las flechas en brea, y el cielo entonces se cubrió del humo y de los trazos ardientes de las saetas surcando el aire hacia su objetivo.

Finalmente, la serpiente herida se retorció arrebatadamente con flechas y lanzas clavadas entre sus escamas, lo que profundizó sus cortes agravando las heridas. Tras una breve agonía cayó con la cabeza fuera del río.

Antaris y Etham se acercaron a las fauces para mirar su interior con precaución. Allí no quedaban restos del soberano merintio ni de su montura.

-Al menos supo morir como un rey –dijo Antaris.

-En paz descanse –contestó Etham dando una patada a la serpiente.

-Hijo, ¿dónde has estado? Te hemos buscado con los halcones por todas partes y ahora, cuando hemos perdido Dur-Barak apareces sin más–dijo Antaris-.

-No me culpes a mí de eso. No estaba preparado y aún seguiría igual si hubiera permanecido con vosotros.

-¿Eso quiere decir que ahora lo estás?

-Ahora soy capaz de combatir el mal que alienta al enemigo pero como has visto, nada puedo hacer contra bestias como esta.

-¿Podrás anular el poder del mineral negro?

-Sí –contestó rotundamente.

-Entonces aún tenemos una esperanza, pues esa es la más letal de sus armas –le dijo pasándole el brazo sobre los hombros.

Una vez abiertas las puertas de la ciudad, Kilaurin subió por las retorcidas escaleras del interior del primer muro defensivo. Dos de los guardias de la entrada le seguían a paso ligero apartando a gritos a quien se ponía por delante. Como la bestia había sido abatida, muchos de los arqueros se replegaban hacia la fortificación interior y el trasiego en las escaleras les dificultaba el paso. Kilaurin tropezó de frente con uno de ellos. Era el mismo que días antes se asomó a la jaima real para luego acabar con la vida del alférez Ben-Halim.

-¡Eres tú, traidor! –le dijo.

-¿Tú? Debías estar muerto –le respondió sorprendido, sacando un puñal de su cinturón.

Pero Kilaurin le agarró la mano sosteniendo su ataque. Los escoltas al verle forcejear retrocedieron sobre sus pasos para apresar al asesino pero este saltó al vacío y cayó al siguiente recodo de las escaleras. Corriendo entre los demás soldados desapareció escondido por su uniforme.

Cuando llegó arriba el general lo recibió con un abrazo.

-¿Dónde te has metido? Te tomábamos todos por muerto.

-Muerto me quieren ver muchos aquí dentro.

-¿Por qué dices eso?

-Uno de los hombres de Mur-Darmer ha intentado matarme ahora mismo –dijo Kilaurin tocándose su resentida muñeca.

-¿Qué?

-Ya lo intentaron cuando salí al encuentro del rey de Merintia. Ahora quiero saber con quienes puedo contar.

-Conmigo ya lo sabes. Los demás generales siempre fueron leales a tu padre. No creo que eso haya cambiado. Lo único quizá… –dijo Marlord callando pensativo.

-¿Qué? –le apremió Kilaurin.

-Veras… hay quienes apoyan al regente… –se calló de nuevo recordando cómo el príncipe se había proclamado rey- … al traidor, en su política con los extranjeros. Hay quienes interpretan las escrituras del profeta Dam en ese sentido y creían que tu padre era demasiado indulgente con ellos.

-No tengo tiempo para discutir ahora sobre religión. Ya has visto lo de ahí fuera; nunca antes nos enfrentamos a bestias así. Y, si eso, sea lo que sea, ha conquistado los países del norte, ahora más que nunca, debemos estar unidos todos los hombres para defender nuestro mundo –dijo mirando a los merintios auxiliar a sus heridos-. Debemos ayudarles y darles cobijo, pero antes tengo que limpiar el interior de Irdham de traidores.

-Déjame encargarme a mí de Mur-Darmer.

-Habla con los demás generales. Toma –le dijo quitándose el anillo real-. Este es el sello al que juraron lealtad. Reclama ahora el juramento.

-Sí, majestad –respondió Marlord solemnemente viendo el anillo.

-Date prisa. El esbirro que ha intentado matarme ya estará susurrando al oído de su señor –dijo Kilaurin.

-Cuando encuentre a Mur-Darmer... ¿Ggggggg? –dijo señalando con el dedo alrededor de la garganta.

-No. Tráelo ante mí. Yo voy fuera a recibir a nuestros huéspedes. Necesitan médicos y carros para traer a los heridos.

Los adventos que seguían a las barcazas observaron desde los aires el ataque de la serpiente y se retiraron tras comprobar los graves daños infligidos a los merintios.

La orilla del Therios, embadurnada del pestilente líquido verde y sembrada de cadáveres en descomposición, tenía un aspecto grotesco. La ya exigua población de Dur-Barak fue diezmada en el ataque de la serpiente, llegándose a contar, entre los heridos que aun preferían estar muertos, y los que yacían deshechos confundidos en la tierra, hasta dos centenares.

Aunque las artes curativas de los médicos drudios parecían más avanzadas que las de los curanderos merintios poco podían hacer contra la corrosión del veneno, salvo aliviar el dolor de las víctimas. Etham trataba de usar sus poderes para ayudar pero no veía la manera.

El pueblo de Irdham se volcó en la acogida de los merintios. Las familias drudias se hacinaban en dos hileras formando un pasillo por donde ellos pasaban desorientados. Con hogazas de pan y odres llenos de agua los recibían y, cogiéndolos de la mano, los llevaban a sus casas. Muchos se derrumbaron entre lágrimas al ver en la hospitalidad drudia el fin de sus desgracias.

La mañana pasó entre el ir y venir de los heridos. En ocasiones se les metía solo para unas horas después sacarlos de nuevo y darles sepultura. Los entierros fueron sencillos, sin grandes exequias; apenas unas breves palabras de los familiares, si había sobrevivido

alguno. Si no, se cubría de tierra los restos que hubieran quedado y se pasaba al siguiente cuerpo.

Al mediodía, el traidor Mur-Darmer fue capturado en su torre donde se había hecho fuerte con su guardia personal. El general Marlord se vio obligado a derribar con ariete dos gruesas puertas que le protegían, y finalmente acabar con sus escoltas, incluido aquel que intentó matar a Etham. Pero lo más difícil fue capturarle a él con vida, pues viéndose en el cadalso se defendió buscando su propia muerte de manera rápida y digna. Y como quiera que andaba lanzando estocadas a diestro y siniestro, no vieron otra manera de reducirle que atizarle con una tranca de madera por la espalda, lo que acabó con su consciencia y su dignidad en el suelo.

En el ocaso, cuando la situación de los refugiados quedó más o menos organizada, se llamó a asamblea a los altos mandos de ambos ejércitos. Los civiles, cuyas casas estaban en el interior de la primera muralla defensiva pero fuera de la ciudadela, andaban alborotados buscando información. Se propagó la noticia de la llegada de Kilaurin y de su proclamación como monarca, además del anuncio de la urgente asamblea. Corrieron rumores sobre un inminente ataque enemigo. Unos preguntaban a otros y cada uno tenía nuevos detalles tan disparatados como absurdos. Todos buscaban saber y se acercaban a los regimientos intentando ver a su soberano.

Dentro, en el centro de la fortificación se levantaba una inmensa torre circular. A diferencia de las torres merintias, esta apenas tenía paredes en la parte inferior. Era sostenida por arcos que rodeaban la construcción desde abajo hasta arriba y su sección era considerablemente mayor que ninguna otra del palacio real de Dur-Barak, causando la admiración de los merintios que desde cualquier lugar de Irdham podían verla.

La asamblea se reuniría en la última planta de la torre, y a ella asistirían en nombre de Merintia Antaris acompañado de Jhorim, un oficial de la guardia roja y Etham. En nombre de Drudia el rey Kilaurin con su ayudante Durfin, con Marlord y con otros tres generales.

En la sala la luz anaranjada de los últimos rayos del sol teñía los ricos tapices con representaciones de las legendarias batallas drudias. En el centro, había plantada una mesa redonda de roble macizo rodeada de sillones con elaborados ornamentos labrados en la madera. Uno de ellos, diferente de los demás, parecía de oro y tenía piedras preciosas engarzadas en los brazos. Alrededor no había nada más; a una distancia considerable, la suficiente para evitar oídos indiscretos, se levantaban las paredes sembradas de ventanales en forma de arco y los grandes tapices.

-Ven, siéntate aquí –le dijo Kilaurin a Leratham señalando un

asiento junto al suyo de oro-. Ahora no te puedo agasajar como te prometí, pero al menos estaré cerca de ti todo el tiempo del que disponga –le susurró al oído.

-Me siento más que agasajada con lo que estás haciendo por mi pueblo –dijo con una sonrisa en los labios.

Un soldado con turbante extendió un gran mapa dibujado en cuero sobre la gran mesa de roble y se fue. Otros dos más entraron llevando a Mur-Darmer con las manos atadas a la espalda y se presentaron ante el rey.

-Señor aquí está el prisionero, como ordenasteis –dijo uno de ellos.

-Sí. Podéis quedaros ahí –dijo señalando cerca de la mesa-.

Mur-Darmer permaneció callado mirando al rey.

-¿Te preguntarás por qué te he hecho venir aquí? –dijo Kilaurin.

-Ya me imaginaba que querrías jactarte de tu victoria antes de mandarme al cadalso –dijo Mur-Darmer arrogantemente.

-No. No voy a matarte. Te exiliaré cuando todo esto acabe y respetaré tu vida. Algo más de lo que tú me ibas a conceder a mí.

Mur-Darmer cambió la cara y asintió levemente con la cabeza en signo de agradecimiento, y como si nada le hubiera dicho, siguió escuchando al rey con atención.

-Te he hecho venir porque quiero que conozcas los planes de la defensa. Si mi padre te nombró regente fue porque eres un hombre de rápido pensamiento. Quiero saber tu opinión de todo lo que está pasando.

-Te la daré gustosamente –dijo inclinando de nuevo la cabeza.

-Adelante –dijo Kilaurin haciéndole una seña al Augur.

Antaris se levantó de la silla para apoyarse sobre el mapa.

-Bien, esto es lo que he podido ver a través de los ojos de mi halcón:

<Las tropas enemigas partieron hace días de Dur-Barak. Son cincuenta mil o más y aunque en su mayor parte son excretores, hay también adventos, mucho más peligrosos. Su paso es rápido, pero van a la mayor velocidad a la que pueden ir sus máquinas de guerra y sus carros tirados por gigantes, en los que traen el maldito mineral negro. Aún nos quedarán cerca de dos días más.

El rey Kilaurin ha mandado ya mensajeros para llamar a sus súbditos a la lucha, de manera que pronto llegarán refuerzos desde toda Drudia. Hemos mandado también un mensajero a las tropas del comandante Hergues quien a su vez esperaba la confirmación de la toma de Dur-Barak. Si la fortuna se pone de nuestra parte quizá

lleguen a tiempo para la batalla, de lo contrario serán arrollados por el ejército enemigo que viene hacia el sur. >

-¿Cuántos hombres tiene el comandante Hergues? –preguntó el general Marlord.

-Apenas le quedarán unos mil –contestó el oficial de la guardia sagrada.

-Aun con ellos tocaríamos a diez o más de esas bestias por cabeza. Va a ser difícil mantener la posición por mucho tiempo. Sin olvidar que nos pueden asediar y matarnos de hambre poco a poco –dijo el general.

-Además, tienen el mineral maldito que según dicen absorbe la voluntad de los hombres –dijo el oficial de la guardia sagrada.

-Ejjjjem –tosió ruidosamente Mur-Darmer-

-¿Sí? –le preguntó Kilaurin.

-¿Por qué pensáis que vienen a atacarnos a nosotros? Yo solo he visto una bestia enfurecida con los merintios. Una bestia traída por ellos.

-Ya has oído al Augur. Viene un ejército hacia aquí –contestó Kilaurin.

-El Augur está al servicio de los merintios. ¿Por qué deberíamos fiarnos de él? –preguntó Mur-Darmer.

-¡Esto es una infamia! –dijo Jhorim alterado.

-No. Escuchémosle –dijo un orondo general bigotudo-. Si se puede evitar la batalla haremos lo posible por evitarla. No creo que debamos derramar sangre drudia para defender un pueblo extranjero con el que siempre hemos peleado.

Kilaurin enmudeció mirando a su general. Debía andar con cuidado al tratar con sus mandos.

-Y aun en el caso de ser cierta la llegada de esos ejércitos. ¿Quién dice que no van tras ellos como esa bestia? –insistió Mur-Darmer.

-No son muchos y en su estado, no suponen una gran ayuda –dijo el general-. Podríamos arriesgarnos a expulsarlos. Si con eso no se satisfacen y quieren hacernos la guerra, nos encontrarán esperándoles –continuó hablando como si no estuvieran los merintios.

-Solo una gota de agua puede desequilibrar una balanza –dijo Kilaurin tratando de contener a los militares-. ¿Y vosotros no decís nada? –le preguntó a Antaris.

-No sabéis de lo que habláis. Solo unidos podremos vencerles –dijo Antaris-. Os equivocáis cuando hacéis cálculos sobre los soldados de vuestros ejércitos. Ellos tienen un arma tan poderosa como jamás se ha visto: el mineral negro.

-Ya, ya, pero otra vez debemos confiar en tu palabra. Si os persiguen para mataros diréis lo que sea para salvaros –dijo Mur-

Darmer.

-Si lo deseáis, mandad mensajeros y emisarios para aliaros con ellos. No regresarán. Tan seguros están de su poder que os despreciarán –contestó Antaris.

-No hay tiempo para eso. Nos pedís confianza y refugio a riesgo de enfrentarnos a vuestros enemigos –dijo el general bigotudo.

-Yo puedo libraros del mineral –dijo Etham-.

-¿Y quién eres tú? –preguntó el rey Kilaurin.

Etham se levantó echándose el pelo a un lado. Él lo solía apartar con un soplido, pero para presentarse consideró que sería lo más oportuno.

-Soy Etham de Dur-Barak –dijo mirando al rey.

La luz de los ventanales incidía ahora directamente sobre los ojos de Etham. El color del más claro brillaba con fuerza inspirando calma y tranquilidad; el del oscuro peligro y miedo.

Los drudios dieron un respingo sobre sus sillas.

-¡Es él! -gritó Marlord.

-El enviado por el hacedor. El que habla por dos cabezas. Es la profecía –dijo Kilaurin levantándose de su asiento-. ¡Traedla! –gritó señalando un cuadro.

-¡No! ¡No puedes ser tú perro infiel! –gritó Mur-Darmer apartándose.

Uno de los soldados trajo un pergamino enmarcado.

Kilaurin lo leyó.

Cuando la oscuridad llame a la puerta,
un extranjero con el poder de la muerte y de la vida,
De baja cuna y de alto reino,
Con boca de dos cabezas,
mirada de siervo y de rey,
sentenciará el destino de Drudia

-Sí, es el enviado –dijo Antaris-. Muchos pueblos profetizan su llegada de una manera o de otra. Es la prueba de que en este momento oscuro luchamos por la supervivencia de todo nuestro mundo y no por la de unos pocos.

Kilaurin se levantó, se acercó hasta el chico y fascinado le miró atentamente sus ojos. De nuevo sintió una cálida y agradable sensación cuando veía el ojo más claro, y fría y desazonadora al mirarle el otro. Cogiéndolo del brazo lo llevó hasta el sillón dorado.

-Este es tu sitio. Tú decides –le dijo.

Etham sonrió levemente. Ya se había olvidado del trato distante que desde pequeño había recibido en Dur-Barak y que tantos problemas le había traído. Ahora ya lo tomaba como parte de él y no le alteraba.

-El poder que se me ha dado no es para luchar contra los hombres, ni siquiera contra las bestias. Es para atacar la esencia del mal. Puedo anular los efectos del mineral negro, o combatir a las piedras Edecán malignas, pero solo os podría ayudar en la batalla con mis dos brazos –dijo Etham mirando a los tres generales.

-Al menos así tendremos una oportunidad –dijo Antaris-. Han conquistado el norte en un paseo militar gracias a esas piedras. Ahora tendrán que luchar.

-¿Cuál es el efecto del mineral? –preguntó el general Marlord.

-Según nuestros informes, una pérdida completa de voluntad. Los soldados no luchan ni para defender sus vidas –dijo el oficial de la guardia sagrada.

-Hagamos de eso nuestra ventaja -dijo Kilaurin-. Ellos no esperan ninguna resistencia. Dejémosles acercarse hasta la misma muralla. Si es como decís quizá no lleven ni escudos. Cuando estén a los pies de Irdham descargaremos una lluvia de fuego y flechas sobre la muchedumbre. Y si consiguen traspasar los muros, nos resguardaremos en la ciudadela, mientras la caballería les ataca por la retaguardia. Son demasiados, pero quizá así logremos resistir... siempre que esa arma quede anulada, claro.

-Bien, pero aunque acabáramos con todos ellos solo retrasaríamos lo inevitable, porque Arcontia entera está infestado de excretores –dijo Antaris señalando el mapa-. Y no estoy hablando de los cincuenta mil que vienen hacia aquí, sino de varios millones que les seguirán. Quizá ya estén en camino, persiguiendo las tropas del comandante Hergues.

La asamblea enmudeció contemplando aquel trocito de mapa en el que se podía leer con letras redondeadas el nombre de la maldita región.

-¿Qué sugieres Augur? ¿Quieres que huyamos como habéis hecho vosotros? ¿Y a dónde? ¿Al mar? –preguntó Kilaurin señalando el borde del mapa.

-No –dijo Etham-. Basta ya de huir. Todo acabará cuando el señor oscuro muera, y solo yo puedo matarle.

-¿Puedes matarle ahora? ¿Desde aquí? –preguntó el joven Kilaurin ingenuamente.

-Ja, Ja. No, me temo que no –contestó riendo abiertamente el chico-. Él se habrá quedado en Dur-Barak; yo iré a buscarle. Esta batalla la da por ganada, no se molestará en acercarse aquí. Además, creo que de alguna manera me tiene miedo. A mí o a la profecía.

-Pero tendrás que cruzar las líneas enemigas para atravesar Merintia. Es una locura –dijo Jhorim temiendo por su vida.

-No hay más remedio, además debo ver ese mineral para

destruirlo. Ahora están centrados en terminar con esta ciudad y no esperarán ninguna incursión. Un pequeño grupo viajando de noche podría llegar a algún lugar donde avistarlos y luego continuar hasta Dur-Barak sin ser visto. Necesitaré voluntarios. Preferiría que fueran guardianes sagrados –le dijo al oficial de la guardia roja mientras señalaba unas agrupaciones montañosas alrededor de un valle.

-Yo y cuantos quieras irán contigo –contestó él.

-Yo iré contigo –dijo Murghos.

-Y yo –dijo Antaris.

-Viejo Augur, tus huesos llevan mucha carga –le dijo Jhorim-. Yo iré en tu nombre si me lo permites.

Antaris, sorprendido por el atrevimiento del mental, le examinó detenidamente, pero comprobó que Jhorim le miraba como a un padre. De pronto se sintió cansado.

-Tienes razón, no haría más que retrasaros en el viaje –dijo el Augur-. Tú y Etham habéis sido mis mejores discípulos y podréis arreglaros sin mí.

-Nunca llegaremos a hacerlo tan bien como tú, pero nos arreglaremos –le dijo cordialmente Jhorim-. Y esa que viaja con su hermano... Eonna. Nos sería de gran ayuda. Es una joven muy hábil con las dagas que ya ha escapado de los excretores una vez y ha logrado pasar desapercibida entre sus líneas. A mí me ha salvado el pellejo en una ocasión.

-Que venga si quiere. Esta noche haremos los preparativos y descansaremos. Mañana durante el ocaso saldremos. Nos esconderemos con la caballería entre las cañas. Me hace falta ver el mineral para anular su poder. Si todo sale bien partiremos hacia el norte cuando haya destruido su esencia –dijo Etham puesto en pie.

-Y si todo sale bien como dices, y consigues matar al señor oscuro, ¿cómo sabes que los arcontes quedarán liberados de su maldición? –preguntó Kilaurin.

-No lo sé con toda seguridad. El mal es una cuestión de elección –dijo Etham-. Pero ahora pensad en una llama que propagase oscuridad, si la apagáramos su oscuridad se extinguiría allá donde hubiera llegado como lo hace la luz de una vela cuando su fuego se desvanece.

La sala quedó por un momento en silencio pensando en lo que había dicho el chico. Algunos le miraban con esperanza, otros como a un extraño fenómeno fruto de las desgracias que estaban por venir.

-No hay tiempo que perder –dijo Kilaurin rompiendo el silencio-. ¿Alguien quiere preguntar algo más?

-Hay una cosa más... La guardia real está... buscando el cuerpo de nuestro rey en las entrañas de esa serpiente... –intervino

Antaris provocando murmuraciones-. Según dicen lo encontrarán y me piden tu permiso para enterrar su cuerpo dentro de la ciudad y llevarlo a Dur-Barak cuando sea posible.

-Podréis darle sepultura en el panteón real. Me gustaría realizar un funeral como se merece, pero no hay tiempo.

-Traidor como su padre... –susurró Mur-Darmer.

-En cuanto a ti, maldito seas cien veces por las muertes que has causado –le dijo Kilaurin-. Irás a las mazmorras hasta que todo esto termine y entonces, si no estamos ya todos muertos, se te privará de tu vista con un hierro incandescente y después serás enviado al exilio, a vivir de la piedad de los extranjeros que tanto maldices. ¡Lleváoslo! –ordenó a los soldados.

-¡No! ¡No! ¡Los ojos no! ¡Aún puedo serte útil! ¡A ti y a Drudia! –gritaba mientras se lo llevaban a rastras.

La puerta de la sala se cerró y la voz de Mur-Darmer se perdió lentamente en el silencio de la asamblea. Por fin Kilaurin, en pie, dio por terminada la reunión.

-No queda tiempo. Que cada uno dé las órdenes a sus hombres. Antaris nos avisará cuando el enemigo se aproxime. Que el hacedor nos ayude.

-Que así sea –respondieron y se dirigieron a las escaleras por las que habían subido.

Pero Leratham no tenía intención de salir, dejaba pasar a los demás para acercarse disimuladamente a Etham.

-¡Espera, por favor! Me gustaría hablar contigo un momento –le dijo Kilaurin a Etham.

Él se detuvo y Leratham se arrimó al rey cogiéndole la mano.

-Perdona, me voy a ver a los heridos, luego nos vemos –dijo ella con voz melosa hablando al rey aunque miraba a Etham.

Él esquivó sus ojos mirando al suelo. No estaba cómodo en aquella situación.

-Vale, pero no te vayas muy lejos –contestó el rey contento-. Tenemos que continuar la conversación donde la dejamos.

Ella caminando echó su capa sobre el hombro derecho rozando la cara de Etham.

-Adiós –dijo y se fue.

-Ven, me gustaría saber algo más de ti –dijo Kilaurin llevando a Etham hacía el extremo de la sala.

-¿De mí? ¿Qué quieres saber? –le contestó extrañado, con su pensamiento puesto ella.

Avanzaron atravesando la estancia hasta una gran pecera, hecha con vidrio drudio, que apoyada en la pared recibía la luz de un balcón.

-Muchas veces me pregunto qué deben pensar de mí estos peces, si acaso piensan algo. Cuando me acerco se revuelven cerca del cristal porque saben que les traigo comida –dijo echando un polvo por encima-. Yo también quiero saber algo sobre el creador que me da el sustento que arranco de los campos. No sé... Nuestras profecías te nombran. Tus amigos te llaman el enviado... ¿Enviado por quién? ¿Eres tú el que habla o es ese al que sirves? Me gustaría saber algo sobre ti o... sobre él –le dijo examinando sus raros ojos.

Salieron al balcón desde el que se veía la ciudad de Irdham y más allá. El crepúsculo empujaba las últimas luces del día y abajo las antorchas se empezaban a encender. Una leve brisa sopló sobre las pálidas mejillas de Etham. El chico se quedó por un momento en silencio disfrutando de aquella vista privilegiada.

-Verás, no sé mucho más que tú. Cuando hablo, lo hago por mí mismo. Sí sé que quien me envía es el que vosotros llamáis hacedor.

-¿Y cómo es él? ¿Por qué se vale de ti si él lo puede todo? ¿Para qué hizo las estrellas? –preguntó nervioso agarrando un raro cilindro que pendía de un palo-. ¿Por qué...?

-Espera, espera. Yo no soy él. No te puedo contestar todo.

-Perdona. Desde pequeño, siempre que pasaba por delante del pergamino me preguntaba el significado de la profecía. Al principio, cuando era niño lo hacía con miedo. Después llega un momento en que lo vas olvidando y ahora tú estás aquí. Mira las estrellas –le dijo acercándole el extremo del cilindro-. Permanecen ahí inertes, como colgadas ¿pero de dónde? Cada mañana me asomo por aquí y miro este increíble cielo, aspiro profundamente el aire hasta llenar del todo mi pecho, y me maravillo día tras día por la hermosura que nos rodea. Mira aquí –dijo señalando una pequeña telaraña del balcón-. Esta araña teje su tela con la más absoluta simetría y lo hace sin alejarse para ver su obra. Ninguno de nuestros pintores podría dibujar algo así. El mundo entero es una sublime creación. Sería de necios quedarse maravillado ante la belleza de vuestro castillo de marfil en Dur-Barak sin preguntarse por los artífices de semejante obra. Hay tantas cosas que me gustaría saber –dijo suspirando.

Etham sonrió y tomó el cilindro que sujetaba Kilaurin.

-¿Este es el artilugio con el que se ven las cosas más cerca? –preguntó con curiosidad mirando a su través.

-Sí. Lo llamamos catalejo. ¿No tenéis en Merintia?

-Yo nunca he visto uno.

-Si enfocas hacia allí podrás ver al planeta Tritón y a sus hijos que bailan en torno a él –le dijo dirigiéndolo al cielo.

-¡Diantres! ¡Qué bien se ve!

Kilaurin observaba al chico juguetear entusiasmado con el

catalejo, y se preguntó si realmente sería el enviado. Cuando Etham se apartó vio en su cara la confusión de la duda y lo soltó.

-Verás... No sé por qué me ha elegido a mí. Yo no lo pedí. Podía haberte elegido a ti que eres rey, pero me eligió a mí. Yo te puedo decir poco que no conozcas sobre este mundo. He llevado una vida humilde y nunca me habría acercado al conocimiento de las ciencias si no hubiera sido por los Augur y la orden sagrada. Si quieres que te hable sobre él, te diré lo poco que sé.

< Vive más allá de las estrellas. En su mano tiene una esfera de cristal con todos los mundos, los planetas y su creación. Y como en tu pecera, no puede meter la mano sin romper el cristal o desplazar el agua, por lo que entra en forma de luz atravesando la propia pecera. Así es como ha contactado conmigo, por medio de los sueños, y por lo poco que he entendido de él, nosotros antes de que existieran los mundos estábamos en su reino, éramos sus deseos, pero escuchamos a uno de nosotros que se levantó en su contra y dudamos de él por lo que dudamos de nosotros mismos y dejamos de ser, ya que fue él quien nos deseó. Caímos lejos de su lado pero creó los mundos para sujetarnos, para darnos la oportunidad de volver a querer ser sus deseos, de volver a llenarnos de Él y volver a ser. Nos dio unos cuerpos que igualmente nos sujetan y nos permiten usar nuestra libertad para volver a él, dejando a nuestro alcance la posibilidad de ejercer el mal.

El problema ha surgido cuando todo el mal, libremente elegido por generaciones y generaciones encerradas en la misma esfera, se ha concentrado y tomado cuerpo en el señor oscuro, dueño execrable de la oscuridad que posee las almas de sus víctimas sin respetar su libertad. Este fue el que primero se levantó y no dudó sino que odió y no se le dio cuerpo. De él nos quería librar el Señor de la Luz cuando nos sujetó en los mundos. Pero ahora ya tiene cuerpo.

Esta batalla nos concierne a todos. Más allá de la ciudad de Irdham, incluso más allá de nuestro mundo. El equilibrio en el que nos desenvolvíamos se ha roto. La oscuridad se creó para ser iluminada por la luz pero de seguir así pronto la noche se comerá al día y no habrá lugar para la esperanza, pues visibles en los mundos, ejercen su fuerza sin respetar la libertad de elegir. >

Kilaurin, se apoyó en la balaustrada y ahora cogió él el catalejo.

-Tenerte junto a nosotros me daba esperanza, pero hablar contigo me ha devuelto a la triste realidad. Dentro de pocos días, una nación sedienta de sangre se nos echará encima para devorarnos y será aquí, en Irdham. De esta manera, me es muy difícil pensar en otros mundos, siquiera en Merintia o en deseos –dijo desanimado.

-Ahí dentro, cuando trazabas los planes de guerra

observando el mapa, detrás de cada movimiento de tus tropas intuías la acción del enemigo. En nuestra realidad, como tú la llamas, hay que mirar más allá de lo que nos rodea –dijo con la mirada puesta en el agonizante horizonte-. Allí, pase lo que pase, siempre encontrarás la esperanza que el señor oscuro nunca te podrá arrebatar.

<No te inquietes y descansa, luchamos en el lado de la luz –dijo Etham y dando por terminada la conversación dejó el balcón buscando su propio descanso.>

Capítulo 5

Etham el Desertor

Al despuntar el alba, los primeros rayos del sol iluminaron la cúspide del gran torreón. La ciudad en vela corría bulliciosa entre el humo de las antorchas. Las carreras de unos se cruzaban con las de otros en un completo desorden provocado por la desesperación de los civiles que, desalojados de sus casas, se hacinaban dentro de la ciudadela.

Cuando las callejuelas exteriores estuvieron despejadas, los arqueros del general Marlord tomaron posiciones en el primer muro y escuadrones de soldados bloquearon con carros algunas de las calles con el fin de alargar el recorrido del enemigo, por si llegaran a pasar las defensas exteriores.

La caballería esperaba las órdenes de Kilaurin para salir a un campo de cañas próximo a la ciudad donde quedarían al acecho, y Etham terminaba los preparativos pertrechando a Tizón.

-Viejo compañero, otra vez juntos. Después de tantas correrías, ¿no estarás celoso por haberme ido con otro? –le dijo al caballo sin esperar contestación.

-Últimamente me habláis como a un niño. ¿Es que tan viejo se me ve ya? –dijo Antaris, que entraba por los establos-. Y no sé qué correrías dices.

-No... Antaris... Se lo decía a... Va, déjalo –contestó avergonzado.

-Etham, no hemos tenido tiempo de hablar. A este viejo arrugado le gustaría conversar tranquilamente contigo.

-Tú lo sabes todo sobre mí. Me escapé de Dur-Barak porque no encontraba allí mi lugar –le contestó temiendo que el Augur le fuera a reprochar su huida.

-No, no es de eso de lo que quiero hablar. Bien está que te fueras. Desde entonces has completado tu formación sin ayuda de maestro alguno. Es sobre la profecía.

-Ya –contestó cepillando a Tizón.

-Verás, no quiero que te veas obligado a cometer una locura.

-¿Una locura? ¿No te parece de locos lo que ya me está pasando? A mí y a todos –dijo ojeando alrededor con la mirada perdida.

-A eso me refiero. La profecía dice que por tu sacrificio los pueblos se unirán y el mal será extinguido. Míranos: merintios y drudios luchando juntos. Tu vida sacrificada y dedicada a este

momento ha logrado conseguirlo. No vayas más allá. No hay ninguna posibilidad de atravesar Merintia con todos esos excretores.

-¿Qué crees? ¿Que esta fortaleza aguantará el ataque de dos millones de bestias furibundas? No. Es solo cuestión de tiempo.

-¿Y qué conseguirás lanzándote a sus garras?

-No me lo pongas más difícil, Antaris. Realmente nunca se debía haber llegado hasta aquí. Vosotros los de la orden sagrada debíais haber velado para que esto jamás ocurriera. Ahora solo queda atacar el corazón del mal y solo yo puedo hacerlo.

-Supongo que tienes razón. Son muchos años guiados por hombres. Abnegados a su labor, pero hombres al fin y al cabo. Con todas sus virtudes y sus defectos –dijo y se acercó a acariciar al caballo-. Daltus en su locura intentaba sacrificarte a las puertas de Sallhrom. Solo quería que supieras que ninguno de nosotros espera nada parecido de ti.

-Gracias Antaris –dijo Etham sonriendo-. Lo que voy a hacer lo hago voluntariamente.

El anciano se fue en silencio.

Etham dejó el cepillo y salió apesadumbrado de las cuadras. Las palabras del Augur le recordaron cuál era su obligación y ahora que veía próxima la muerte sentía más ganas de vivir que nunca. Quería mezclarse con la gente, hablar con ellos y saborear cada pequeño detalle que observaba.

Por el interior de la ciudadela las callejuelas rebosantes de vida animaban a Etham a disfrutar cada momento. Entró en una cantina con la intención de comer algo, pero los alimentos se habían racionado. Los ciudadanos habían hecho acopio de víveres en previsión del asedio de la ciudad.

-Una cerveza te puedo ofrecer –le dijo el cantinero.

-¿No tiene otra cosa? Las bebidas fermentadas me nublan el pensamiento –le dijo Etham, que no acostumbraba a beber.

-No hijo, en otro momento te podría poner un vaso de leche pero ahora ni eso –le contestó el cantinero.

-Póngame cerveza entonces.

-¿No eres un poco joven para beber eso muchacho? –le preguntó una mujer que esperaba con otro hombre sentada en la mesa de al lado.

En ese momento a Etham aquello le pareció completamente banal y le contestó sonriendo.

-También lo soy para morir –le dijo sin prestarle más atención.

-Quizá tengas razón, pero debes mantenerte sereno si quieres llevarte a alguna de esas bestias por delante. Al menos así servirás a

esta ciudad.

-Bueno... En realidad no lucharé aquí. Parto a morir a otro lugar –le dijo girando la cabeza y mirando ahora a la pareja.

A Eonna se le cambió la cara al ver sus peculiares ojos. No conocía a Etham y esperaba nerviosa ese momento.

-¿Eres tú el enviado? –preguntó.

-Bueno… así me llaman –contestó.

-Yo soy Eonna y él es mi hermano Asís e iremos en tu expedición... a morir a otro lugar, como dices. ¿Podemos sentarnos contigo?

-Claro.

Los dos llevaron sus cervezas y se sentaron ruidosamente.

-Lo cierto es que estaba esperanzado en conservar mi vida yendo con vosotros en la expedición –dijo Asís sonriendo levemente-. Por aquí hay muy pocos ánimos. Se dice que la ciudad caerá tarde o temprano, pero tus expectativas tampoco parecen muy halagüeñas.

-No espero que compartáis mi destino. De lo contrario, no habría pedido voluntarios para la misión –dijo Etham.

-Entiéndeme, prefiero conservar el pellejo y creo que fuera tendremos más ocasiones que acorralados por cuatro muros –dijo Asís bajando la voz.

-Poco importa eso. Si fracasamos, no habrá sitio en Drudia ni en ningún otro lugar donde esconderse.

-Aprovechemos entonces el tiempo que nos queda. Apúrate esa. ¡Cantinero, otra pinta para el chico! –gritó Eonna pidiendo la bebida como si estuviera acostumbrada a hacerlo.

-¿Ahora le animas a beber? –preguntó Asís.

-Hasta mañana no se espera la salida de la expedición. No pasa nada si se desahoga un poco –contestó.

Sin comer, permanecieron allí hablando durante la hora de la comida. Eonna insistía en pedir nuevas cervezas para Etham aun antes de que hubiera terminado las anteriores. Cuando acabó con la tercera, ya se encontraba prácticamente borracho y, si bien había sido adiestrado para controlar los efectos de alcohol, nunca utilizó esa técnica, pues nunca bebía.

Eonna, que seguía con su primera cerveza, parecía contenta viendo los efectos de la bebida en el chico.

-Asís ya hemos perdido demasiado tiempo aquí. Ve a las cuadras y comprueba que las monturas estén preparadas.

-Ya lo hice esta mañana.

-Tú hazlo otra vez. En esta ciudad de locos son capaces de cortar los caballos en pedacitos para guardar su carne.

-Voooy –respondió cansinamente.

-Y después ve a nuestra habitación. Nos encontraremos allí.

En cuanto su hermano se fue, Eonna sacó una de sus dagas escondiéndola debajo de la mesa. La acarició por un momento y mirándola vio su rostro reflejado en el metal. Enseguida apartó la vista. No se sentía orgullosa de lo que iba a hacer, pero era la única manera de luchar por su familia tal y como lo hubiera hecho su padre si no hubiera caído preso de aquel horrible poder.

-No tienes nada que perder. Como decías vas directo a la muerte –susurró a la tambaleante oreja de Etham.

Rebuscó entonces en sus bolsillos esperando encontrar la botella de líquido oscuro que le dio Ávaron, para mojar la hoja antes de clavarla en el cuerpo de Etham, pero allí no estaba. El consejero fue muy claro en eso; la daga debía estar impregnada con el líquido chorreante. De nada serviría si se clavaba con el líquido ya seco. Se levantó y buscó de nuevo en todos los bolsillos, pero no apareció. Alterada se dirigió hacia la puerta de la cantina.

-¡Eh! No me irás a dejar a tu amigo así como está –le dijo el cantinero.

-No... Ahora vuelvo.

-Si no te importa págame antes las bebidas. Incluidas las suyas –dijo señalando a Etham.

-Sí... Sí, tome, pero no deje que se vaya. Está muy mal.

-Yo no voy a retener a nadie. Si tiene fuerzas para irse será porque no está tan mal –le dijo el cantinero.

Eonna viendo que hablar con aquel hombre era tiempo perdido, salió corriendo a la calle y, sin reparar en los viandantes a los que empujaba sin remilgos, avanzó hasta el acuartelamiento. Subió a su habitación y miró en el camastro por si se le hubiera caído la botella de sus ropas. Allí estaba. La cogió con alivio y salió a los pasillos donde un soldado drudio la abordó.

-¿Has visto al enviado? ¿Al chico que saldrá con vuestra expedición? –le preguntó el soldado inquieto.

-No. ¿Por qué? –mintió ella.

-Corre peligro. Se ha entregado en la puerta norte un oficial de Vandoria. Habla de detener a alguien que le quiere matar –le contestó.

-Si le veo se lo diré.

-Ahora tienes que ir al patio de armas.

-¿Por qué?

-Son órdenes del general Marlord. Todos los miembros de la expedición deben presentarse en el patio de armas.

Eonna se sintió descubierta. Ni por un momento pensó en presentarse con el resto de la expedición, quizá el traidor de Vandoria había desvelado ya su identidad. De cualquier manera tenía que huir

de la ciudad, pero antes acabaría el trabajo. Se dirigió de nuevo a la cantina. Esta vez andaba con discreción, temiendo ser emboscada en cualquier momento. Avanzó despacio, sospechando de cualquiera con el que se cruzaba. Al llegar a la puerta de la cantina, sacó la daga y protegiéndola con su capa la impregnó del líquido oscuro.

Etham dormitaba con la cabeza apoyada en la mesa dando la espalda a la puerta. Eonna bajó los tres escalones de la entrada con sigilo. Vio al cantinero limpiar las botellas de la pared sin nadie a quien atender y pensó en aprovechar el momento, en lanzarle la daga a Etham, pero lo desechó; el ruido de sus ropas la descubriría y él podría gritar malherido. Se aproximó muy despacio. Con cada movimiento aguantaba la respiración escuchándose a sí misma, no quería ser delatada por sus pisadas. Apretó con fuerza la daga para asestar la rápida cuchillada mortal, cuando una voz que venía desde la puerta le sobresaltó.

-Menos mal que no os habéis ido –dijo Asís con Jhorim a su lado-. Buscan a Etham y han convocado a la expedición en el patio de armas.

Eonna maldijo entre dientes y guardó fríamente el puñal bajo su capa para encarar a su hermano y al hombre al que una vez salvó la vida.

-Sí... Acaba de pasar por aquí Antaris. Es horrible, alguien quiere matar a Etham. Le ha dicho que salga sin espera de la ciudad, al menos hasta que se descubra al asesino. Yo me he ofrecido a acompañarle.

-Algo he oído sobre una traición tramada en Vandoria pero ¿y los guardias sagrados? –preguntó Jhorim.

-Según decía, sospechaba que era alguien de la orden. No confiaba en nadie. A decir verdad, ni siquiera te nombró a ti –contestó ella.

-Eso es ridículo.

-Ve a hablar con él si lo deseas. Nosotros nos vamos –dijo levantando al chico por las axilas-. ¿Verdad Etham?

-Sí... Sí... Nos... vamos –balbució él.

Salió cogido por los dos hermanos mientras Jhorim les miraba. Cuando estuvieron fuera tomaron el camino hacia las cuadras. Entre toda la muchedumbre les era difícil avanzar, pues ocupaban lo que tres cuerpos unidos. Pasaron junto a una gran algarabía; varios soldados escoltaban a alguien y con sus empujones estrecharon más aún la calle. Eonna les miró en busca del traidor, pero no alcanzaba a verle. Alzándose de puntillas solo pudo ver el cogote del prisionero y no quiso esperar más por miedo a ser reconocida por él si la veía. Avanzaron ahora más deprisa.

Jhorim dudó. Algo le decía que debía seguirles, que no debía

dejar solo a Etham. Los tres se alejaban mezclándose entre el alboroto del gentío, pero la torre se encontraba en la otra dirección y él no terminaba de decidirse. Viéndolos perderse entre la multitud, el corazón le dio un vuelco y corrió finalmente hacia ellos chocando a media carrera contra un soldado drudio que le doblaba en envergadura. Con la misma velocidad que llevaba cayó hacia atrás dando con la cabeza en el suelo y, aturdido, solo pudo ver cómo el enorme drudio se inclinaba para recogerle y zarandearle por los aires. Con los pies dos palmos sobre el suelo y el fuerte mareo acentuado por las violentas sacudidas, Jhorim no terminaba de situarse y solo esperaba los golpes que estaba seguro recibiría, pero el sonido de una voz grave detrás de él le tranquilizó.

-Más vale que le sueltes grandullón –dijo Murghos, mientras Bentor a su lado se apartaba cautelosamente.

-¿A sí? ¿Quién lo dice?

-¿Es que además de tarugo eres ciego o qué? Yo lo digo –le provocó.

El enorme soldado formaba parte del numeroso grupo que daba escolta al oficial de Vandoria prisionero, pero durante la trifulca ninguno de sus compañeros intervino, esperando una expeditiva resolución del conflicto. El drudio, viendo que el trabajo se le acumulaba y su cuadrilla esperaba, reconoció por encima a sus oponentes. Entre Jhorim y Murghos estaba dudando cuando por fin dejó caer a Jhorim al suelo. Con paso firme y los brazos muy abiertos se acercó a quien le había retado y viendo este a semejante bulto aproximársele se zafó agachándose. Como quiera que el grandullón siguió la figura de su víctima pasar por debajo de sus brazos, acabó agachado él también en su busca; postura que aprovechó Murghos para propinarle un fuerte golpe en la cabeza con la empuñadura de su espada. El corpulento drudio quedó tendido en el suelo sin conocimiento y bocabajo, de igual manera que si hubiera caído de una gran altura, y como si comenzase a llover, el cielo en torno a Murghos se oscureció cubierto por los brazos que sobre él cayeron clamando venganza.

Entre empujones y puñetazos se llevaban a Murghos preso junto con el oficial enemigo hacia el gran torreón cuando Jhorim se incorporó gritándole.

-¡Avisa a Antaris! ¡Se llevan a Etham! –vociferó temiendo que Murghos no le escucharía.

Bentor se acercó a Jhorim.

-¿Adónde se llevan a Etham? –le preguntó.

-Debes seguirme –le pidió ignorándole-. Puede que esté en peligro.

Los dos corrieron hacia las cuadras y al llegar comprobaron

que Tizón, el caballo de Etham ya no estaba.

-Se han ido –dijo Jhorim.

-Pero ¿adónde? –preguntó Bentor.

-Espero que hayan ido a la cañada.

Intentaron salir galopando, pero el reducido espacio se lo hacía imposible. Con sus caballos cogidos por las bridas se hicieron paso caminando hasta llegar a las puertas de la ciudadela, entonces galoparon por las calles del exterior hacia las puertas del recinto amurallado.

Ya fuera de la ciudad, Jhorim creyó ver la silueta de dos jinetes alejándose a gran velocidad. Se habían desviado del camino de la cañada y huían hacia el norte. Sobrecogido espoleó a su montura y salió tras ellos. Sin Etham, Irdham no tendría ninguna posibilidad. Bentor que desconocía los planes de la defensa siguió a Jhorim sin saber qué estaba pasando.

Radeon avistó la fortaleza de Irdham. Aún llevaba el uniforme que le distinguía como general de las tropas oscuras. Durante la huida le sirvió para abrirse paso entre las tropas de Vandoria; ahora le estorbaba. Pensó en quitárselo para pasar desapercibido y poder emprender la búsqueda de su hija en la ciudad. Sin embargo, según el consejero Ávaron, ella tenía suficiente información como para infiltrarse en la jerarquía de los gobiernos enemigos, y a él como civil, quizá nunca le permitieran acceder a esos círculos de poder. Decidió entregarse sin perder tiempo para evitar el asesinato del enviado, lo que llevaría inevitablemente a la destrucción de su propia hija.

Cuando se acercó a la fortificación vio que no había nadie en el exterior. Solo quedaban los restos de la serpiente Herkrum esparcidos por la explanada. Las puertas estaban cerradas.

-¡Abrid el portón! –gritó.

-¿Quién vive? –preguntó la guardia.

-Soy el general Radeon de las tropas del señor oscuro. Vengo a entregarme.

Le examinaron desde lo alto de la muralla y aunque no vieron nada sospechoso no le abrieron. Tuvo que esperar sentado por más de una hora hasta que el portón finalmente se abrió. El general Marlord salió con varios soldados.

-General, ¿lleva armas? –le preguntó.

-No.

Marlord hizo un gesto a los soldados para que le registraran.

Cuando comprobaron que iba desarmado, se acercó y le miró en la boca y en el cuello en busca de amuletos o algo que hubiera pasado desapercibido. No entendía cómo un general oscuro podía entregarse dadas las circunstancias y temía alguna estratagema para atacar al rey o a Etham.

-¿Por qué se quiere entregar? –le preguntó sin más.

-Vengo a evitar una conspiración contra el enviado.

-¿Una conspiración?

-Una persona inocente ha sido coaccionada para asesinarle.

-¿Quién?

-No se lo diré a nadie, salvo a él.

-Ya lo veremos, tiene mucho que contarnos además de eso. Llevadlo al torreón. Localizad a Etham y a los miembros de la expedición. Quiero una guardia completa detrás de él y a nadie del entorno del chico sin vigilar hasta que sepamos si hay algún traidor –ordenó el general a los soldados.

El prisionero fue llevado por las alborotadas callejuelas de la ciudadela hasta la torre, donde más tarde sería interrogado por Antaris y por Kilaurin, pero no encontraron a Etham. A media mañana, prácticamente todo el ejército además de los guardianes sagrados merintios le buscaron casa por casa. Al mediodía la búsqueda se dio por finalizada. Etham había desaparecido.

-Es muy extraño. Nunca se habría ido sin decir nada –dijo Antaris.

-¿No le han visto salir por ninguna de las puertas? –preguntó Kilaurin.

-Señor, parece que la guardia estaba más pendiente del exterior. No han controlado a quienes han salido, solo a los que entraban –le dijo Marlord avergonzado.

-¿Habéis buscado en la cañada? Quizá se haya adelantado o haya ido a revisar el campo de batalla –dijo Kilaurin.

-Sí. No ha quedado sitio por buscar, ni en el interior de la ciudad, ni alrededor de la fortaleza –dijo Marlord.

-Quizá haya huido –dijo el general bigotudo.

-Eso es absurdo. Las profecías hablan claramente sobre él –dijo Antaris molesto por escuchar tal posibilidad.

-La profecía dice que de su decisión dependerá el futuro de Irdham. Puede que haya decidido abandonarnos –le respondió el general.

-En nuestra profecía él es quien expulsará el mal del mundo.

-Ya, pero eso no nos atañe a nosotros. Puede que acabe con el señor oscuro después de que arrasen nuestra ciudad.

-No creo que haya huido –dijo Kilaurin acallando a su

general-. Más bien creo que algo le ha pasado. Puede que el prisionero nos lo aclare. Traedlo –ordenó.

-Sea cual sea la razón por la que no está aquí, su pérdida afecta a los planes de la defensa –dijo Marlord.

-Realmente, ¿qué es lo que ha cambiado? Si esa piedra funciona como dicen ya nada se puede hacer. Si no, derramaremos hasta la última gota de sangre antes de caer esclavos del poder oscuro –contestó Kilaurin.

Entraron en la sala Radeon y el maltrecho Murghos, los dos atados de las manos.

-Mi señor, aquí está el prisionero. Este que le acompaña dice ser miembro de la expedición y quiere hablar con Antaris –dijo el oficial.

-¿Por qué va encadenado?

-Fue encarcelado por golpear a un soldado –respondió.

-A una mala bestia que arremetía contra Jhorim –corrigió Murghos.

-¿Contra Jhorim? ¿Qué le ha ocurrido? –preguntó Antaris tornando su afable apariencia en una figura misteriosa y temible.

El oficial que ignoraba con quién las habían tenido, no esperaba pendencia alguna y encontrándose de pronto en semejante aprieto, contuvo el impulso de dar la vuelta y salir corriendo.

-Señor… solo sé que hubo un encontronazo… con aquel hombre. Después vino este otro y ya se embrolló todo -contestó titubeando mientras sostenía la inquietantemente profunda mirada del Augur.

-Jhorim me dijo que se llevaban a Etham –interrumpió Murghos.

-¿Adónde? ¿Quiénes? –preguntó alarmado Kilaurin.

-No lo sé. No pude hablar más con él. Me llevaban a rastras unos cuantos como este –dijo mirando al oficial.

El militar debió ver el mundo caer sobre él porque su cara perdió el poco color que aún le quedaba volviéndose blanca como un huevo.

Kilaurin miró por un momento al oficial con incredulidad pero no le dijo nada. Se acercó al prisionero del ejército enemigo.

-Y usted general ¿puede decirme quién se lo ha llevado y adónde? –le preguntó.

-Pues lo cierto es que no. Los planes que yo conozco eran para acabar con su vida, no para secuestrarle –dijo.

-¿Y quién iba a ejecutar esos planes? ¿Puede decirnos eso o tampoco? –preguntó el general Marlord impacientándose.

-He venido para evitar su asesinato. Ya que ahora no está en mi mano hacerlo, prefiero guardarme esa información para mí –dijo

protegiendo a su hija-. A cambio les puedo hablar del ejército de Vandoria, de sus armas, sus mandos y cualquier otra cosa que quieran saber.

-Sí hay algo que quiero saber –dijo Kilaurin-. ¿Qué hay de cierto en eso del mineral negro? ¿Es verdad que se apropia de la voluntad?

-Veo que tiene buenos informadores –dijo Radeon-. Sí, es cierto. Arrebata hasta el más pequeño impulso de vida. Esa es la razón por la que la invasión ha sido tan rápida y no ha habido quien plante batalla al señor oscuro.

Kilaurin dio la espalda a Radeon y se alejó paseando cabizbajo hasta el balcón donde la noche anterior había estado con Etham. Después de un momento en el que todos quedaron a la expectativa, entró de nuevo.

-Que todos los miembros de la expedición y dos de nuestros mejores exploradores salgan tras el rastro de Etham. La defensa de la ciudad se mantiene conforme a los planes trazados –le dijo al general Marlord-. Hay que encontrar al enviado a cualquier precio.

-Señor yo he sido y soy guardián sagrado. Aunque fui expulsado de la orden mantengo mis votos. Os ruego me permitáis salir en busca del chico –le dijo Murghos al rey.

-Si como dices eres un guerrero de la orden, te necesitaremos aquí. Ya vamos a perder una docena de guardianes que partirán en la expedición. Podrás ir con los jinetes al cañaveral.

-Pero señor... –insistió Murghos.

-Nada más. ¡Liberadle! –le interrumpió.

Cuando todos se retiraban, Kilaurin les detuvo.

-Bueno, hay algo más. Estas noticias sobre Etham y el mineral no deben salir de aquí, de lo contrario cundirá el pánico y todo estará perdido.

Durante buena parte de la tarde Jhorim y Bentor galoparon sin descanso y, cuando ya se ponía el sol los caballos de los dos hermanos a quienes perseguían, agotados, redujeron la marcha. Sin saberlo, se dirigían a una atalaya cuyo único acceso era el terraplén por el que galopaban. Jhorim, que había dejado atrás a Bentor, subió por la pendiente y cerca de la cima, al fin, les alcanzó.

Eonna llevaba las riendas de Tizón y Etham estaba sentado delante de ella, reclinado sobre el cuello del animal. Cuando Jhorim se puso a su lado agarró el bocado de Tizón haciendo que se detuviera violentamente. Etham y Eonna cayeron al suelo.

-Malditos traidores. ¿Dónde os lo llevabais? –preguntó con su espada sobre el cuello de ella.

-¡Ya te lo he dicho! Antaris ha ordenado que lo saquemos de Irdham –dijo ella mostrándose ofendida.

-No lo creo. Me habría elegido a mí para hacer algo así o le habría mantenido cerca para protegerle de haber corrido algún peligro.

-Como te dije, no me habló de ti.

-Y ¿por qué huíais de esa manera? –preguntó.

-Vimos que alguien nos perseguía y pensamos que era el asesino –contestó.

Jhorim estaba indeciso dudando si la creería, cuando el ruido de unos tambores le desconcentró. Se asomó a la atalaya y vio a las tropas de Vandoria, muy próximas, avanzar lentamente al lánguido son del tambor. Inmediatamente se agachó. Todo cuanto alcanzaba a ver su vista estaba cubierto por infectas bestias que oscurecían como una mancha el terreno que ocupaban. De entre el mar de cuerpos y armas sobresalían las cuatro carrozas de metal que guardaban el mineral en su interior.

-¡Etham! –exclamó Jhorim en voz baja cogiéndolo de los hombros.

-¿Qué… gggg? –contestó todavía borracho.

-¿Qué le habéis hecho? –preguntó a los hermanos.

-Nosotros nada. Estaba bebiendo cerveza en el bar donde nos encontraste –contestó Eonna-. Parece que no tiene mucho aguante.

-¡Etham escucha!

-Jhorim… gggllll –alcanzó a contestar.

-Está borracho. No podemos volver sobre nuestros pasos, nos descubrirían y los caballos no pueden galopar como están.

Echó un vistazo al cerro; tendría la altura de unos cuatro hombres uno encima de otro. Por suerte solo se accedía hasta la cima por el camino que se elevaba poco a poco ocupando todo el altozano.

-Poneos todos en el centro y tumbad a los caballos –dijo Jhorim-. Si estamos quietos y en silencio quizá pasen sin vernos.

-¿Y si suben? –preguntó Bentor.

-Si suben se acabó –dijo Jhorim-. Pero no tienen por qué; para subir tendrían que pasar el cerro y volver sobre sus pasos y ellos se dirigen al sur.

Bentor tiró de las riendas de su montura hacia el suelo, pero el animal únicamente bajaba la cabeza. Como seguía tirando para forzarlo a tumbarse, el caballo relinchó escandalosamente.

-¿Qué haces? Nos descubrirán –le susurró Jhorim mientras le quitaba las riendas-.

Cogiendo el bocado giró de su cabeza hacia un lado y hacia

arriba torciéndole el cuello y por fin cayó. Repitió la maniobra con el de Eonna y como a Bentor, le dijo que se mantuviera sobre el animal sujetando las riendas. Los caballos de la orden estaban adiestrados para tumbarse y no hizo falta sujetarlos.

Permanecieron a la espera todos en silencio y pronto comenzaron a oír los roces de las armas con el cuero, las ruedas de los carros, y el chirrío de la madera, entre los jadeos y los gruñidos de las bestias. El pestilente hedor se elevó lamiendo cada recoveco del cerro hasta introducirse por las narices de Etham. Incapaz de soportarlo, se incorporó y vomitó con sonoras arcadas que pasaron desapercibidas entre los sonidos guturales de aquellas bestias. Cuando terminó se recostó de nuevo mirando al cielo pálido y sudoroso.

Jhorim tumbado, comenzó a sentir un ligero temblor bajo su cuerpo que iba aumentando en intensidad poco a poco. Se arrastró hacia el borde y pudo ver acercarse cuatro inmensos carromatos de metal negro con grotescas figuras labradas en la superficie y ruedas del tamaño de un hombre. Era el mineral maldito. Tenía que llamar a Etham y espabilarlo de cualquier manera, pero solo sentía ganas de tumbarse a descansar. Hizo acopio de fuerzas y volvió cerca del chico. Le cogió la cara con energía y la estrujó; no tenía ganas de hablar. Conforme se acercaban los carromatos, peor se sentía. Tenía la sensación de estar en un sueño del que no podía despertar por más que lo deseaba. Intentaba mover los labios pero no reaccionaban y su voz sonaba como un hilillo casi inaudible.

-¿Qué… ocurre? –dijo Etham algo más despejado después de la vomitona.

-…

-¡Qué!

-… el mineral… -susurró.

-Déjame ya, Jhorim.

-… contrólate… contrólate…

Etham le escuchaba vagamente y le prestó poca atención. Todo giraba a su alrededor, no sabía siquiera dónde se encontraba. Trató de recordar las lecciones Augur sobre el control de los venenos, pero le era muy difícil concentrarse. Como Jhorim insistía en balbucir, se acercó a mirar de dónde procedía aquel ruido. Lo primero que vio asomar fueron los cuatro carromatos y entonces su corazón se aceleró llegando a sentir sus doloridas sienes con cada palpitación. Allí estaban avanzando parsimoniosas al ritmo del tambor, movidas por cuatro descomunales gigantes.

Casi podía ver la emanación de poder de los carros a los alrededores, emponzoñando todo en su esencia más profunda. Lo más doloroso para él fue ver a los gigantes sometidos al mineral. Una raza cuya bondad era la fuente de su ingenuidad y a la vez la fortaleza de

su nobleza. Recordó cuando de pequeño unos gigantes se acercaron hasta las cuadras de su padre. Habían oído hablar de los caballos de Laertes y estaban interesados en comprobar si aguantarían los usos de sus enormes utensilios de labranza. A pesar del larguísimo camino recorrido hasta allí, cuando el padre de Etham les negó sin más explicación el permiso para enganchar un monstruoso arado que llevaban arrastrando, se fueron gimoteando como niños a los que hubieran regañado. Y ahí los veía ahora, recibiendo latigazos de un miserable excretor, al que podrían aplastar de un solo golpe.

Etham se enfureció y una angustiosa sensación de impotencia, que luego se tornó en irrefrenable ira, se apoderó de él. Fuertes ráfagas de viento batieron la cima acompañando su furia mientras de su cuerpo surgió una extraña luz azulada. El crepúsculo de la tarde descubrió los destellos a las bestias que enseguida rugieron su odio aterrador. Jhorim, tumbado sin fuerzas para moverse, solo podía sentir el miedo que engendró en su corazón ver al chico fuera de sí. Él había estudiado dentro de la orden la manera de mostrarse más peligroso ante los enemigos, pero aquello no eran juegos mentales. Etham realmente había cambiado. Su imagen solo evocaba muerte.

Incluso las nubes parecieron plegarse ante su poder girando en un torbellino del que salían largos rayos acompañados de gran estruendo.

Desde la cima Etham ahora de pie dominaba todo el llano. Se fijó en la carreta más próxima y en el gigante porteador que ahora quieto le miraba con ojos temerosos. A pocos pasos por delante del carro estaba la bestia que mientras miraba a Etham, azotaba al gigante para que se alejara de allí con su preciada carga. Inició el control mental con la mirada y al momento se vio lanzado en una caída vertiginosa hacia el excretor. Se encontró con el látigo en la mano y pánico en el corazón, viendo su propia figura allí en lo alto. Realmente parecía aterrador.

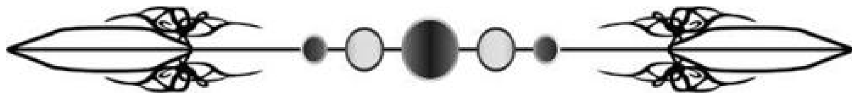
Soltó el látigo y se acercó a la carreta. Ahora, aunque llevaba el cuerpo de la infecta bestia, mantenía su esencia junto con la de la piedra azul. Se subió por las ruedas a la parte superior y desde allí se lanzó con los brazos abiertos sobre el mineral. Un relámpago cegador seguido de una absorbente explosión hueca proveniente del carro atravesó el llano. El cuerpo de la bestia saltó desmembrado con trozos de piedras por los alrededores y él tomó conciencia de sí otra vez sobre la cima.

Mientras hacía lo mismo con las otras tres carrozas, los excretores, aunque temerosos de ver la cara más dolorosa de la muerte en el chico, comenzaron a tomar posiciones para atacar a la expedición. Conforme las carrozas caían, Jhorim y los demás se iban

liberando.

Cuando terminó con el último carro Etham se tranquilizó y cayó derrengado al suelo. Mareado de nuevo y con ganas de vomitar, cerró los ojos y se durmió.

-¡Etham! ¡Etham! ¡Vamos chico! No nos abandones ahora –le llamó Jhorim cogiéndolo de los hombros-.



-Espera… -dijo Andrés-

-¿Qué te pasa? ¿Estás bien? –le preguntó Tomás.

-No. Estoy mareado, y siento a mi corazón trotar como si quisiera salir del pecho.

-Tienes fiebre –le dijo tocándole la frente.

-Y no sabes lo peor… tengo náuseas –dijo con la cara desencajada.

-Andrés no podemos seguir. No vas a leer más este libro. Creo que de alguna manera te está afectando –le dijo-.

-Sí, ya estoy bien… seguimos... debo saber… -titubeó.

-¿Saber qué? Así no puedes continuar –dijo Tomás.

-Saber por qué ha llegado este libro a mí… la anciana...

-Sí, es extraño, pero no puedo dejarte que continúes. Quizá cuando te recuperes –dijo Tomás cogiendo el libro.

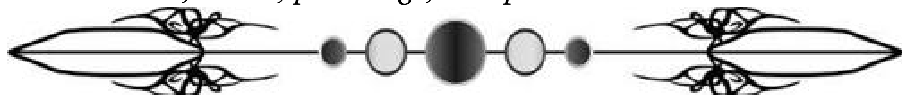
-No –le respondió cogiéndole el brazo-. ¡Yo ya estoy muerto! ¿Es que no lo entiendes? Este libro de alguna manera está cambiando mi vida… mi cuerpo… Mírame cómo estoy. Si he de morir hoy leyéndolo, vale; pero no me quites la esperanza.

-Creo que te lo estás creyendo demasiado; te estás sugestionando y si no de todas formas, hay que ir al hospital.

-Cuando no puedes empeorar, cualquier cambio es bueno. Y sí, parece que es el libro el que me ha dejado como estoy, lo que quiere decir que tiene el poder de cambiarme. No me quites la esperanza –le repitió.

-Tienes esperanza y está en el trasplante. Te voy a dejar seguir pero si empeoras lo dejamos, ¿vale? –dijo Tomás.

-Vale, vale…, pero venga, abre por donde íbamos.



-¡Etham! ¡Etham! ¡Vamos chico! No nos abandones ahora –le llamó Jhorim cogiéndolo de los hombros-.

Pero no despertaba y los excretores comenzaron a subir despacio. Eonna, que para sujetar su montura había permanecido bocabajo sobre el animal, no sabía lo que había pasado. Como todos los demás, al subir la colina, dejó de tener interés por lo que le rodeaba. Ahora se encontraron, como si acabaran de despertar, en aquella compostura.

Algunas lanzas pasaron buscándoles por encima del cerro, por lo que ellos seguían agachados evitándolas con dificultad. Cuando ya esperaban llegar la muerte desde lo alto, escucharon abajo gritos de dolor. Eran los gigantes. Sin el mineral negro controlándoles se

volvieron libres contra sus amos. Con la única fuerza de sus brazos se abrían paso despedazando los cuerpos de los excretores. De una vez podían golpear a varios de ellos dejándolos malheridos. Las bestias confundidas se enfrentaron contra ellos. Los más cercanos a los mortales brazos poco podían hacer salvo perecer aplastados o caer dislocados, pero desde un poco más lejos comenzaron a atacarles con arcos. Los gigantes, ante la lluvia de flechas, corrieron sobre la muchedumbre moviendo consigo el objetivo de los arqueros, que desde todas las direcciones les asaeteaban causando más bajas entre sus compañeros con las flechas que erraban, que las de los propios gigantes con sus poderosos brazos.

El ejército oscuro andaba revuelto, pero los que rodearon el cerro no se habían olvidado de Etham y continuaron su lenta subida. Temerosos, ascendían en grupo respaldados por los que empujaban desde atrás. Al llegar arriba se encontraron con la silbante espada de Jhorim escupiendo sangre según cortaba a diestro y siniestro.

Eonna se deshizo primero de sus dagas lanzándolas entre los excretores. Las repartía caprichosamente entre ellos con tiradas certeras y una vez malheridos, sus cuerpos caían sobre el camino y eran pisoteados por sus compañeros. Cuando ya estaban más cerca tomó su espada y formó flanco común junto a Jhorim, Bentor y Asís.

Como quiera que el ancho del cerro lo podían cubrir entre todos, resistieron por un tiempo enfrentándose a los que venían de frente, pero los cadáveres se amontonaban a sus pies haciendo más difícil la lucha. Pese a las bajas, las bestias seguían avanzando y los cuatro retrocedieron hasta llegar al borde del altozano, donde estaba Etham tumbado a los pies de los caballos. Las monturas de Asís y de Bentor, sin espacio, saltaron por el precipicio aplastando a varios excretores; la de Jhorim y la de Etham permanecieron inmóviles, ofreciendo resistencia en el extremo del terreno.

Gracias al alboroto causado por los gigantes, dejaron de recibir ataques desde abajo, pero tras la caída de los caballos comenzaron a llegar flechas, también desde la pendiente. Una de ellas acertó en el corazón de Asís que cayó muerto a los pies de su hermana. Ella se quedó petrificada y Jhorim tuvo que abrir su flanco para protegerla. Bentor apenas podía defenderse, pues hasta ese momento se había valido del tumulto formado por los empujones de las bestias para utilizar su espada con estocadas de muy poca destreza. Ahora estaba obligado a defender mayor espacio y no estaba preparado.

Sin apoyo alguno, finalmente, Jhorim vio sus ojos teñidos de rojo sangre. Al no sentir ningún dolor, pensó que habría recibido un hachazo en la cabeza y ahora estaría muerto. Con la mirada puesta en el cielo, entre lanzas y flechas, vio cómo una tela de color roja batida

por el viento se desplazaba dejando ver la majestuosa figura de un guardián de la torre que, a lomos de su fiero caballo, derribaba a los excretores.

La partida de jinetes rojos se abrió paso en formación de cuña hasta la cima. Habían seguido el rastro de Etham desde su huida de Irdham y no dudaron en atacar a la columna para salvar la vida del enviado. Por fortuna, la noche ya había caído y dos gigantes moribundos todavía eran el objetivo de la mayor parte de las bestias.

-¿Os venís? –le preguntó el maestro de la orden a Jhorim.

-A dónde tú me digas –le contestó él contento.

Eonna no reaccionaba, por lo que Jhorim la subió sin contemplaciones a su caballo. Bentor llevó a Etham inconsciente sobre Tizón.

La cuña se invirtió al bajar de la colina y ellos quedaron protegidos en el interior por las dos filas de guardianes, que en total eran doce. Por donde iban abrían paso con sus espadas largas y como no tuvieron que adentrarse demasiado, pues el frente del ejército oscuro acababa de sobrepasar la atalaya, la incursión fue rápida. En la huida cayeron dos de los jinetes rojos atravesados por flechas, a los que hubo que abandonar moribundos.

Los demás escaparon protegidos por la noche e iniciaron su huida hacia el Sur, para luego, por órdenes de Jhorim, cambiar el rumbo y rodear el inmenso ejército oscuro con la intención de sobrepasarlo al amanecer y poder seguir la marcha hacia Dur-Barak como era intención de Etham.

Eonna volvió en sí recordando la cara de su hermano al recibir el impacto de la flecha; en aquel momento la batalla pareció detenerse y solo quedaron para ella los aterrorizados ojos de Asís buscando ayuda en los suyos. Por más que quería no podía quitar aquel recuerdo que le dolía como si lo hubiera soportado desde el mismo principio de su existencia.

Sintió cómo la botella del líquido oscuro quemaba ahora en su bolsillo; cuando la palpó estuvo más segura que nunca de matar al culpable.

-Maldito seas Etham... Todo esto es por tu culpa... –se decía delirantemente a sí misma con las lágrimas deslizándose por su semblante.

Centrando su odio sobre el chico, aquel dolor punzante se mitigó y el líquido oscuro se templó. Ella sintió un gran alivio al tocar el pequeño frasco porque le indujo a volcar su incontenible ira contra él.

Capítulo 6

Camino de Dur-Barak

El horizonte apareció iluminado por las primeras luces del alba. Ajeno a las peleas de los hombres surgió con su cotidiana seguridad acabando con el caos de la oscuridad. La expedición continuaba su ruta hacia el norte apartándose del margen del Therios para evitar al ejército enemigo; ahora se encontraban en una zona desértica. Avanzar entre las rocas en una noche tan cerrada había resultado lento y difícil. Jhorim se guio por las estrellas para seguir la ruta de Dur-Barak y finalmente apenas se pudieron alejar unas millas de las hordas oscuras. Confiaban en que las bestias se dirigieran hacia Irdham, de lo contrario estarían perdidos. Como ellos no podían seguir viaje sino de noche, ocultos de las miradas de los adventos, esperarían al ocaso para continuar. Buscaron un sitio donde pasar el día a la sombra de una gran roca que emergía de las profundidades del terreno.

Jhorim organizó la vigilancia con los guardianes sagrados. Quiso permanecer junto a Etham mientras estuviera inconsciente pues no terminaba de confiar en Eonna.

-¿No te hablaron de una conspiración contra Etham? –le preguntó Jhorim al capitán después de separarlo del grupo.

-Sí, algo se rumoreaba.

-¿Sabes si Antaris dio órdenes de sacar al chico de la ciudad?

-Yo solo recibí órdenes de rastrear sus huellas. Nuestra cuadrilla estaba ya preparada para partir en expedición por lo que salimos de inmediato.

-Entonces, no sabéis nada del oficial de Vandoria –dijo Jhorim.

-No señor. ¿Hay algún problema?

-No, no es nada.

Se acercaron a los demás que ya preparaban el campamento. Eonna sollozaba mientras limpiaba con rabia su espada, pero a Jhorim no le conmovió y la interrogó sin reparar en su dolor.

-Dices que Antaris te ordenó sacar a Etham de Irdham.

-Sí, eso te dije –contestó limpiándose las lágrimas.

-Y que no confiaba en nadie y por eso te lo pidió con tanta prisa.

-Sí, eso es.

-Poco más o menos me dijiste que Antaris, mi mentor, ni siquiera confiaba en mí –le dijo Jhorim recordando sus palabras.

-Lo que te dije es que él no te nombró. Desconozco si tu mentor confía o no en ti –le respondió ahora más serena.

-Dime entonces cómo ahora ha mandado en su busca a un maestro de la guardia sagrada al que ni siquiera conozco.

-No lo sé. Quizá hayan encontrado al traidor y no haya ya ningún peligro. ¿Por qué no se lo preguntas a él? –dijo mirando al guardián.

Jhorim calló. No había contemplado esa posibilidad. Se dirigió de nuevo al lado de Etham todavía no muy convencido.

Durante el día durmieron por turnos. Jhorim lo organizó de manera que su descanso coincidiera con el de Eonna, pero aun así durante el breve rato que se echó apenas dormitó. Cuando llegó la hora de la cena, casi todos estaban ya preparados para partir. Casi todos, salvo Bentor, que ajeno a la rutina del campamento estaba empeñado en encender un fuego con su piedra de pedernal y por fin lo logró.

-¿Qué haces insensato? –le gritó Jhorim mientras echaba arena a patadas sobre su fuego.

-¿Cómo voy a freír el beicon sin fuego? –le preguntó confundido viendo cómo se extinguía el calor que tanto le había costado encender.

-¿Es que quieres invitar a cenar al señor oscuro? ¿No ves que llevamos esperando a la noche aquí durante todo el día para no ser vistos? ¡Piensa Bentor! ¡Piensa! –le recriminó enfadado.

Bentor se quedó allí de pie, pasmado con sus lonchas de beicon en la mano y la boca a medio abrir, sin saber qué responder. Se fijó en que las disciplinadas miradas de los guardianes se clavaban en él y se sintió como un tonto. Sonrojado, sin saber dónde meter la carne mientras caminaba, se fue a preparar la montura mientras comía separado del grupo.

La jornada de aquella noche pasaba por un valle que divisaban por entero desde donde se encontraban. Tenía zonas de matorral seco, pero la mayor parte del terreno era yermo y rocoso sin ninguna senda formada. Las rocas grises estaban dispersas por el valle y la escasa vegetación no les ocultaría de la vista de los adventos.

Impacientes esperaron la puesta del sol y llegado el momento, ya en penumbra, marcharon a través del valle. Eonna, montó con un guardián y a Etham le llevó ahora Jhorim.

Pese a que habían visto desde lo alto la disposición de las rocas, conforme avanzaba la noche, el viaje se hizo más difícil. Sin apenas luz, los caballos no podían pisar por donde no veían, por lo que desmontaron y caminaron tirando de sus riendas.

Al despuntar el alba, no habían recorrido ni la mitad del

valle.

-No podemos ir tan despacio –dijo Jhorim.

-Para avanzar más rápido tendríamos que ir de día, y entonces será muy fácil vernos –le contestó el maestro guardián.

-Pero si no nos damos prisa la batalla de Irdham comenzará y quizá envíen más refuerzos desde Arcontia, si no lo han hecho ya después de la masacre de los gigantes. Tendríamos que rebasar cuanto antes el paso de Holm Dulurk.

-¿Continuamos entonces?

-Sí. Acamparemos cuando anochezca de nuevo, si no se te ocurre nada mejor –le dijo Jhorim.

-Sé que hay un camino desde Tirhum hasta la ciudad de Dur-Barak. Si logramos llegar hasta allí, sí podríamos viajar de noche –dijo el maestro guardián.

-Por allí hay bosques que nos ocultarían aun de día y quizá podamos evitar los caminos. El problema lo tenemos ahora, si vamos al este nos encontraremos con el Therios y la senda de su orilla, pero volver por allí sería un suicidio. Sin duda será la ruta que utilicen ellos. Creo que debemos seguir por el desierto –le contestó Jhorim.

El maestro guardián ordenó a todos los soldados guardar sus vistosas capas rojas bajo las sillas de los caballos. Ellos creyeron no haber entendido la orden y se miraron confundidos. La capa era su prenda distintiva, no solo servía como abrigo o guardapolvo para cabalgar. Tuvo que repetirlo por dos veces para que reaccionaran. Cuando por fin cumplieron la orden se sintieron ligeros y agradecidos, pues el calor era insoportable ya desde primera hora de la mañana.

Todos, salvo Bentor y Jhorim que llevaba a Etham, avanzaban separados unos de otros intentando evitar formaciones que pudieran ser vistas desde lo alto.

-¿Cómo está? –le preguntó Bentor a Jhorim.

-Sigue durmiendo.

-En los bosques del molino de piedra le pasó lo mismo. Estuvo varios días como muerto–dijo.

-¿Y qué hicisteis entonces? –preguntó Jhorim.

-Erick, el eremita, le hizo una infusión con unas hojas que traíamos y las fiebres se le pasaron, pero aun así no despertó.

-Ahora no tiene fiebre. Creo que después de lo que hizo simplemente está descansando. Jamás vi algo parecido.

-Ni yo. Es mucho más poderoso de lo que cree. Desde pequeño ha querido ocultarlo, pero yo siempre lo he sabido –dijo orgulloso Bentor.

-Bueno no me extraña. No es un plato de buen gusto el que le ha tocado.

-No, no son buenos tiempos para nadie.

Aun a la luz del día el paso a través del terreno rocoso continuaba lento y pesado. Era muy difícil andar pendiente del suelo, del caballo y de las sombras del cielo. En dos ocasiones creyeron ver a los lejos la silueta de un advento y se detuvieron sin ninguna otra posibilidad que esperar a no ser vistos. En los dos casos las sombras se fundieron con la tierra más allá del valle que atravesaban. Aun así continuaron hacia allí con precaución, no podían cambiar de rumbo.

Cada uno comió de lo que traía en su montura y repartieron intercambiando sin siquiera acampar. Al atardecer ya subían la colina por la que moría el valle y Jhorim adelantándose pidió cautela a sus compañeros.

Para sorpresa del mental, casi delante de sus narices, se encontró con un poblado drudio colocado prácticamente en el linde del valle. Las casas de adobe y con techo de paja estaban dispuestas formando varios círculos concéntricos, dejando sitio para las callejuelas. El terreno a partir de ahí se extendía en una gran meseta con árboles probablemente plantados por los aldeanos. Jhorim quedó con la cabeza a la altura del suelo sin atreverse a terminar de subir. Por más que miró no vio a nadie aunque escuchaba algunos gruñidos procedentes de más allá.

Hizo señales al maestro guardián para que se acercara hasta él.

-Quédate con Etham. Voy a echar un vistazo –le dijo Jhorim.

-Espera. Mejor ir a pie. Mandaré a uno de mis hombres.

Uno de los guardianes sagrados se adentró sigilosamente entre las calles. A medida que avanzaba iba mirando por las ventanas para comprobar que no había nadie y así cubrir sus propias espaldas.

-¿No sería mejor que le acompañara alguien? –le preguntó Jhorim viéndole desprotegido.

-No te preocupes, están adiestrados para esto. Pasará como una sombra sin hacer ningún ruido y antes de lo crees estará de vuelta contándonos lo que ha visto.

Efectivamente, transcurrido un breve espacio de tiempo apareció de nuevo el guardián tan sigilosamente como se fue. Estaba pálido y con muy mala cara.

-Señor, el poblado está tomado por los adventos. En la plaza del centro hay varias jaulas con drudios. Hombres, mujeres y niños están apilados al sol. Ni siquiera tienen fuerzas para quejarse. Me temo que ya haya varios muertos.

-¿Qué era ese ruido infernal?

-Se peleaban furiosamente por unos huesos –dijo el guardián-. No he querido mirar de qué eran.

-¿Cuántos adventos has visto? –le preguntó el maestro.

-En la plaza había diez, pero no sé si en la primera línea de

casas habrá más. En el resto no había nadie –le respondió.

-Tenemos dos opciones –le dijo el maestro a Jhorim-. Podemos bordear la aldea y evitar la confrontación, aunque para eso tendríamos que dar un gran rodeo volviendo a bajar por el valle. O atacarles.

-No vamos a dejar a esa gente ahí –dijo Jhorim.

Subieron con los caballos a la meseta, donde los prepararon para no hacer ruido envolviendo los cascos con la piel de borrego que llevaban bajo las sillas. Cuando estuvieron listos, todos salvo Bentor que se quedó cuidando de Etham, se adentraron en grupo hasta llegar por detrás de la primera línea de casas. Entonces, se abrieron rodeando la plaza y al grito del maestro entraron todos a la vez espada en alto.

El afilado acero cortó la carne de los adventos derramando su sangre negra. Solo dos de ellos pudieron alzar el vuelo. Los demás chillaban revolviéndose en la arena, volteados por sus inútiles aleteos. Uno de los que se había elevado alcanzó por la espalda al guardián que poco antes se había adentrado en el pueblo para descubrirles. Las garras se hincaron por el pecho y por la espalda. Ante la mirada horrorizada de sus compañeros, se lo llevaba por los aires entre alaridos de dolor cuando Eonna cogió de la cintura del maestro guardián una de sus dagas. La lanzó con un decidido movimiento y fue a parar a la garganta del advento que cayó poco a poco asfixiándose.

De las casas entonces comenzaron a salir más y más de aquellas bestias. Los diez de la plaza resultaron ser la guardia de vigilancia de un retén completo.

Como ahora eran ellos los rodeados formaron un círculo y sin mediar una palabra comenzaron a bailar la danza asesina. Girando sobre sí mismos y guardando la medida exacta con el círculo que cubría la espada del compañero, avanzaron poco a poco extendiendo cada vez más los brazos para aumentar la rueda. La danza era prácticamente infranqueable permitiendo un ataque a varios enemigos a un mismo tiempo sin apenas preocuparse por sus armas.

Viéndose masacrados, los que avanzaban en retaguardia elevaron también el vuelo. De los que había revoloteando por encima, dos se posaron dentro del círculo evitando el avance de los guardianes y otro atacó por encima a uno de ellos, agarrándole la cabeza con una de sus garras. Cuando tiraba de él hacia arriba, sus alas bajaron aleteando para coger impulso, momento en el que se cruzaron con la danza de las espadas de los lados. El advento cayó malherido liberando a su víctima que quedó con la cara ensangrentada tirada en el suelo. Otros más atacaron por encima rompiendo definitivamente la danza.

Ahora cada uno luchaba con sus propios medios contra los adventos y así resistieron hasta que otra cuadrilla de bestias descendió de los cielos. Viendo que eran demasiados se volvieron a agrupar en el centro. Esta vez dos de ellos y Eonna se dedicaron solo a defender al grupo de los ataques aéreos y enseguida las bestias comenzaron a caer víctimas de las certeras dagas de la joven. Los afilados aceros, por su pequeño tamaño, apenas se veían volar, y era la mortal puntería de Eonna que los colocaba en órganos vitales la que los hacía letales. Si alguna bestia conseguía acercarse, terminaba con una o dos de sus garras cortadas por los dos que a los lados de Eonna, manejaban las espadas. Defendidos de esta manera, fue solo cuestión de tiempo y cuando quedaron tres, alzaron el vuelo y huyeron hacia el norte.

La expedición perdió a cinco guardianes en lo que había sido una calamitosa intervención impropia de la guardia sagrada. De la orden solo quedaban: el maestro, Jhorim y otros tres guardianes más.

El maestro se arrodilló junto a uno de sus hombres que yacía en el suelo malherido y que apenas mantenía un hilo de vida.

-Señor... dejadme morir... con mi capa –dijo.

Le puso la cabeza sobre sus piernas e hizo señas para que le dieran su capa.

-No hijo no… –dijo cubriendo su cuerpo con el paño rojo.

-Sí... Esto es... lo que elegí... –balbució agarrando su capa con las dos manos y murió entre violentas sacudidas.

El maestro se levantó con lágrimas en los ojos.

-¡Maldita sea! ¿Qué ha pasado? –gritó furioso a los cuatro vientos-. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?–no cesaba de repetir.

-Déjalo –le dijo Jhorim-. No es culpa tuya. No es culpa de nadie.

-Tenía veinticinco años... ¡Veinticinco años! –gritó fuera de sí pegando patadas a un advento que yacía en el suelo.

-Ya le has oído. Ha vivido como él quería –le dijo Jhorim.

-¡Qué desastre! Además, ahora estamos descubiertos, es solo cuestión de tiempo que den con nosotros –dijo-. Cuando echen en falta a estos mandarán tropas a buscarnos.

-Bueno el terreno parece mucho mejor por aquí. Saldremos lanzados como flechas y no nos encontrarán. Ahora ayudemos a esa gente –dijo señalando las jaulas.

Mientras unos cavaban las sepulturas, otros rompieron las jaulas y liberaron a los habitantes del poblado. Estaban sedientos y sus ojos reflejaban todavía un pánico cercano a la locura. Llorando se abrazaron a sus salvadores con delirio.

-¡Gracias! Nuestras oraciones al hacedor han sido escuchadas –dijo un hombre de tez arrugada y oscura que parecía ser el líder.

-Dime, ¿hace mucho tiempo que las bestias han invadido

vuestro poblado? –le preguntó Jhorim apartándose del hombre que le tenía agarrado fuertemente.

-Hace tres largos días con sus largas noches –contestó llorando.

-Venían con el ejército que se dirige a Irdham –le dijo Jhorim al maestro-. Lo que quiere decir que habrán dejado tropas a lo largo de todo el camino. Debemos partir de inmediato. ¿Tenéis agua con la que aprovisionarnos? –le volvió a preguntar al drudio.

-Sí, por detrás del pueblo pasa un riachuelo hijo del gran Therios –le contestó señalando más allá de las casas.

-¿Hay algún camino que desde aquí se dirija hacia el norte?

-No. Podréis encontrar algún sendero perdido, pero el único camino va al este, hacia el río. Si queréis ir al norte, el terreno desde aquí hasta los confines de Drudia es llano como el agua que descansa en un estanque.

-Nosotros en cuanto abrevemos a los caballos nos vamos. Vosotros deberíais huir también –le dijo Jhorim.

-Nos ocultaremos en las cuevas del valle. No nos quedaremos aquí, tenedlo por seguro –le contestó con amargura.

-Solo algo más. Necesitamos dos de vuestros caballos.

-Si no se los han comido, son vuestros.

Los caballos drudios fueron montados por Bentor y Eonna, pues liberaron a los de los guardianes caídos, que ya nunca aceptarían a ningún jinete.

Una vez cargó Bentor con Etham, dejaron el poblado por el norte. Cuando llegaron al río se detuvieron para abrevar a los animales y, sin descansar, partieron galopando.

En la llanura se extendía un frondoso vergel con árboles de extrañas frutas. Avanzaron dos días completos ocultos por la arboleda sin encontrar señales de los adventos. Conforme se acercaban al norte la vegetación era más densa y el clima más húmedo.

En la tarde del tercer día desde que salieran del poblado drudio, divisaron por el oeste un gran macizo montañoso que terminaba en una brusca pendiente vertical, como si hubiera sido cortado con un gran cuchillo.

-Es el paso de Holm Dulurk –dijo Jhorim-. Más allá siguiendo hacia el oeste se encuentra Arcontia y sus malditos páramos cenagosos. Acamparemos aquí.

-¿Otra vez? ¿No sería mejor alejarnos cuanto antes? –preguntó Bentor.

-No. Toda una nación corrupta va a atravesar ese paso dirección a Irdham. Quizá ya lo hayan hecho o lo estén haciendo ahora mismo; puede que ya tengan exploradores en la zona. No nos vamos a arriesgar a cruzárnoslos a la luz del día, nos acercaremos

durante la noche.

El elevado follaje de los árboles tamizaba la luz tiñendo su sombra de color verde. Empapados en sudor por el calor húmedo, y rodeados de mosquitos, apenas pudieron descansar. Bentor juntó un montón de hojarasca del suelo con intenso olor a vegetación putrefacta para improvisar una pequeña cama y colocar allí a Etham.

-Bueno, seguro que has dormido en sitios mejores pero al menos está blandito –murmuró para sí mismo.

-No, no está mal. Aunque huele un poco raro –dijo él sin apenas abrir los ojos.

-¿Etham? –preguntó Bentor pensando que había imaginado aquellas palabras que sonaron en su cabeza.

-¿Sí?

-¡Etham! ¿Será posible? Llevas durmiendo varios días y te despiertas como si nada hubiera pasado –le reprendió.

-¿Cuántos días? –preguntó él incrédulo.

-Pues cuatro o cinco. Ni lo sé ya –contestó.

-¿Dónde estamos ahora?

-Cerca del paso de Holm Dulurk, camino de casa. Bueno, de lo que ahora debe ser el infierno: Dur-Barak –le contestó.

-Apenas recuerdo nada. ¿Qué pasó con el ejército de excretores?

-Logramos escapar gracias al maestro guardián y a sus hombres–le contestó Bentor ocultando mencionar las bajas habidas hasta el momento.

Etham miró con extrañeza a los guardianes. No se acordaba de haberles visto, lo último que recordaba era a Jhorim molestándole mientras dormía plácidamente y a esos malditos carros.

Jhorim se acercó apresuradamente al ver a Etham hablar con Bentor.

-¡Diantre chico! ¡Qué manera de dormir! Estaba empezando a pensar que no querías despertar –le dijo.

-Siento haber sido una carga Jhorim. Para mí es como si hubiera pasado un instante –le contestó él.

-No. Han sido unos días tan complicados que si hubiera podido también los habría pasado durmiendo. Ahora lo importante es que estamos aquí y que conseguiste destruir el mineral negro. De momento los planes se cumplen.

-Pero estamos muy lejos todavía. Irdham solo podrá resistir el primer ataque, no aguantará si llegan los arcontes. Debemos llegar cuanto antes a Dur-Barak.

-Estábamos esperando a la noche para cruzar el camino que viene del paso de Holm Dulurk –le dijo Jhorim.

-Bueno, ya está anocheciendo.

-Sí. Acerquémonos al linde del bosque.

Avanzaron con precaución esperando encontrar el camino, todavía protegidos por la foresta. La luz poco a poco se extinguía y comenzaron a tener problemas para continuar la marcha. Apenas habían recorrido un tramo cuando la última claridad se desvaneció y el suelo, bajo los árboles, quedó totalmente oscuro. El ruido de las hojas arrastradas por los cascos cesó y así quedaron en silencio por un momento: los soldados esperando que Jhorim hablara y él esperando que Etham dijera algo.

A lo lejos, vieron aparecer como de la nada una línea de antorchas. Abarcaba todo el frente del bosque y aun lo rodeaba por el este dirección al sur.

-Son los excretores de Arcontia –dijo Jhorim.

-Son millares. ¿Cómo vamos a atravesar el camino? –preguntó Bentor.

-Es imposible –dijo el maestro guardián.

Jhorim que también dudaba de poderlo conseguir, miró por un momento hacia la luz.

-Tenemos que cruzar ahora y hay una manera –dijo.

-¿Cómo? –preguntaron incrédulos varios soldados.

-Fijaos en las antorchas. Hay muchas de ellas y después un espacio oscuro. Están agrupadas en destacamentos.

-¿Quieres que pasemos entremedias?

-Sí, protegidos por la oscuridad. Escuchad; ellos tienen antorchas que acaban de encender, pero pronto acamparán. Seguramente no caminarán de noche. Es decir, que de un momento a otro, todos estos bosques se llenarán de excretores buscando un sitio para dormir. Podemos retroceder adentrándonos más aún entre los árboles, lo que significaría perder la noche de hoy y esperar mañana a que pase toda la columna enemiga y eso puede ser otro día entero; o arriesgarnos y atravesar cuanto antes –expuso Jhorim.

-Quedarnos quizá represente la aniquilación de Irdham con todos sus habitantes, tanto drudios como merintios –argumentó Etham para convencer a los demás.

-Sí, tenemos que hacerlo –dijo el maestro guardián.

-Bien. Si por desgracia somos descubiertos, que cada uno corra cuanto pueda. No podremos esperar a nadie y mucho menos pararnos a luchar, sería el fin de todos –dijo Jhorim.

Guiados por las luces siguieron en silencio casi hasta el camino iluminado. Dejaron algunos árboles por medio, temerosos de ser vistos a la luz de las antorchas. Pasó un destacamento entero, pero ellos permanecieron en el lugar retenidos por Jhorim. Calculó el tiempo que tendrían para cruzar con el siguiente destacamento y

esperaron pacientemente ver pasar frente a ellos a todas aquellas bestias.

Por fin delante se extendió la oscuridad y Jhorim hizo un gesto a los demás. Iniciaron la marcha al trote, pero enseguida el miedo de ser vistos les hizo galopar en una veloz carrera al otro margen del camino. Cuando iban por la mitad, el caballo de Jhorim tropezó con algo. Era un excretor que junto a otro iba de un destacamento a otro sin llevar antorcha. Este cayó redondo al suelo y no se volvió a levantar, pero el otro comenzó a chillar con un desafinado alarido mientras retrocedía por donde había venido.

Fustigaron a las monturas y terminaron de cruzar en una huida desesperada. En la más absoluta oscuridad el grupo se dispersó perseguido por una partida de excretores a lomos de sus monstruosos caballos desfigurados.

Etham siguió hacia el norte. Sin saber por qué, conocía cuál era el rumbo que debía seguir. Parecía como si pudiera detectar la maligna presencia del señor oscuro y de alguna manera se sentía atraído por ella. Escuchó detrás el ruido de unos cascos.

Durante varias horas galoparon sin detenerse rodeados de oscuridad. Él podía evitar chocar con los árboles utilizando su intuición ejercitada por los Augur, pero quien quiera que le estuviera siguiendo o se guiaba por el ruido de los cascos de Tizón o también utilizaba las artes de los mentales. Cuando se detuvo, pensó que podía ser Jhorim pues él también había estudiado con los Augur.

-Hasta aquí no llegan, seguro. ¿Qué habrá sido de los demás?

-No lo sé. Seguro que están bien –le respondió la aterciopelada voz de Eonna.

Capítulo 7

Kilaurin miraba desde su torre cómo los colores ocres de la puesta de sol se reflejaban en los tejados de la ciudad. Quiso olvidarse por un momento de todo y disfrutar de aquella tranquilidad como si nada estuviera pasando. No miraría por debajo de los tejados, en las callejuelas aglomeradas de gentes preparándose para la batalla. Y aunque en parte lo consiguió, no pudo dejar de recordar la conversación con Etham en ese mismo balcón. Sabía que no podía haber huido, y aun así una pequeña duda ensombrecía su corazón.

Como había imaginado, el rumor de la deserción de Etham corrió rápido entre las tropas desalentándolas. Cuando ya se habían acostumbrado a la idea de contar con el favor del enviado, con lo que eso significaba, aquella noticia les dejaba aún peor de lo que estarían si no le hubieran conocido.

No. No podía quedarse allí dando vueltas a esos pensamientos. Decidió salir de la ciudadela, a las calles de dentro del recinto amurallado donde se organizaba parte de la defensa. Llamó a su fiel asistente Durfin y bajó.

En el exterior ya no había civiles. Solo militares, en su mayor parte drudios, aunque también había guardianes sagrados y soldados de la columna del comandante Hergues, que llegados durante la jornada anterior, ayudaban ahora bajo las órdenes del general Marlord.

-Hemos colocado casi todas las catapultas en el lado norte de la ciudad, que es por donde esperamos el ataque –le dijo el general a Kilaurin.

-¿No están muy cerca del muro?

-No, ya hemos hecho la prueba. Las rocas pasarán el muro por encima y saldrán al exterior. Además, un poco aquí puede significar muchas muertes en el otro lado –le contestó señalando el suelo.

-¿Y habrá hombres suficientes si hay que desplazarlas durante la batalla? –le preguntó Kilaurin.

-Sí. Además, dejaremos los caballos enganchados por si hiciera falta –contestó Marlord palmeando una de las catapultas, orgulloso de su trabajo.

El general se volvió para mirarle fijamente.

-Señor –continuó-, los soldados hablan, puedo saberlo aun sin escucharles ¿el brujo del halcón ha dicho algo del enviado?

-¿Antaris? No. Su pájaro ya no puede volar con esta luz. Las últimas noticias eran que el enemigo llegará a media mañana –contestó Kilaurin.

-Entonces sacaremos a la caballería de madrugada y así estarán más descansados. Sería inútil hacerles pasar la noche entre las cañas.

-Sí, un poco antes de la primera luz del alba pues sus adventos pueden observarnos igual que el halcón de Antaris les vigila a ellos. Y saldrá toda la caballería. Toda –recalcó-. No te olvides de los guardianes sagrados.

-Ya, bueno. No llegan al centenar –le contestó Marlord.

-Sí pero créeme: valen por más de un millar. Les he visto luchar y pueden desequilibrar una batalla. No les subestimes.

El general examinó extrañado a un guardián que junto a cuatro de sus hombres empujaba una catapulta. Allí, haciendo las labores de un soldado más no le pareció gran cosa y miró desconfiado a Kilaurin frunciendo el ceño.

-Sííí, créetelo –le volvió a decir.

Antes del amanecer, tal y como ordenó el rey, la caballería seguida de los soldados de la orden salió en formación para ocultarse en el cañaveral. Entre unos y otros sumaban ochocientos jinetes. Los primeros estaban liderados por un capitán y su cadena de mando; los merintios por un maestro guardián y por Murghos a quien Antaris había restituido temporalmente su condición de guardián dándole incluso una nueva capa. Resultó que tanto el maestro de la torre, como Murghos habían sido compañeros en el pasado y compartían además la misma edad. Ahora se adentraban recordando viejos tiempos entre aquellas enormes cañas.

Cuando se construyó el castillo de Irdham a la vera del Therios, se cavó un canal a su alrededor comunicado con el río, de manera que la fortaleza quedaba rodeada de agua. Con el tiempo el agua del canal se fue filtrando formándose una ciénaga de difícil acceso que se extendía por una enorme zona al oeste de la ciudad. Allí las cañas crecían en tal densidad y con tanta altura que se bastaban para esconder a un ejército numeroso, aun de la vista de un pájaro. Los soldados se ocultaron apartados de la muralla, pues querían evitar quedar frente al ejército enemigo cuando este se desplegara delante a la ciudad.

Ambas tropas se complementaban; los merintios iban armados con espadas y con sus lanzas acabadas cuchillas curvas, y los drudios llevaban un arco a la espalda y una espada larga.

Kilaurin apenas durmió. Se mantuvo gran parte de la noche viendo desde su balcón las antorchas moverse de un lado a otro.

Pensaba que quizá no podría volver a asomarse allí al día siguiente y dio un repaso a los recuerdos de su vida. Con el amanecer, puso la vista en el cañaveral y se imaginó dónde estaría su destacamento de caballería. Mandó llamar a Antaris que se presentó casi inmediatamente con la mirada ida.

-¿Has hecho ya volar a tu halcón? –le preguntó Kilaurin inquieto.

-Sí.

-¿Y qué has visto?

-Ten paciencia. Acaba de salir.

El rey andaba dando vueltas alrededor del Augur que no parecía alterarse. De pronto el viejo apretó la mano sobre su báculo.

-¡Ahí están! -dijo.

-¿Dónde?

-Ya han comenzado la marcha. Llegarán aquí, como te dije, a media mañana.

-¿Cuántos son? ¿Puedes verlos mejor ahora que están más cerca? –preguntó Kilaurin dándose cuenta de inmediato que no tenía sentido lo que había preguntado.

-Los veo igual ahora que antes –contestó él-. No... Espera... –guiñó un poco los ojos-. ¡Igual no! ¡No están los carros! ¡Ni los gigantes!

-¡Lo sabía! ¡Sabía que Etham no fallaría! –dijo Kilaurin saltando con los puños cerrados-. ¡Dime, dime que más ves!

-Parecen menos que la última vez. Algo les ha pasado.

-¡Seguro que ha sido Etham! ¡Esto sí que animará a las tropas!–gritó el joven rey emocionado.

-Todavía son muchos –dijo Antaris tranquilizando a Kilaurin.

-Sí, pero ahora podremos luchar contra ellos, sin magia por medio. ¡Durfin! ¡Durfin! –gritó llamando a su asistente.

-¿Sí, alteza? –se presentó Durfin tras un momento.

-Anuncia esto a los oficiales: el enviado ya ha atacado las hordas enemigas destruyendo sus armas embrujadas. Ahora solo dependemos de nosotros.

-¡Será un placer! –dijo el bueno de Durfin rebosando alegría.

Las horas pasaron inexorablemente empujando los miedos y las preocupaciones de quienes no querían ver llegar el medio día. Las primeras señales del enemigo fueron los adventos que revoloteaban a gran altura sobre la ciudad. Después la explanada de la entrada norte se llenó poco a poco de excretores, manteniéndose fuera del alcance de las catapultas.

Kilaurin se dirigió junto con Marlord a lo alto del muro norte. No podía ver el fin de las tropas enemigas. El horizonte se llenó

a lo lejos de siluetas de excretores y bestias desconocidas. Junto al rey, los hombres de Marlord se alineaban en la pasarela del muro escondidos tras las aspilleras; y por detrás, en la explanada del interior, había pelotones de arqueros cubriéndose entre ellos y a los del muro en prevención de los ataques aéreos de los adventos.

De pronto un sonido agudo rompió el silencio. Una roca, señalando con un silbido el lugar por donde venía, fue a caer frente al foso con un ruido hueco. El suelo vibró bajo los pies de los soldados drudios y la piedra quedó clavada en la tierra húmeda, haciendo que parte del foso se derrumbara cubriéndose de arena.

-No se quieren arriesgar –le dijo Marlord a Kilaurin-, están comprobando el alcance de sus catapultas por ver si pueden destruir nuestro muro sin entrar en el tiro de las nuestras.

-Ahora se acercan un poco más –dijo Kilaurin.

-Sí pero ya no les vamos a dejar seguir -dijo haciendo señas con la mano a sus oficiales.

Las cuarenta catapultas del muro norte de la ciudad saltaron al mismo tiempo y sus rocas volaron por encima de las cabezas de los arqueros hacia el enemigo.

Las enormes piedras, redondeadas por el desgaste del río Therios, cayeron en suelo duro casi al principio de las hordas enemigas y rodaron entre brincos sobre los excretores multiplicando su devastación.

No esperaron a la siguiente tanda. El general oscuro mandó inmediatamente el ataque de su ejército y al mismo tiempo avanzaron los excretores cargando con escalas. Enormes troles de caverna tiraban de las catapultas que se posicionaron un poco más adelante. Detrás siguieron los torreones de asalto; grandes construcciones de madera protegidas del fuego en su parte frontal por filas alineadas de escudos.

Kilaurin vio cómo miles y miles de excretores se les venían encima, pero aún no estaban al alcance de los arcos. Las catapultas lanzaban sin parar causando grandes bajas entre ellos, y abriendo largos huecos de sangre negra entre la muchedumbre, que enseguida eran cubiertos por más excretores.

Una roca cayó cerca del lugar en el que estaban Kilaurin y Marlord. El impacto fue tan brutal que la mitad superior del muro, unos seis metros, cayó sobre una de las catapultas destruyéndola. Los soldados que se encontraban en la pasarela utilizando las aspilleras salieron despedidos y sus cuerpos acabaron malheridos en el suelo.

-Mi señor, no debéis estar aquí –le dijo Marlord a Kilaurin mirando a los caídos.

-Me iré con vosotros cuando ya no podamos defender la muralla.

-No solo hablo pensando en vuestra muerte. Si os matan, la

moral de los soldados se hundirá y afectará a la batalla –dijo.

-Si me matan lucharán por su vida Marlord. Creo que les animo más estando a su lado en estos momentos –contestó.

-Como deseéis.

La mayor parte de las rocas enemigas caían cerca del foso, de manera que este quedó pronto cubierto por derrumbamientos en muchos de sus tramos. Gracias a que el hueco lleno de agua absorbía buena parte de los impactos, la muralla no recibió graves daños en sus cimientos.

Cuando las primeras filas de excretores se encontraban casi a tiro de los arcos drudios, una roca descomunal fue a golpear de lleno en la puerta de Irdham, dejando una de sus hojas descolgada de sus goznes. Al verlo, las hordas enemigas que hasta el momento corrían con reservas, estallaron en un gran clamor y aceleraron la carrera desviando su dirección hacia allí.

Los arqueros por fin soltaron sus flechas que cayeron sobre los excretores provocando innumerables bajas. A partir de ese momento los arcos trabajaron sin descanso, pero no eran suficientes para detener toda aquella avalancha.

Cuando llegaron a la puerta se encontraron con el foso, que allí aún se mantenía en buen estado. Muchos de los primeros excretores cayeron empujados por la muchedumbre que en la carrera buscaba guarecerse de las flechas drudias. Solo alcanzaban a ver la puerta abierta, sin llegar a distinguir la zanja e insistían en avanzar.

Marlord ordenó tirar el aceite y los soldados volcaron sobre los canalillos de madera que salvaban el foso, los calderos de aceite hirviendo. Un desagradable hedor se elevó con los alaridos de dolor hacia las alturas, pero tal era la muchedumbre que, aunque los primeros morían abrasados o asaeteados, los de detrás no dejaban de empujar y pronto el foso delante de la entrada se llenó de cadáveres sobre los que se podía caminar.

El hueco de la puerta caída había sido reforzado con los restos de la catapulta destruida, pero apenas aguantó el primer embate, y fue traspasado por los excretores a los que recibieron los arqueros de la explanada. Kilaurin ordenó la retirada. Los soldados que podían caminar siguieron por encima del muro rodeando la ciudad hacia el sur y una vez hubieron llegado a la altura de la ciudadela, bajaron al suelo y entraron.

Kilaurin, Marlord y varios soldados quedaron aislados, pues la pasarela superior del muro fue destruida a ambos lados de donde estaban. Un grupo de arqueros colocó una de las catapultas, de manera que la pala de carga quedó debajo de donde estaban.

-Baje Señor –le dijo Marlord al rey.

-No baja tú.

-Mi señor, no sea terco. La puerta ha cedido, no sé cuánto tiempo más podrán contenerlos mis hombres.

-Razón de más para no perderlo.

-Mi señor...

-Que bajen ellos –dijo Kilaurin mirando a los soldados que con cara de incredulidad, veían como discutían sus mandos.

Los soldados, sin esperar la confirmación del general, pasaron por delante y comenzaron a descolgarse uno a uno. En una maniobra peligrosa se deslizaron por el mástil de la catapulta hasta llegar a la plataforma de madera. Por fin bajó Marlord y luego Kilaurin.

Cuando desenganchaban los caballos para iniciar la retirada, un fuerte golpe descolgó por completo la puerta de la ciudad. Dos troles de las cavernas entraron enseñando los dientes. El más pequeño tenía una altura mayor a la de tres hombres grandes puesto uno sobre otro. Eran robustos como robles y vestían cotas de cuero tachonadas con remaches de hierro negro que les hacía parecer aún más siniestros.

Los arqueros cercanos a la puerta comenzaron a asaetearles mientras el resto montaba en los caballos de las catapultas para seguir al rey en la retirada; pero Kilaurin, viendo que el grupo de la puerta era incapaz de contener a la vez a los dos monstruos y a los excretores que ahora entraban en tropel, y que pronto caerían rodeados por las bestias que ahora se adentraban a sus anchas, dirigió hacia allí su corcel para ayudarles con el respaldo de su acero.

Esa decidida entrega hacia sus hombres, más propia de un hermano que de un rey, no cayó inadvertida entre los soldados que todos a una le siguieron con el valor enaltecido.

-¡Proteged al rey! ¡Proteged al rey! –gritaban.

Al llegar a la puerta, Kilaurin, ayudado por la altura que le daba montar sobre su caballo, acertó a herir en la barriga a uno de los troles, quien viendo su propia sangre dio media vuelta cubriéndose con las manos, y se fue por donde había entrado llevándose por delante a los que se encontraba en sentido contrario.

La mayor parte de los jinetes que acompañaban al rey se centraron sobre el que quedaba, y los demás atacaron a los excretores dando la oportunidad a sus compañeros de retirarse a coger sus monturas. Cuando el número de las bestias caídas se acercaba al que entraba por la puerta y parecía la situación algo más contenida, asomaron otros dos troles, esta vez armados con mazas y protegidos por escudos.

-¡Vámonos! –gritó Kilaurin dando la vuelta a su caballo y

haciendo que los demás le siguieran.

Como el día anterior habían cortado muchos de los pasos para alargar en lo posible la entrada a los invasores y conseguir que estos presentaran un buen blanco, la columna se vio obligada a adentrarse serpenteando por las enrevesadas calles hacia la ciudadela.

Los advENTOS, libres de los arqueros, pronto vieron la ocasión de atacarles y se lanzaron sobre la cola del pelotón. Con sus enormes garras cogían los cuerpos de los jinetes, los elevaban por los aires y los dejaban caer. Los alaridos de sus víctimas solo cesaban cuando se estampaban contra el suelo o contra alguno de los tejados.

La trampa que habían preparado al ejército oscuro ahora se volvía contra ellos al tener que recorrer un camino más largo y lento, repleto de vueltas y revueltas.

Con la angustiosa sensación de unas garras acechando sobre la cerviz, los soldados galopaban apoyando el pecho en la crin de sus caballos, pero los adventos ya habían puesto su objetivo en la cabeza del grupo donde se encontraban Kilaurin y Marlord. El primero en intentarlo se acercó lentamente al rey, adecuando la velocidad a la suya, y cuando ya abría las garras para engancharle recibió una flecha en una de sus membranosas alas. Un soldado que venía muy por detrás advirtió la maniobra de la bestia y sin disminuir la marcha, utilizó su arco para salvarle.

Debían darse más prisa si querían sobrevivir. Kilaurin miraba los muros de la ciudadela pero, a pesar de verlos cerca, siempre encontraba algún obstáculo que les obligaba a girar y perderlos de vista. Los adventos ya se habían llevado a tres de sus hombres y pronto acabarían con los demás; de nuevo atacaban la retaguardia en busca de presas fáciles. Entonces vio una puerta en forma de arco en un gran caserón. La conocía, había estado allí, era la vivienda de uno de sus súbditos y según recordaba, la entrada daba paso a un patio y este salía por el otro lado de la calle. Encabritó su caballo que golpeó con las pezuñas sobre las grandes puertas forzándolas y abriéndolas ruidosamente. Entraron en columna de dos filas y pasaron al patio, pues no había sitio para refugiarse en el interior. Los adventos que les seguían tuvieron que alzar el vuelo para salvar la altura del edificio; en ese momento los arqueros de la ciudadela los tuvieron a tiro y sin miedo de alcanzar a sus propios compañeros lanzaron una tanda de flechas. Las bestias comenzaron a caer de los cielos y con la misma velocidad con la que volaban, se estrellaban estrepitosamente contra los tejados.

Todavía quedó un pequeño grupo que seguía al pelotón volando ahora más bajo, aunque poco tiempo más duraron, porque estremecidos, vieron como Kilaurin se detuvo y alzó su mano señalándolos, y sus presas entonces se revolvieron contra ellos. Los

jinetes utilizaron sus arcos y acabaron de una sola vez con ellos.

Por fin atravesaron la fortificación entre los vítores de los soldados que les esperaban dentro. Siguiendo los planes, los arqueros se colocaron en sus posiciones para recibir a los enemigos.

La ciudadela era como un fuerte militar dentro de la ciudad amurallada. Sus muros, de extensión más corta que la de los exteriores, eran sin embargo más altos y gruesos. Construida con grandes bloques de piedra, tenía aspilleras a varias alturas lo que le confería una defensa mucho más segura. Alrededor, en una gran franja no había nada; ni casas, ni carros, ni ningún otro objeto. Los soldados se habían encargado de limpiarlo la noche anterior y de dejar solo la arena.

Kilaurin se reunió con Antaris que estaba con la soldadesca tras las saeteras superiores. Con su halcón en el hombro parecía mascullar algún sortilegio mental contra los enemigos.

-¿Qué ves Antaris? –le preguntó el rey.

-Lo mismo que tú –le respondió moviendo su hombro para mostrarle el halcón.

-Claro, perdona. Siempre tengo la sensación de que tú lo ves todo y me olvido del pájaro –le contestó.

-Ahora que han caído esos adventos lo haré volar. De todas formas, parece que la trampa va funcionando –dijo.

-No sé. La muralla exterior apenas ha aguantado. Confiaba en reducir más sus fuerzas antes de replegarnos.

-Lo importante es que entren sin sus catapultas. Si son más, más morirán.

-Que entren... y que no queden demasiados fuera –señaló Kilaurin.

Como si obedecieran las órdenes del rey, los excretores iban entrando. Sin ninguna resistencia saqueaban las casas por donde pasaban, pero avanzaban muy despacio, esperando encontrarse en cada recoveco a las tropas drudias. Así, la ciudad se fue llenando de enemigos que se ensañaban con todo cuanto veían; las catapultas defensivas, ya inutilizadas, fueron destruidas por completo casi inmediatamente y aun hubo algún trol que se entretuvo abriendo la muralla en sus partes ya golpeadas.

Desde el cañaveral podían ver a los ejércitos atacar la ciudad. Cuando hubo entrado la mayor parte, el capitán de la caballería drudia terminó de concretar las órdenes.

-Tú, con la mitad de los hombres, atacarás el centro del grupo –le dijo a otro oficial-. Yo iré con la otra mitad sobre sus catapultas y la retaguardia. En cuanto podamos descenderemos todos

juntos hacia la puerta de Irdham, donde se encuentra el grueso de sus fuerzas y por donde pueden recibir más refuerzos de dentro de la ciudad. Recordad que el objetivo principal es evitar que salgan más tropas y cerrar la trampa; no os esmeréis en la pelea, son bestias y lucharán sin ningún honor.

<Vosotros podréis decidir con que escuadrón marchar, al final todos nos uniremos –dijo al maestro guardián y a Murghos-.>

-Ya que vais a atacar el centro y la retaguardia, justo es que nosotros ataquemos el frente, la zona de la puerta.

-¿Por separado? ¿Qué locura es esa? No tenéis hombres suficientes –afirmó el capitán.

-No creas… bueno al menos, lo intentaremos –contestó Murghos.

-Creo que los golpes que te dieron en el bazar te han dejado trastornado –dijo el oficial asombrado-. Bueno quizá sea el clima que os afecta a todos –dijo ahora mirando al maestro guardián-. En fin, como vosotros digáis.

El destacamento se dividió en tres hileras que dejaron a la vez el cobijo que les daba el cañaveral. La de los merintios, de menor tamaño, era la que tenía su objetivo más cercano. Hicieron su formación de ataque en disposición de cuña, pero esta vez la reforzaron con otra hilera detrás de la primera. Al galope apenas les dio tiempo a los excretores a colocarse a la defensiva. Los guardianes, con su perfecto dominio de la lanza-espada, se anticipaban al movimiento del enemigo, de manera que cortaban donde querían pues habían sido entrenados para intuir el movimiento de su víctima.

Con el empuje de sus caballos, solo los más cercanos podían atacarles; los de atrás se veían estorbados por los primeros. Cuando los primeros resultaban con algún miembro cercenado, huían aumentando la confusión o se derrumbaban dejando sitio a sus compañeros. Si alguno de los jinetes sagrados caía herido, entonces era sustituido por uno de la segunda hilera de la cuña.

Recorrieron varias veces el foso delante de la puerta dejando un reguero de cadáveres en su camino. Los que tenían fortuna caían a las aguas donde luchaban nadando por su vida. Cuando se encontraban con algún trol, lo dejaban pasar al interior de la cuña y allí era atacado por varios jinetes a la vez, de manera que moría durante el tiempo que tardaban en pasar alrededor de la bestia. Actuaban como una cruenta máquina de guerra perfectamente engranada.

Más al norte, el grupo del capitán drudio atacaba las tropas de las catapultas. Sus jinetes hacían uso del arco sobre el caballo con la misma precisión que si estuvieran inmóviles e infligían mayor daño

a mayor distancia. El súbito ataque acabó con todas las catapultas incendiadas. Después se plegaron hacia las puertas de Irdham, agrupándose con la segunda columna tal y como estaba planeado.

Cuando parecía estar la zona libre ya del enemigo, uno de los guardianes sagrados cayó impulsado hacia atrás con una piedra incrustada en su pecho. Otro fue herido en el hombro por una flecha y a un tercero, otra le atravesó la garganta. Empezaron a caer maderas y piedras lanzadas por troles enfurecidos alrededor de la cuadrilla.

-Algo pasa dentro de Irdham. Esto no va bien –le dijo el maestro a Murghos- ¡Retirada! ¡Retirada!–gritó.

Se alejaron lo suficiente para mantenerse fuera del tiro de los enemigos y se reagruparon con los jinetes drudios.

-Han tomado posiciones en la muralla exterior y aunque pueden salir de la ciudad no lo hacen –dijo Murghos.

-Sí. Se han hecho fuertes dentro. Esto no va bien. No va bien –repetía negando con la cabeza el maestro.

Cuando las bestias ocupaban las callejuelas, Kilaurin ordenó el ataque de sus arqueros. Las flechas volaron con una misma voz silbante para ahogarse en la sangre negra del enemigo. Muchos cayeron para no levantarse más, pero los demás se refugiaron en las casas de la ciudad. Y así, el desconcierto entre las bestias apenas duró el primer lance. Además, los troles que no se ocultaban en el interior sino detrás de las casas dado su enorme tamaño, mantenían una defensa muy eficaz lanzando piedras a la ciudadela, y como quiera que el efecto de los impactos era demoledor por la fuerza brutal con la que las arrojaban, pronto la defensa se convirtió de nuevo en ataque.

El alcance de las rocas era aún peor cuando chocaban en algún muro cerca de los arqueros, pues se hacían añicos que salían despedidos todavía con fuerza suficiente para herir o matar. En estas se veían, con el plan fracasado, cuando una tanda de flechas ardiendo pasó por encima del muro de la ciudadela hacia el interior, aumentando la confusión.

-¡Agua! ¡Agua! ¡Apagadlas antes de que prendan! –gritó Kilaurin.

-Señor, la trampa ha fracasado, no podremos aguantar así mucho tiempo. Más valdría salir a luchar cuerpo a cuerpo –dijo Marlord.

-Sí, hay que actuar cuanto antes –dijo el general bigotudo.

-Esperad –dijo Kilaurin- ¡Teniente! –gritó llamando al oficial de su guardia personal.

-¿Señor? -se presentó el joven oficial.

-Reúna a todo el que pueda cargar con peso y no esté defendiendo los muros.

-Señor, todos están defendiendo los muros -respondió confundido.

-Civiles también; mujeres, niños, ancianos... No quería llegar hasta aquí, pero no hay más remedio. Son demasiados.

-¿Llegar hasta dónde? -le preguntó Marlord.

-Coged ese barril y seguidme -les ordenó a los oficiales.

Bajaron hasta la explanada interior y allí, se introdujeron por una puerta que daba a unas escaleras. Anduvieron por pasillos húmedos y oscuros hasta llegar a una pequeña habitación donde se escuchaba el tranquilo transcurrir del agua sobre la piedra y el sonido apagado de la batalla exterior.

-Mira, estos son los canales que construyó mi padre y que confluyen desde toda la ciudad hasta el mismo centro de Irdham de dónde toman la corriente del Therios por el canal principal.

-Sí, lo sé. Significó mucho para todos podernos librar de los malos olores de las excrecencias. Algo que debemos a tu padre, sin duda.

-Verteremos aceite en los canales justo por donde estos atraviesan el muro de la ciudadela. La propia corriente lo llevará suspendido en la superficie hasta la ciudad y al foso exterior.

-¿Prenderás las casas?

-Sí. ¿Se te ocurre algo mejor?

-No. Aun después de todas sus bajas son demasiados y además están esos troles. Pero, ¿y si el fuego nos alcanza a nosotros? –preguntó.

-Hay suficiente distancia desde las casas al muro. Además, tampoco hay mucho que quemar. Salvo los propios canales que van cubiertos en muchos tramos por madera. Quizá sea lo justo para hacerles salir de su refugio.

-Y los tejados son de paja, también prenderán, y el adobe está mezclado también con paja. Arderá todo como una tea. ¿Estás seguro de hacerlo? –dijo el general Marlord dejando al rey en evidencia.

-Prefiero salvar a mi gente que conservar las casas –contestó.

-Pues adelante.

Él mismo volcó el barril de aceite y lo dejó tumbado sobre la acequia todavía cerrado. Entonces rompió con el cuchillo un tapón de corcho que había en la panza y el aceite comenzó a fluir a borbotones.

Pronto los civiles hicieron lo mismo vaciando varios barriles en los distintos lugares por donde los canales traspasaban los muros de la ciudadela.

-¿Preparado? –dijo Kilaurin.

-Sí. Que el hacedor nos ayude –contestó Marlord.

Kilaurin acercó la antorcha y el aceite prendió violentamente con un rugido que se alejó por las profundidades del canal. Pusieron una losa de piedra cubriendo la entrada a la acequia y subieron al muro corriendo.

El exterior de la ciudad comenzó a arder. Al principio vieron cómo ramales alineados de casas prendían una detrás de otra. Conforme se iba extendiendo el fuego nuevos sectores de la capital ardían. El sonido de las llamas alimentándose de todo cuanto tocaban, asfixiaba los alaridos de las bestias dejándolos vivos para siempre en el recuerdo de los drudios, que horrorizados contemplaban la masacre. El aire ahora viciado y cargado de humo llegaba caliente con un desagradable olor a carne quemada. Como el fuego se había extendido tan rápidamente apenas pudo escapar un puñado de la ciudad, el resto murió carbonizado.

-Nos abrasaremos nosotros también si seguimos aquí –dijo Marlord.

-Sí. Ordena a tus hombres bajar a los baños.

Los drudios eran amantes del agua; en una tierra tan seca, el líquido se apreciaba como un tesoro y era utilizado para el disfrute de la población en enormes salas de baños colocadas por debajo del nivel del río para aprovechar la fuerza de su caudal.

Aglomerados en las zonas inferiores esperaron y esperaron casi en tinieblas. Escuchando el eco de sus propias voces junto al goteo del agua, parecían estar en otro mundo muy diferente al que tantos años les había mantenido en paz y prosperidad.

El agua, que antes fluía por los canales hacia las casas, ahora no encontraba la ruta por donde salir pues todas las acequias se habían cerrado después de derramar el aceite y el interior de la ciudadela acabó por encharcarse. En las zonas donde se cortaron los canales, que eran donde confluían con el muro, el agua se desbordaba cubriendo parte del propio muro, lo que enfrió sus pilares manteniendo su temperatura.

Aún tuvo que terminar el día y pasar parte de la noche para que los rescoldos del fuego dejaran de calentar. Al día siguiente a la luz del sol, Kilaurin pudo comprobar cómo había quedado la ciudad. Antes de subir siquiera al muro, vio cómo la hermosa torre donde él pasaba tantas horas, estaba ahora negra por el hollín dando un aspecto tétrico a la fortificación. Sin embargo, no se podía comparar con la desolación del exterior. Nada quedó que levantara más de tres palmos e incluso el muro de la ciudad había sido consumido en parte por las llamas.

El corazón se le llenó de congoja y grandes lágrimas de

amarga tristeza se deslizaron por su rostro manchado de tizne.

-Debes estar orgulloso. Has sabido proteger la vida de tu pueblo –le dijo el Augur Antaris tratando de consolarle.

-Sí, pero a qué precio –contestó él limpiándose la mejilla con su manga.

-Todo lo que ya se ha hecho se puede volver a hacer. Sin embargo, cuando una vida se pierde es para siempre.

-Gracias por tus palabras viejo brujo, pero dime, ahora con la muerte del desierto a nuestros pies y sin ninguna defensa ¿cómo vamos a sobrevivir a nuevos ataques?

-Los aprietos uno a uno hijo. Hemos salido del primero, veamos cómo se presenta el siguiente –le contestó.

Capítulo 8

El Bosque del Molino de Piedra

La arboleda, sumergida en la oscuridad, apenas dejaba lugar por donde ser atravesada. La frondosa vegetación se enmarañaba en las patas de Tizón y la distancia entre cada árbol parecía reducirse a cada paso que daban. Se acercaban a los bosques de Merintia y pronto tendrían que encontrar un camino para poder seguir avanzando si querían continuar de noche.

Pese a las dificultades, Etham no quería acampar. Sabía que Irdham dependía de la muerte del señor oscuro. Un día más en el viaje a Dur-Barak podía significar la aniquilación de la ciudad Drudia. Aunque no veía la manera de enfrentarse al ejército oscuro y mucho menos a su amo, pensó que por algo estarían ahí las profecías. Se acordó del anciano de sus visiones y de la extraña conmoción que sufrió en la atalaya cuando arrasó los carros del mineral. Aquello le animó y se dejó llevar mientras escuchaba el ruido de los cascos abrirse paso entre la vegetación. Eonna permanecía en silencio detrás de él, no abría la boca salvo para contestar a sus preguntas. Etham pensó que la chica estaría muy afectada por la muerte de su hermano y no quiso incomodarla.

Después de una larga noche, la luz comenzó a llegar entre sombras tamizada por las hojas de los árboles. Ahora podían avanzar más ligeros y aprovecharon para dirigirse en dirección noreste hacia el margen del Therios, y así poder utilizar su vereda cuando volviera a caer la oscuridad. Pero a media mañana ya estaban agotados y no les quedó más remedio que hacer una parada para reponer fuerzas.

-¿Tienes algo de comer en tu silla? –le preguntó Etham a Eonna.

-No. Ni siquiera tengo mis dagas.

-Tampoco llevas la espada –dijo mirándola de arriba abajo- ¿Es que vas desarmada?

-Sí. Me quedé sin dagas en aquella maldita atalaya. Acabaron perdidas entre la repugnante carne de esos bichos malolientes. La espada… se debió quedar junto a mi hermano, donde me debisteis dejar a mí también –contestó con lágrimas en los ojos.

-No digas eso. La muerte es algo por donde antes o después todos tenemos que pasar pero créeme, la misión que se me ha encomendado demuestra que no es el final. A tu hermano no le gustaría oírte hablar así.

-No me hables de la muerte –dijo muy airada cambiando de

pronto su actitud-. He vivido varios años ya junto a ella y no me afecta como antes. Cuando mataron a mi madre una parte de mí murió también con ella y desde entonces nada fue igual para mí. Pero de algo estoy segura ahora igual que antes: cuando atravieso a una de esas bestias con mis puñales, se quedan tiesas sobre el suelo y ya no van a ninguna otra parte, como mi madre y ahora mi hermano. Por eso intento encontrar los medios para sobrevivir. Cualquier medio para vivir más y mejor.

Etham la miró por un momento en silencio.

-Verás, yo hace no demasiado, pensaba igual que tú y ahora me doy cuenta de lo amarga que era mi vida cuando no podía ver más allá. No me escuches a mí si no quieres, pero si miras en tu corazón verás cómo tu esencia es muy distinta de la de cualquier excretor, de la misma manera que la de tu madre y tu hermano lo son de cualquiera de esas bestias. No es justo que hables de todos ellos de la misma manera –le dijo.

Eonna le escuchaba jugueteando con la bolsa de cuero que colgaba de su cinturón y lejos de mostrarse consolada pareció alterarse más aún y con la cara desencajada le contestó.

-Justicia... Eso es lo que yo quiero... Justicia... Por cierto no tendrás alguna daga para mí, me siento indefensa sin las mías.

-No, solo tengo mi espada, pero no te preocupes nos podrá defender a los dos –dijo mostrándole la empuñadura.

Comieron de las escasas provisiones que llevaba Tizón y se echaron. Para no perder tiempo decidieron no hacer guardias y así descansar los dos durante toda la parada. Etham se recostó apoyando su cabeza en una pequeña elevación que las raíces de un gran abedul habían levantado en el suelo y ella trató de acomodar el terreno para tumbarse.

-Si quieres, puedes utilizar la manta de Tizón –le dijo él señalando su silla de montar.

-Estoy bien. He dormido en sitios peores –contestó mirando alrededor-. Lo que me preocupa son los excretores.

-¿En este bosque? No creo que se adentren hasta aquí. Ellos tienen los caminos para viajar. Temo más despertar con alguna alimaña encima buscando alimento.

-¿Por qué no dejas tu espada donde pueda cogerla yo también? Así, si tú eres atacado yo te podré librar –dijo ella con un extraño brillo en los ojos.

-Muy bien, aquí la dejo –le contestó poniéndola a su lado.

-Me pondré a tu lado entonces –dijo abandonando el sitio que estaba preparando.

Después de alisar el suelo con mimo, entreteniéndose en

quitar cada ramita una a una, esperó a que él se durmiera. Y cuando por fin le vio con los ojos cerrados echó mano al frasco de esencia oscura. Los ruidos del bosque apenas ocultaban sus movimientos así que los hacía con gran sigilo, muy lentamente. Etham tenía una de sus manos apoyada en la empuñadura y ella, cogiendo la espada por el filo, comenzó a tirar poco a poco. Cuando cada parte de la mano resbalaba del metal y tocaba el suelo, se detenía por un momento para asegurarse de que el chico se mantenía profundamente dormido. Finalmente, el último dedo cayó deslizándose sobre el metal con un débil quejido, como si quisiera despertar a su dueño con la exhalación de un moribundo.

Ella levantó la espada evitando hacer más ruido al arrastrarla por la hojarasca y la colocó sobre sus rodillas. Su filo era sin duda de noble templanza; de brillo limpio y claro reflejaba la luz del sol con la claridad de un espejo. La piedra azul de su empuñadura parecía fulgir con luz propia que se oscureció cuando ella la tocó. Abrió el frasco y con lástima de ensuciar aquella hoja perfecta, derramó un chorrito de esencia sobre la punta.

Repentinamente, miles de alaridos parecieron rodearles como si mil almas gritaran todas al mismo tiempo. La espada ardiendo no dejaba de vibrar. Aterrada, apartó el frasco y apenas le dio tiempo de esconderlo antes de que Etham se incorporara con la cara descompuesta.

El líquido se evaporó en una nube pestilente y desapareció; la hoja se enfrió y cesaron las vibraciones.

-¿Qué ha pasado? –preguntó.

-¡No lo sé! ¡Tu maldita espada! –dijo ella sollozando.

Él levantó el arma acariciando su acero y la piedra volvió a tomar su color.

-Solo la cogí para ver cómo era y empezó gritar como si estuviera embrujada –insistió ella mirando el arma con temor.

-No es una espada normal. Mejor no la vuelvas a tocar –dijo él.

Se volvió a recostar, pero esta vez de lado sin dejar de observar a la chica. Le pareció muy extraña la reacción de la piedra Edecán de la empuñadura. En las ocasiones en que le había dejado la espada a Bentor, esta como mucho misteriosamente se volvía roma y dejaba de cortar, pero nunca había gritado con esos alaridos espeluznantes que aún le resonaban en los oídos como si le pidieran explicaciones.

Finalmente, aquella desazón se mitigó y por fin Etham pudo dormir. Ella sin embargo no concilió el sueño. Incorporada apoyándose sobre sus rodillas, movía la cabeza y medio cuerpo de

atrás hacia delante susurrando palabras ininteligibles. De vez en cuando levantaba la cabeza, miraba la espada y hacía mención de volver a cogerla, pero enseguida recogía la mano sobre su regazo recordando el intenso calor y aquellas vibraciones dolorosas.

Pasaron las horas y ella no dejaba de mirarle: dormía apaciblemente. Su piel pálida y sus manos sin tacha eran muy diferentes de las de los rudos campesinos de su pueblo natal, y quizá fuera por eso que le llamaban tanto la atención, llegando a percibir algunos sentimientos encontrados que traicionaban su deseo de venganza. Pero cuando tocaba el frasco aquello se esfumaba y no veía en él más que la última causa por la que murió su hermano y estaba cautivo su padre.

Cuando Etham despertó estaba cayendo ya la tarde y ella seguía en la misma postura. El aspecto de la joven ahora se veía muy demacrado. Las ojeras parecían resaltar la hinchazón de sus cansados parpados empapados en lágrimas.

-¿Estás bien? –le preguntó Etham.

-Sí… Sí…

-¿Es que no has podido dormir?

-Sí he dormido estupendamente. Vámonos –contestó levantándose.

-Aún podemos echarnos un rato más si quieres –le sugirió él.

-No. Vámonos.

Al partir, Etham dejó a Eonna ir delante. La veía confundida y algo perturbada por lo que prefirió mantenerla a la vista. Comenzó a preguntarse cuál era el motivo por el que ella acompañaba a la expedición o, en cualquier caso, qué confianza tenía Antaris para asignarle la misión de alejarle de la ciudad de Irdham, como Jhorim le contara. Pensó que haría el viaje mejor solo que con semejante compañía pero no podía abandonarla. Había sabido de muchos que perdieron la cabeza empujados por la guerra y ella vio cómo la vida de su hermano se iba de sus propias manos sin poder evitarlo. Decidió ser paciente y ayudarla en todo cuanto pudiera.

Cabalgaron hasta casi la madrugada del día siguiente, pero el río no apareció. Etham comenzaba a preocuparse; le enseñaron a guiarse por la posición del sol, pero bajo ese follaje tan frondoso era difícil tenerlo siempre localizado. Supuso que se estarían desviando algo más al norte que al este, lo que en principio no era malo del todo pues les acercaba a su destino.

Como la jornada anterior, se echaron a descansar; aunque ahora Etham apoyó su espalda en un grueso árbol y dormitó con la empuñadura de su espada bien agarrada. Eonna se recostó algo más alejada y esta vez ni siquiera allanó el terreno. Al despertar, Etham la

encontró de nuevo en la misma postura, macilenta y consumida. Su cara no solo reflejaba el cansancio de los días sin dormir, ahora él podía ver gestos de locura cuando se cruzaba con su mirada.

A media mañana continuaron la marcha y poco después encontraron por fin el río, lo que esperanzó a Etham e inquietó a Eonna más todavía. Como era de día, avanzaron por un costado del camino ceñidos a los árboles para evitar ser vistos desde el aire por los adventos, aunque Etham miraba siempre al siguiente montículo a atravesar, pues temía encontrarse con tropas enemigas de frente. Vigilando permanentemente, se ocultaban entre los árboles cuando creían correr algún peligro.

Avanzada la tarde, tras comer algunas bayas que recogieron del bosque, Etham confirmó sus temores. A lo lejos vio la punta de una lanza moverse de un lado a otro siguiendo el paso de su portador. Se escabulleron entre la vegetación y esperaron en silencio.

Era un excretor con una pica al hombro caminando despreocupado. Cuando llegó a la altura del camino donde se encontraban escondidos, Eonna sin mediar palabra se abalanzó sobre él. Etham se quedó boquiabierto con las riendas de Tizón en la mano y el caballo de ella a su lado.

Fuera de sí y armada con sus propias manos agarró al excretor por el cuello con un brazo mientras le rompía su recia lanza de una patada. La desventurada bestia viéndose sin su apoyo y con el impulso de Eonna terciando sobre su costado cayó desequilibrada al suelo, momento que aprovechó ella para sentarse sobre su barriga y arrancarle varias de sus sobresalientes costillas con una fuerza inusitada. El excretor sin aire en el pecho murió en silencio sobre un charco de sangre negra.

Con la misma ira con la que aniquiló a la bestia registraba ahora sus andrajos en busca de alguna daga o espada. Etham todavía atónito por lo que presenciaba, miró hacia el horizonte y vio más lanzas asomar detrás del montículo por donde había aparecido el desdichado excretor.

-¡Vamos! ¡Vamos! –le dijo tirando de sus ropas.

Ella le miró con los ojos inyectados en sangre y mostrando los dientes como si de una fiera se tratara, volvió su atención al cuerpo del excretor.

-¡Vamos! ¡Vienen más! ¡Muchos más! –le dijo él desesperado.

Miró ella también al horizonte, pero lejos de amilanarse se puso en pie y se dirigió con paso decidido hacia el destacamento. Etham trató de impedírselo pero recibió un empujón que le mandó por los aires hacia un árbol del bosque. Se levantó dolorido.

-¡Estás loca! ¡Ahí te quedas! –le gritó y se giró para irse.

Al oír esas palabras, la furia de la chica cesó tan

repentinamente como empezó y le siguió dócilmente.

Se adentraron de nuevo en la arboleda y galoparon hacia el norte procurando no dejar muy lejos el camino. Etham sabía que quizá les seguirían aunque los excretores parecían pertenecer a un destacamento de infantería y muy difícilmente les darían alcance. Ahora, sin embargo, le preocupaba más Eonna que las tropas enemigas. La había visto convertirse en una furia y sabía que en ese estado no era rival contra ella. En los últimos días se mostraba completamente perturbada y le daba miedo.

Intentaría detenerse solo cuando fuera imprescindible. A lomos de Tizón se sentía seguro, mucho más que pie en tierra, junto a ella. Dos días completos siguieron cabalgando y aunque daban breves descansos a las monturas durante los que él se mantenía a distancia de ella, no acamparon. En el crepúsculo del tercer día, Etham a punto estuvo de caer dormido al suelo. Agotado, no le quedó más remedio que detenerse junto a un lago a descansar.

-Tú te puedes poner ahí –dijo señalando una zona de hierba y sin rocas que parecía muy confortable-, y yo me pondré allí –señaló otro lugar muy alejado del primero.

-¿Por qué tan lejos? ¿Quieres que me trague una serpiente? Eeeeh jeee –emitió un desagradable sonido al reír-. No. Prefiero estar junto a ti y que me protejas, eeeh jeee jeee–contestó.

Etham estaba mareado y ni siquiera podía pensar en su seguridad. Como solía hacer, se sentó apoyando la espalda en un árbol y esta vez dejó la espada frente a él, cogida con las dos manos. Miraba a Eonna aunque se le cerraban los ojos. Ella también le observaba, no necesitaba dormir, parecía esperar de rodillas frente a él a que por fin cayera rendido.

Cada vez le era más difícil soportar el peso de sus parpados. La imagen de la chica permanecía ahí delante de él, esperando. Poco a poco la iba perdiendo de vista; primero la cara, después el cuerpo y ahora apenas veía sus piernas. Prácticamente dormido, todavía dudaba de las intenciones de ella. Quizá solo perdió el juicio por la muerte de su hermano. Fuera como fuera, él debía descansar.

Se durmió.

Un chasquido despertó a Etham. La luz de la luna se reflejaba en el lago, aunque apenas iluminaba el campamento. Echó una mirada buscando el origen del ruido y cuando fue a levantarse se dio cuenta de que ya no tenía su espada. Con sigilo se acercó a Tizón y entonces pudo ver tenuemente a Eonna cerca del agua golpeando una piedra con otra.

Crss... Crss... Crss...

Sonaba el chasquido tan regularmente como gotas de rocío cayendo desde una flor. Ahora ya estaba decidido: escaparía lejos de aquella loca de fuerza sobrenatural. Dando su espada por perdida soltó las bridas de Tizón y cuando iba a montar, escuchó la voz de Eonna detrás mismo de su cogote.

-¿Adónde vas Etham? ¿No pensarías abandonarme? –le preguntó sobresaltando al chico.

-¿Dónde has dejado mi espada? ¡Te dije que no la tocaras! –le chilló afrontando con enfado su miedo.

-La cogí para apreciar su belleza, pero esa espada tuya me quemó así que la tiré al lago –le contestó ella.

-¿Dónde? –le preguntó dirigiéndose al agua- ¿En qué parte?

Etham se metió hasta las rodillas palpando el fondo por donde andaba.

-No sé si fue por ahí… o por allá… -dijo señalando a sitios muy separados del lago-. Déjalo, ya ni me acuerdo. No te enfades con Eonna, eeeh eeeh.

Aquel exasperante silbido, que se obstinaba en emitir, parecía provenir de lo más profundo del interior de sus pulmones y se filtraba a través de los oídos para quedar zumbando dentro de la cabeza de Etham; y él, que aún no había descansado lo suficiente, no quiso escuchar más. Montó sobre Tizón y huyó galopando hacia Dur-Barak pero para su sorpresa, Eonna le seguía y aunque el caballo de ella no era tan veloz como el suyo, conseguía mantenerse a la zaga.

Fustigó a Tizón con ansiedad. Algo en su interior le decía que Eonna le mataría. No comprendía por qué no lo había hecho cuando dormía. Él había tratado de utilizar sus conocimientos Augur para adentrarse en el pensamiento de ella, pero lo único que veía eran los ojos de una demente a través de los que no podía pasar; sin embargo, sabía que había maldad en su interior, de lo contrario la piedra Edecán de la espada no le habría quemado.

Con la atención puesta en la penumbra no dejaba de oír los cascos de la montura de Eonna detrás de él. Conocía muy bien los caballos y sabía que el ejemplar drudio era muy inferior a Tizón. Debería haberlo dejado ya atrás y, sin embargo, cada vez lo escuchaba más cerca, hasta que alcanzó su grupa y ya no avanzó más. Se mantuvo durante el resto de la noche sin perder ni un solo palmo de terreno a Tizón.

Conforme seguían camino hacia el norte, el tiempo empeoraba. Los nubarrones ocultaban cada vez más a menudo la luna y el viento soplaba con fuerza empujando dolorosas gotas de agua contra el avance de caballo y caballero.

Con la grisácea luz del alba, Etham reparó en que aquella carrera era demasiado incluso para Tizón y redujo el paso. Miró a la

montura de Eonna pensando que quizá la habría subestimado. El animal estaba desnutrido, lucía el costillar como si no hubiera comido en semanas. Pero el cambio se dio durante el último día porque Etham recordaba haberlo visto con mucho mejor aspecto.

Todo indicaba que el largo brazo del señor oscuro había tocado a Eonna y a su montura. No sabía qué hacer. Cuando comenzó el viaje, estaba esperanzado en encontrar alguna manera de enfrentarse al señor de la oscuridad antes de llegar a Dur-Barak, pero ahora se veía acorralado sin haber llegado siquiera a la ciudad.

Decidió ignorarla y seguir el camino manteniéndose alerta. No tenía muchas más opciones. Comenzó a escuchar a sus espaldas el chasquido de las piedras golpeándose.

Crss... Crss... Crss...

Aunque ahora viajaba al paso, Eonna se mantenía siempre por detrás de él lo que le hacía más vulnerable y le ponía aún más nervioso.

Crss... Crss... Crss...

Etham la miraba de reojo, pero la llovizna le impedía verla con claridad. Con el cielo cubierto de oscuros nubarrones y confundido después de tantos días sin apenas dormir, no sabía si era por la mañana o por la tarde. Destemplado, se detuvo y sacó su manta de debajo de la silla mientras observaba las piedras de Eonna. Estaba tallando un rudimentario cuchillo.

Se abrigó y continuaron.

Crss... Crss... Crss...

Ya sabía cómo le quería matar, aunque todavía ignoraba por qué no le arrancó la cabeza o las costillas como hiciera con el excretor.

El indiferente chasquido continuaba golpeando la paciencia del chico que atormentado buscaba alguna solución. Un cosquilleo recorría su costado izquierdo por donde le acompañaba ella, esperando recibir de un momento a otro la punzada.

Crss... Crss... Crss...

El chasquido cesó y el corazón de Etham comenzó a palpitar violentamente. Con los ojos abiertos como platos miraba de reojo sin atreverse a girar del todo. Le pareció ver que hacía algo con el cuchillo, pero lo protegió por un momento bajo su capa escondiendo también su cabeza. Tardó un momento y ahora parecía empuñarlo con la hoja hacia abajo. Su escuálido caballo aceleró ligeramente el paso y cuando estaba casi a la distancia del brazo, Etham fustigó a Tizón.

-¡Corre! ¡Corre! ¡Corre! –gritaba.

Tizón corrió con la furia que le transmitía su jinete y al principio sacó algo de ventaja, pero fue porque su repentina galopada sorprendió a Eonna. De nuevo el raquítico caballo iba acortando

distancia poco a poco.

Etham vio delante de él el camino y más allá el río Therios y aun detrás el molino de piedra. Ya estaban cerca de Dur-Barak. Atravesó la senda y se lanzó al río sin preocuparse de si podría vadearlo. Por suerte en la zona del molino, la altura del agua era más baja y Tizón pudo pasar, pero Eonna también; le seguía incansablemente.

Pasaron frente al molino y se adentraron de nuevo en el bosque. Conforme avanzaban, las ramas de los árboles se hacían más frondosas y era más difícil galopar. Etham veía ya el fin pues redujo mucho la marcha. Sin poder creerlo, vio cómo una rama de roble se enroscó en sus brazos, mientras que las raíces detenían en seco a Tizón. Esperó la puñalada, pero cuando miró hacia atrás vio a Eonna también enredada por los árboles.

-¿Criaturas malvadas del señor oscuro como os atrevéis a entrar en el bosque del molino? –preguntó una voz grave que resonaba con eco.

-Yo no… soy del ejército… oscuro –dijo Etham forcejeando.

-Ni yo… Eeeeh jeee –dijo Eonna.

-¡Silencio! ¡Traéis su esencia venenosa! ¿Es que creéis que no puedo sentirla?

-Te confundes… es ella… -dijo Etham.

El chico liberado de la tensión acumulada de tantos días, cayó agotado en un profundo sueño durante el que le pareció ver a un grueso roble que mostraba en su tronco los rasgos de una cara humana formados por nudos y raíces. Creyó oírle hablar, pero no le entendía. Estaba demasiado cansado.

Etham despertó. Se encontraba sobre un confortable colchón de pétalos de rosa. Nunca antes había dormido tan bien; no sabía si era por el cansancio acumulado o por lo agradable que era aquella abultada cama floral. Levantó la cabeza y vio que los pétalos estaban contenidos por gruesas raíces de roble que emergían de la tierra alrededor suya. Se volvió a tumbar; quería seguir disfrutando del descanso. Sobre él, el cielo era claro y podía escuchar el alegre canto de los pájaros. Pensó que lo vivido días atrás formaba parte de una horrible pesadilla.

-¿Has dormido bien Etham? –preguntó la resonante voz grave.

-¿Qué? –dijo incorporándose bruscamente- ¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre? –preguntó al aire.

-Tú me lo dijiste –la voz salía entre ecos del interior del tronco del gran roble-. Yo soy Lur-Hrimm, espíritu de este bosque.

-¿Qué vas a hacerme?

-¿Yo a ti? Jo, Jo, Jo. Eso te lo debería preguntar yo. Si lo dices por lo ocurrido ayer, debes perdonarme. Son ya demasiados años... Solo sentí la ponzoña oscura y no supe distinguir quién de los dos era el podrido.

-¿Qué ha sido de Eonna?

-La chica descansa. La he librado de su terrible carga, pero lleva demasiado tiempo junto a ella. Quizá no llegue nunca a limpiarse del todo. Démosle tiempo.

-¿Llevo todo el día durmiendo? Entonces debo llegar hoy mismo a Dur-Barak. Las tropas arcontes estarán ya atacando Irdham.

-Espera. Si quieres enfrentarte al señor oscuro debes saber cómo hacerlo.

-¿Tú sabes cómo?

-Bueno sé algo más que tú. Yo no voy huyendo de un frasco de su sudor y mi poder es una ínfima parte del tuyo.

-Tienes razón ni siquiera pude enfrentarme a Eonna. Quizá si hubiera sabido la manera de hacerlo ella estaría bien ahora.

-Hizo su elección, no te culpes por eso.

-Dime entonces cómo lo hago.

-Cuando te vi por primera vez, viajabas al sur acompañado de un joven grandullón –comenzó a decir Lur-Hrimm.

-¡Ah…! Fuiste tú el que nos arrastró aquella noche alejándonos del río –le interrumpió.

-Sí, fui yo. Te libré mientras pude de la mirada del señor oscuro, aunque finalmente te encontró. En aquella ocasión, como te decía, llegaste a dominar al advento y no eras tan poderoso como ahora. En este momento te acompañan los espíritus puros. La esencia de valerosos hombres que harán cualquier cosa que les mandes.

<Desde el principio de los tiempos, cuando alguien moría con esencia del Señor de la luz en su alma, era atraído por Él hacia fuera del Universo –dijo señalando al cielo-. No sabría explicarte, pero es una fuerza invisible que atrae su esencia.>

-Creo que sé lo que dices. En el templo de los Cenobitas noté una fuerza de atracción entre mi espada y el pasador de la puerta, que me permitió moverlo -dijo Edam.

-Puede ser, es una espada muy poderosa la tuya. Tiene la magia del Señor de la Luz...

-¿La conoces? ¿Cómo…?

-No me interrumpas Edam, o no terminaré nunca –se expresó mientras movía lentamente las ramas-. Como decía… eso ocurría con las almas llenas de esa maravillosa esencia, pero las vacías, sin estar sujetas por su cuerpo, caían junto a Bluzel, Señor de la oscuridad. Y todo esto ocurría sin ser visto por los vivos, pero ahora a estas almas o vainas vacías, las están utilizando los sayones del mal para, una vez

dentro de ellas, cristalizarse en estructuras palpables y reales para vosotros.

<Empezaron formando y reagrupándose en la luna negra hasta que cayeron al mundo, quitándoos vuestra libertad. Fue entonces cuando el Señor de la Luz permitió que las almas con algo de su esencia interfirieran en lo visible también y permanecieran sin subir hasta donde él; y se creó la luna azul. Tú ahora cuentas con el poder de todos esos espíritus.>

-Sí, algo de eso me dijo el anciano. Y tú, ¿por qué estás aquí y no estás con las lunas? –le preguntó Etham con curiosidad.

-Verás, nuestras almas o sacos, para que me entiendas, aun vacías tienen un peso determinado, según su tamaño. Si tienes algo de esencia dentro, pero no la suficiente para elevarla, puede darse el caso de que te quedes donde viviste. Si esa esencia, no es suficiente siquiera para mantener el saco, igualmente caerás, quizá más despacio, pero caerás.

-Tú-eres-un-fantasma –dijo Etham fascinado-, de esos de los que hablaban las historias de mi aldea. No eres el espíritu del bosque, sino un fantasma.

-Sí Etham soy un fantasma. Y no sólo se habla de nosotros en tu tierra, en cualquier lugar y en cualquier época nos encontrarás, aunque nunca tanto como ahora, pues desde las lunas podemos interferir más aún en las cosas visibles.

-¿Y yo controlo la fuerza de muchos como tú?

-Así es muchacho –contestó Lur-Hrimm.

-Pero lo único que sé es controlar con la mirada a algunos seres, tal y como me enseñaron los Augur. No sé nada de espíritus.

-Para hacer lo que desees, solo tendrás que pensarlo y levantar la mano para que se ejecute tu orden –dijo el árbol-. Si quieres alcanzar esa manzana de allí, solo debes pensar en cogerla y alzar el brazo –señaló con una rama a un manzano que había alejado unos metros.

Etham no sabía si creer al fantasma y cuando lo intentó no lo hizo muy seguro de sí mismo. Se veía haciendo el ridículo.

-¿Así? –preguntó señalando la manzana en una postura indecisa- Ya está ¿y ahora?

-No, Etham, no consiste solo en levantar la mano. Tienes un ejército dentro de ti al que debes dar órdenes. Haciéndolo así, ni los vivos te obedecerán.

-Está bien. ¡Ven aquí manzana! –gritó.

-Jo, Jo, Jo. No hace falta decirlo. No es la manzana la que te va a escuchar. Uno de los espíritus que tú no ves, saldrá de ti y te la acercará. Debes dirigirte pues a ellos, no a la fruta.

Etham se concentró en silencio y levantó lentamente el brazo. Enseguida la manzana fue arrancada y se desplazó por los aires hasta su mano.

-¡Sí! ¡Lo he hecho! ¡Parecía magia verdadera! –gritó Etham entusiasmado.

-Jo, Jo. Ningún mago tiene tu poder.

-Pero con esto podría ayudar en la batalla de Irdham.

-Llegarás antes a Dur-Barak. El poder que posees sobre los espíritus, lo tiene él con los seres corruptos y cuando muera, ellos quedarán liberados. Sí acabas con él acabarás con su ejército, pero debes tener en cuenta que como la esencia azul te sigue a ti, la esencia oscura le sigue a él y así, la pelea puede ser muy igualada. Quizá demasiado. De hecho, estas fuerzas siempre han estado en equilibrio dentro de la esfera temporal. Esa fue la voluntad del hacedor para darnos la libertad de elegir entre lo bueno y lo malo y así, la eterna batalla entre el bien y el mal solo se lucha en la decisión de los hombres. Si llega ese momento, pese a todo estarás en inferioridad de condiciones puesto que él está además rodeado de sus huestes; de los corruptos vivos. Así que recuerda esto: solo el amor puede cambiar la naturaleza del mal.

-Vale –dijo él, aunque no entendía bien a qué se refería-. Me voy.

-Espera un momento. Los espíritus no nos situamos bien sobre el mundo cuando perdemos el cuerpo. Yo permanezco en este bosque y no puedo ir más allá. Si vas utilizándolos contra los soldados irás dejando un reguero de almas que no sabrán volver a ti, acabarán sin duda ascendiendo, pero tú perderás fuerza para luchar contra el señor oscuro.

-¿Qué hago entonces?

-Hay alguien que espera para verte. Me ha costado retenerle, pues está impaciente por hablar contigo. Él te podrá ayudar.

Un pasillo se abrió entre los matorrales y Etham, invitado por un gesto de Lur-Hrimm se adentró caminando. Llegó a una cueva que despedía luz azulada. Se detuvo en el umbral de la entrada y volvió a escuchar la voz grave del roble, pero esta vez salía de un abedul junto a la gruta.

-Adelante, pasa.

-¡Ah, querido amigo! –dijo Valhir sin dar tiempo a Etham a entrar.

-¡Valhir! El niño viejo. Ja, Ja ¿Qué ha sido de ti? –le preguntó al ignita.

-Mucho ha pasado desde que pusiste nuestro mundo bocabajo. De todos los que éramos apenas quedamos unos cuantos. El resto desapareció al no poder alimentarse de la piedra de vida. El

primero fue el rey que se alejaba bastante de la pureza y sobrevivía gracias a lo que absorbía de la piedra. Ahora me han proclamado a mí el nuevo monarca. ¿Qué te parece? ¿Tendrá que ver con este color azulado que luzco?

-Ja, Ja. Sí, se te ve muy bien.

-Oye, he estado siguiéndote por debajo hasta que te perdí en Irdham. Sabes que tu energía puedo sentirla mejor que ninguna pero por alguna razón allí te perdí hasta ayer, que apareciste aquí de pronto.

-Quizá fuera porque viajaba junto a un frasco de esencia maligna. ¿Has llegado desde allí en un día? –le preguntó.

-No. Lo cierto es que días atrás pude sentir una gran fuente de energía azul de camino hacia aquí y luego la volví a sentir en un pequeño lago cerca del Therios. Toma. Esto te pertenece -dijo y tras desenvolver un bulto que llevaba consigo le dio la espada con la piedra Edecán.

-¡Mi espada! Creía que ya no la vería nunca más –dijo examinándola-. ¿Cómo la encontraste?

-Para nosotros es fácil, nuestra vida siempre ha girado en torno a la esencia, siempre en su busca. Y desde que te llevaste el núcleo, las piedras Edecán han pasado a ser las más poderosas para nosotros. También recuperamos una sumergida en el Therios, pero esa si no te importa me la quedaré yo.

-No, toda tuya –dijo poniéndole la mano en el hombro y tras una breve pausa endureció su semblante-. Dime, sabes algo de Irdham.

-Sí. Poco después de irte sufrieron un ataque. Aunque no tuvieron casi bajas, destruyeron todas sus defensas. Yo fui personalmente para ofrecerles mi ayuda... –se detuvo viendo la sorpresa reflejada en el rostro de Etham y continuó- ... Ya te dije que volviste nuestro mundo bocabajo. Ahora los ignitas hemos salido a la superficie y hemos trabado relaciones con los hombres.

<Bien, allí pude conocer a Antaris. Él, con su halcón, pidió ayuda a la ciudad de Tirhum. En este momento hay concentradas allí tropas de Merintia que llegaron al mando del comandante Hergues, las de la propia ciudad y los que han llegado navegando por el río desde Tirhum. >

-¿Han llegado ya los arcontes?

-Cuando yo me fui todavía estaban en camino. Los míos les retrasan cuanto pueden con pequeñas escaramuzas y ellos viajan despacio con sus carros y catapultas; pero Etham, no creo haber visto jamás un ejército tan numeroso como ese. No creo que nunca nadie haya visto algo así. Quizá entre todos podamos resistir algo más, pero es una batalla perdida.

-No tenéis que ganarla vosotros; creo que sólo es cosa mía.

¿Podrás llevarme por las galerías hasta Dur-Barak?

-Hasta dentro del castillo si lo deseas. Despertaron a la bestia Herkrum que descansaba bajo la ciudad. Ahora podemos movernos por allí a nuestro antojo.

-Espera, voy a por Tizón.

Etham salió de la cueva y casi tropezó con Lur-Hrimm, que le esperaba en la entrada con un gesto triste toscamente dibujado en el tronco del abedul.

-Tu caballo está por ahí –dijo, y al instante se abrió un camino entre la vegetación.

-Lur-Hrimm, debo darte las gracias por todo lo que has hecho. De no ser por ti, mi misión ya habría fracasado. Creo que mereces estar lleno de esa esencia que tanto deseas.

-No funciona así, podía encontrarla usando la libertad en vida de mi cuerpo, pero ahora ya no.

-¿Por qué? ¿No tenéis permiso ahora los fantasmas para interferir en el mundo visible? ¿Acaso no me has ayudado, libremente? A mí y a la misión que el Señor de la Luz me ha encomendado...

En el bosque se extendió el silencio y la quietud por un momento, aunque parecía escucharse ruidosamente la articulación de los pensamientos de Lur-Hrimm.

-¡Claro! –dijo por fin con un grito que se propagó a cada uno de los árboles- ¡Sí! ¡Seguro que habrá de venir! -gritó riendo-. Iré contigo y con los demás.

-Espera, hazme un favor; quédate aquí y cuida de Eonna hasta que esté bien –le pidió Etham.

-Ah, muchacho, será un placer cumplir tus órdenes –dijo lleno de gozo.

Etham entró en la cueva con Tizón cogido de las riendas y se encontró a Valhir montado sobre un caballo.

-¿También montas? –le preguntó Etham.

-Ya te he dicho que...

- ... que volví vuestro mundo bocabajo –le interrumpió Etham.

-Eso es. A caballo llegaremos esta misma tarde a Dur-Barak.

Capítulo 9

Las grutas habían cambiado de cómo las recordaba Etham. Ahora estaban más oscuras al no transitar los ignitas por su interior y el tono de las paredes era tan azulado como el propio reflejo de Valhir. El ambiente, sin embargo, seguía tan cargado como siempre y era casi irrespirable. Recordó aquellos días en los que permaneció inmovilizado en el interior de uno de esos túneles y deseó salir pronto de allí.

Seguía al deslumbrante Valhir, aunque le hubiera gustado adelantarle y dejar descargar la furia de Tizón galopando, pues apenas podía sentir el aire en la cara. Ejercitó sus ejercicios Augur de relajación y trató de aprovechar cada brizna de viento que llegaba a sus mejillas.

Cuando empezaba a desorientarse, mareado por las revoltosas sombras que el cuerpo de su amigo proyectaba sobre las paredes, por fin Valhir se detuvo.

-Por aquí llegaremos debajo de la ciudad –dijo señalando un agujero en la pared.

-¿Esa es la guarida de Herkrum?

-Sí, aquí descansaba. Si te fijas, la gruta principal se curva aquí después de atravesar casi todo Merintia en línea recta –dijo señalando el camino por donde habían venido-. Fue una desagradable sorpresa encontrarnos a semejante engendro cuando construíamos los túneles, pero bueno, a un lado lo dejamos y desde entonces ha dormido su sueño maldito. Ahora su cuerpo se pudre a las afueras de Irdham; otra señal más de que en estos tiempos luchamos por el destino de nuestro mundo.

Etham se adentró en la cueva y pudo sentir el hedor de carne descompuesta golpeándole la nariz. La temperatura era aún más alta que en el resto de los túneles y él, ya mareado, terminó vomitando.

-Perdona –dijo entre arcadas-.

-No te preocupes. Eso que hueles son las mudas de la serpiente. Se pudren y son pasto de las alimañas que viven por aquí –dijo señalando a una rata que se escondió entre un montón de pieles-. Por suerte para nosotros esos bichos suelen huir de la luz y no nos molestarán. Algo que no ocurre con vuestros fastidiosos mosquitos de ahí fuera.

Anduvieron entre los restos descompuestos de las escamas hasta que Valhir se detuvo frente a una gruesa cuerda desgastada y

señaló hacia arriba. Muy por encima de sus cabezas, en el techo de la cueva, a una altura como la de la torre triangular de Dur-Barak había dibujado un círculo de color gris oscuro.

-¿Qué es eso? –preguntó Etham.

-Es el cielo. El tormentoso cielo de la ciudad. Antes, este lugar estaba cubierto de agua y los habitantes de Dur-Barak lo aprovecharon construyendo un pozo que más tarde se secó; seguramente por algún movimiento de la bestia.

-No querrás subir por esta cuerda –dijo Etham mirando incrédulo la corroída soga.

-Sí. Por aquí tenemos que subir –contestó el ignita mientras se cubría con unas prendas que traía en su caballo.

-Espera, antes hay que dejar a los caballos al aire libre. Quizá no podamos volver a por ellos –dijo Etham.

Fueron a la compuerta que salía fuera de la ciudad y allí dejaron los caballos.

Etham se despidió de Tizón susurrándole algo al oído para tranquilizarle y acariciándole con pena. Tenía el convencimiento de que ya no le vería más.

-Adiós… –dijo mientras se cerraba la compuerta.

De vuelta bajo el pozo se dispuso a trepar, no demasiado seguro de lo que hacía. Cuando apenas había subido un tramo, se encontraba ya agotado, pero lo ignoró sacando fuerzas de su entrenamiento Augur. Continuó un poco más aunque cada vez avanzaba más lentamente. Finalmente, se detuvo. Sudando se enrolló la cuerda en el antebrazo y miró hacia abajo. Allí estaban los ojos de Valhir enfocándole mientras le señalaban fastidiosamente con su luz.

-¡Venga! Solo te queda la mitad –le mintió el ignita.

-Solo te queda la mitad... –repitió Etham con sonsonete en voz baja.

El chico desesperado, sentía hormigueos en los brazos. La voz de Valhir le desconcentraba y le tentaba a dejarlo. Entonces recordó las palabras de Lur-Hrimm cuando le dijo que solo debía pensar su deseo señalando con la mano y recibiría la ayuda de la piedra azul para ejecutarlo. Ante los atónitos ojos de Valhir, Etham echó la cabeza atrás y soltó una mano mostrando su palma hacia abajo. Enseguida, su cuerpo recibió un impulso y con las dos manos de nuevo en la cuerda, Etham subió como si pesara lo mismo que un pajarillo.

Valhir se sujetó a la soga y fundiéndose con ella fue subiendo como una oruga. Llegó con las ropas completamente descolocadas.

-Ya me explicarás como has hecho eso – le dijo el ignita a

Etham mientras cubría su luz con las vestiduras.

-Sí, cuando me enseñes a hacer lo que has hecho tú –le contestó riendo.

Aunque era de día, el cielo estaba tan oscuro como al anochecer lo que beneficiaba más a Etham que a Valhir. Los dos se encontraban escondidos dentro del brocal, apoyados en una estrecha franja del suelo que aún quedaba entre el agujero y el pretil. Desde allí pudieron ver las mismas puertas del castillo de la orden sagrada que, abiertas, se encontraban sin vigilancia. Extrañado, Etham miró alrededor y descubrió a varios oficiales adventos caminando mientras hablaban entre ellos. La ciudad estaba tomada militarmente y no le interesaba ser descubierto pues, de lo contrario, tendría que derrochar sus fuerzas en luchar contra el ejército.

Agarrándose con una mano le hizo un gesto a Valhir advirtiéndole de la presencia de los adventos. En mala postura esperaron hasta dejar de escucharlos y por fin, entraron en el castillo. Se movían buscando cualquier saliente que les sirviera de parapeto, siempre ceñidos al muro. Cuando se encontraban cerca de la puerta de la torre triangular, después de haber dejado atrás a varios excretores que descuidados se empeñaban en sus quehaceres, atravesaron al descubierto el patio de armas.

Al entrar por la puerta se encontraron de bruces con un advento que al verles abrió instintivamente las alas. Etham levantó la mano hacia la asombrada cara de la bestia y en ese instante, se envolvieron sobre su cabeza sus membranosas extremidades. Apenas se escuchó un susurro cuando aquel cuerpo maloliente salió despedido por los aires para chocar contra la pared y caer al suelo.

El ignita se había quedado paralizado al encontrarse de frente al advento y aún permanecía en la misma postura después de ver caer a la bestia.

-Etham... –comenzó a decir maravillado.

-¡Sssss! –pronunció él con un dedo sobre la boca.

Corriendo casi de puntillas se acercaron a las escaleras y allí encontraron a dos excretores que solo tuvieron tiempo para ponerse en guardia. Etham mirándoles cerró la mano tocándose las yemas del pulgar y el índice. Los excretores entonces se incrustaron ruidosamente el uno en el otro con tanta fuerza que rompieron los huesos y quedaron en un amasijo informe sobre un charco de sangre negra.

-¡Etham...! –le comenzó a decir Valhir ahora sorprendido con un tono que más parecía un reproche.

-Lo siento –le interrumpió él mirándose los dedos con las cejas fruncidas y los ojos algo guiñados en un gesto de incredulidad-.

No lo controlo –continuó mostrándole los dedos al ignita.

-Bueno, bueno... Lo importante es que te funciona –dijo Valhir apartando con cuidado la mano de su amigo.

Subieron por las escaleras. El chico conocía el castillo de las veces que durante su infancia había entrado allí para instruirse con los Augur.

Llegaron a la primera planta y se acercaron en silencio a la puerta. Etham podía sentir la influencia maligna del señor oscuro y se preguntó si él también sería percibido. Con toda su atención puesta en el interior de la sala del consejo, se olvidó de que las puertas se movían solas y se acercó hasta casi pegar la oreja en la piedra. En ese momento las dos hojas se abrieron dejando al descubierto a los intrusos.

Dentro se encontraba el señor oscuro con su consejero, quien al verles se apartó de su amo sigilosamente.

Etham nunca había entrado en la sala del consejo, pero sí lo hizo en la de los Augur que estaba justo encima; y enseguida observó que esta había sido engullida por la enorme estancia en la que ahora se encontraban. El altísimo techo del consejo había desaparecido dejando a la vista el de la sala Augur que inexplicablemente se sostenía sin los pilares donde antes se apoyaba.

El engendro con cabeza de anciano y cuerpo joven se levantó de su trono de marfil con sus largos pelos enredados.

-Debí suponer que la humana no terminaría su trabajo –susurró entre dientes.

-¿Eres tú la encarnación del mal al que todos llaman señor oscuro? –preguntó Etham en voz alta mientras se acercaba.

-¡Ja! ¡Ja! No sé quién te ha dicho eso muchacho. Mi nombre es Crotus y soy el rey de Vandoria –respondió.

-Es el señor de la luz quien me envía.

-Pues dile a ese señor que se equivoca. No conozco a nadie así llamado y dudo que haya alguien en este mundo capaz de encarnar el mal.

-No me intentes engañar. Lo sé; él me lo ha dicho.

-¿Quién? ¿El señor de la luz? Tampoco conozco a nadie que sea dueño de la luz. Muchacho, ¿te encuentras bien? Quizá te haya dado demasiado el sol en la cabeza.

-Él tiene poder sobre ti y sobre todas las cosas –dijo mientras continuaba acercándose.

-¡Ja! ¡Ja! Vas muy rápido chico –dijo mirándole amenazadoramente.

-Es inútil que ahora te niegues. Ya te he encontrado.

-¿El señor de la luz dices? ¿Al que llaman hacedor?

-Sí, el mismo.

-Ya, ya... ¡El creador de todo! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! -se carcajeó abiertamente-. Dime, si tanto poder tiene tu señor ¿cómo es que permite las calamidades de nuestro mundo? –le preguntó.

Etham calló por un momento sin saber qué decir. Venía dispuesto a luchar contra Crotus, incluso a dar la vida por intentar acabar con su maldad, pero oír aquello le hacía dudar y sentía como perdía confianza, como perdía su fuerza.

-Dime muchacho… -insistió el engendro con una mueca sonriente en la boca.

-Tú lo has de saber, pero aun así te lo diré: No es nuestro cuerpo lo más importante, ¿cuándo un padre pone unas sandalias a su hijo acaso no le está protegiendo?

-Ja, Ja ¿Por qué me hablas ahora de sandalias? ¿Has perdido el juicio?

-Para muchos este mundo es solo un sueño que termina con la muerte y despierta en la realidad. Para otros es un ejercicio de entrenamiento de nuestras almas. Yo creo que ambos dicen la verdad, y así, cuando el niño rompa las sandalias, volverá a su padre si es que no se ha perdido alejándose demasiado de él. Es más importante cuidar la parte que sobrevive a la muerte y por esa razón me envía el hacedor –dijo Etham.

-Yo no tengo nada que ver con tus locuras. ¿Por qué vienes a mí?

-Tú dominas los espíritus de aquellos que han muerto sirviendo al mal y estás doblegando la libertad de los vivos.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Otra vez! Que yo sepa cuando uno se muere todo se acabó. ¿Quién te ha llenado la cabeza de cuentos?

-No me intentes engañar –repitió-. Te puedo sentir.

-Mira chico, yo he invadido esto lo mismo que otros lo invadieron antes que yo. En otras circunstancias mandaría a mis hombres matarte, pero dada la campaña en la que me veo envuelto, necesito mentes hábiles e imaginativas como la tuya. Así que estoy dispuesto a ofrecerte un lugar a mi lado. Por supuesto, si me sirves bien serás bien recompensado: poder, descanso, hembras y todo lo que tú me pidas te lo concederé.

-Yo solo sirvo a un señor. De nada me servirá todo lo que me ofreces allá donde voy –dijo Etham.

-Piii, piii, piii, piii... –se burló Crotus-. Es perder el tiempo...

Se levantó y descubrió su verdadera naturaleza. Con los dedos tendidos hacia el chico, torció la mueca y una fuerza descomunal empujó a Etham por los aires hasta la puerta de entrada. Quedó junto a Valhir tratando de despegarse de la piedra; apenas podían moverse y aunque Etham solo pensaba en contrarrestar el

ataque, nada podía hacer por no poder señalar su deseo con la mano. Valhir viendo que su amigo se quedaba sin respiración, dejó resbalar una parte de sí mismo que como un trozo de pasta deforme lentamente llegó al suelo. Entonces se activó el extraño resorte que abría las puertas y los dos rodaron fuera de la sala liberándose.

Etham se levantó todavía amoratado y con la ira brotando de sus ojos, entró alzando su mano derecha hacia el señor oscuro. Entonces fue cuando Valhir pudo ver el secreto de su poder. Del mismo cuerpo de Etham salieron formas flotando como nubes azules con rostros dibujados. Algunas tenían el contorno de personas con su propia indumentaria: militares armados con espadas, caballeros con sus lanzas, o simplemente cuerpos de cara bondadosa que se lanzaban hacia donde el enviado les indicaba.

Alrededor de Crotus aparecían emanaciones oscuras sin más seña que sus rostros de dolor difuminados en lo que parecía humo negro. Cuando los espíritus se encontraron en el centro de la sala, un poderoso estruendo hizo retumbar los cimientos del castillo. Las coloridas vidrieras reventaron hacia el exterior y un torbellino de viento sucio arrastró en círculos el escaso mobiliario por los aires.

Aunque la batalla se libraba entre el señor oscuro y el enviado, en realidad eran los espíritus los que luchaban, y uno a uno presentaban la pugna. No todos tenían la misma fuerza. Había algunos que a simple vista se veían mucho más poderosos y cuando se enfrentaban con sus contrarios enseguida los hacían desaparecer disipados en un soplo de aire. En cada encuentro la fuerza desencadenada movía los techos y las paredes, haciendo vibrar las juntas de las piedras. Polvorientas cascadas de arena caían desde lo alto y Valhir era empujado de un lado a otro sin apenas poder mantenerse en pie. Sin embargo, toda aquella vorágine no parecía afectar a Etham ni a Crotus, que lentamente se acercaron hasta plantarse el uno frente al otro.

El señor oscuro sostenía su báculo alargado con cuchillas mojadas en ponzoña y Etham llevaba desenvainada su espada.

-¡Déjalo! Sea como sea no tienes escapatoria –le gritó Etham-. Aunque hoy me venzas y muera, nada puedes hacer contra el señor de la luz.

-¿Quién lo dice? ¿Un mocoso que no me llega a la barbilla? Él se cree tan poderoso que no me ve digno como contrincante y me manda a un chiquillo en su nombre–dijo gritando él también, pues apenas se oían entre aquella ventolera.

-Está fuera de la esfera del universo y si viniera, tendría que romperla para entrar. Pero ese momento antes o después llegará y serás sometido. Déjalo ahora que puedes elegir. Es magnánimo y lo sabrá valorar –dijo el chico.

-Escucha bien porque por última vez te tenderé mi mano: si en el momento en que rompa la esfera somos suficientes, podremos luchar contra él. ¿De qué crees que está formado? De la misma esencia de estos espíritus que ves volar –dijo Crotus señalando alrededor-. Para mí es muy fácil corromper las almas y cada vez soy más poderoso; si tú te unes a mí, todos estos que traes contigo quedarán descabezados y vendrán también a mí. Y cuando por fin rompa la esfera acabaremos con él y podremos hacer cuanto deseemos. ¿Quieres crear un mundo solo para ti, para tu familia o tus amigos? ¡Hecho! Solo con chascar los dedos tus deseos se harán realidad.

-Veo que vivir sometido al tiempo ha limitado también tu entendimiento –dijo Etham, y su voz parecía salir desde la luz azul que surgía por el cuello de su camisa-. De la misma manera que una gota de agua dulce no puede desalar el mar, tampoco lo consigue todo el agua vertida por el río Therios. El tamaño del señor de la luz no tiene fin, pues donde él está no existe el tiempo, no hay un antes ni un después.

-¡Escucha! Él es preso de su bondad. Ha hecho este universo para daros la libertad de elegir. ¡De elegirle a él! ¡Valiente estupidez! Con cada alma que corrompo es su propia esencia la que consigo –gritó cogiendo un puñado de aire y llevándoselo a la nariz-. Pronto seré yo más grande y entonces acabaré dominándole. ¿O acaso crees que hago todo esto por divertirme?

-Sí… Supongo que en algo tendrás puestas tus esperanzas. Pero aunque así fuera, aunque tuviera por cierta la derrota de mi señor, nunca le abandonaría. Suya es mi lealtad.

-Está bien, seré entonces yo el que vaya a ti –comenzó a decir distraídamente cuando de pronto batió el báculo hacia Etham que en el último instante se agachó.

Se incorporó desequilibrado alzando su espada con el tiempo justo de protegerse de un nuevo golpe de Crotus. Chispas negras y azules saltaron entre un gran rugido apagado por el silbido de la ventisca.

Cuando Etham recuperó la posición, el señor oscuro le atacó con una nueva tanda de furiosos golpes. Al agarrar su báculo con ambas manos, lo movía con más fuerza de la que él podía resistir. El engendro golpeaba la espada de Etham y con el mismo impulso con el que su arma era rechazada la batía de nuevo desde el otro lado. Así una y otra vez, hasta que Etham se dio cuenta de su desventaja y retrocedió incapaz de detener por más veces el báculo.

Viéndolo Crotus se creció y avanzó con la ventaja que le daba la longitud del bastón. Lo hacía zigzaguear con impulso por delante de Etham, que solo podía caminar hacia atrás evitando la cercana punta envenenada.

Otra vez junto a la puerta, Crotus vio a Valhir que se encontraba en serios apuros tratando de no ser arrastrado por el viento. Con una sonrisa de desprecio perdió su mirada por detrás de Etham, hizo un extraño gesto y de nuevo se concentró en el enviado a quien le quedaba poco espacio por desandar.

Viendo las señas de su enemigo, Etham temió ser acorralado por detrás y en un vertiginoso movimiento, echó a rodar por el suelo justo después de pasar la punta ponzoñosa delante de sus narices. Crotus no logró corregir el impulso de su arma e indefenso ante la arriesgada maniobra, no pudo más que observar cómo la espada Edecán, surgida de la voltereta, acertaba a herirle en la pierna.

Cojeando se giró manteniendo ahora la distancia. El dolor le aguijoneaba en lo más profundo de su odio, que terminó por brotar en forma de ira. Usó el báculo para tratar de pincharle. Sin aprovechar el vaivén, se servía solo del impulso que imprimían sus brazos para tener el arma más controlada, pero manejándolo así perdió su ventaja, pues Etham era más rápido que él. Sus lances eran rechazados y en cada estocada tenía después que defenderse con la parte media del bastón del ataque de la espada Edecán. Ahora era él quien perdía terreno en cada acometida y utilizó a sus espíritus para defenderse, pero como estos no dañaban el cuerpo del enviado, les ordenó arrojarle bloques enteros de granito que arrancaban de las mismas paredes.

La primera piedra cayó desde arriba y Etham la pudo esquivar en el último momento gracias al grito de aviso de Valhir que desde la distancia observaba la pelea. Se hizo añicos a su lado y él palideció asustado pues no lo esperaba. Cuando reaccionó, lo primero que se le ocurrió fue replicar de la misma manera y mirando el trono de Crotus dirigió su mano izquierda hacia donde se encontraba y se lo lanzó. El siniestro trono de marfil se despedazó sobre el señor oscuro, que un instante antes se había cubierto de humo negro. Sus espíritus le protegieron del impacto. Aquello no hizo más que enfurecer todavía más al maligno señor que hizo traer su trono desde Vandoria. Alejándose de Etham levantó los dos brazos moviéndolos en círculos por encima de su cabeza. Entonces, el ambiente se oscureció y entre un gran estruendo varios bloques más fueron arrancados de las paredes que misteriosamente aún se mantenían en pie. Viéndolos venir, Etham, siguiendo el ejemplo de Crotus, se puso la mano en el pecho y quedó rodeado de una deslumbrante luz azul. Cuando las rocas cayeron sobre él, se deshicieron como si fueran de barro seco y no le hicieron daño alguno.

Continuaron la contienda ahora rodeados de sus espíritus. El aspecto de Crotus era más terrorífico que nunca envuelto en aquel humo negro. El resplandor de Etham daba algo de luz al ambiente y brillaba deslumbrantemente con cada ataque de su espada.

Mano a mano, Crotus seguía en desventaja y no hacía más que mirar alrededor buscando algún remedio a su situación. Entonces vio a su consejero Augur que miraba indolente la pelea junto a Valhir. Dirigió hacia ellos su pensamiento y una nube negra sujetó el cuerpo del ignita a la pared. Ávaron entonces, como si cumpliera órdenes dictadas por su amo, se acercó a Valhir y con una daga comenzó a separar pasta luminosa de su cuerpo.

El ignita chillaba con alaridos, mientras Ávaron disfrutaba con sadismo de su sufrimiento. Trozo a trozo su cuerpo iba apagándose y tomaba un color grisáceo parecido al humo de Crotus, que le rodeaba sujetándole.

-¡Nooo! ¡Aaaahhggg!

-¡Qué criatura tan nauseabunda! –decía el consejero mirando con desprecio la pasta de su cuchillo.

-¡Nooo! ¡Por favor!

-Tendrás que avisarme cuando estés muerto. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! –rió sin dejar de separar los trozos del ignita.

Etham trató de ayudarle mandando su luz azul, pero enseguida fue bloqueada por la oscuridad entablándose una nueva batalla en medio de la sala entre los espíritus.

El señor oscuro avanzó ahora aprovechando la distracción de su enemigo. Etham solo acertaba a parar los golpes, desconcentrado por los gritos de Valhir que le pedían ayuda desesperadamente.

Sin tiempo para salvar a su amigo y con Crotus acechándole perdió la calma propia de los mentales y dejó al descubierto su defensa. El báculo, cada vez más certero, le hacía retroceder y él era incapaz de recuperar su concentración. Cuando ya pensaba que nada podía ir peor, el señor oscuro extendió el humo que le rodeaba también a su arma, de manera que Etham no podía ver por dónde venía. Él sin embargo, sí veía desde su nube a Etham que seguía envuelto en la luz azul.

-¡Ja! ¡Ja! ¡La oscuridad siempre tiene ventaja! ¡Yo a ti sí te veeeoo…! –gritó burlándose y lanzó una nueva estocada.

Etham la desvió en el último momento y sin ninguna posibilidad echó a correr con su espada en la mano.

La nube le seguía y él podía sentirla, casi podía notar la punta de las cuchillas atravesando su cuerpo y los pelos del cogote se le erizaron esperándolas. Llegó a una esquina y sin escapatoria dio media vuelta con la espada en alto. El velo negro se detuvo frente a él. Cuando esperaba la punzada mortal, los gritos de Valhir cesaron. Miró hacia arriba por encima del humo esperando ver todavía el techo iluminado por el cuerpo de su amigo, pero allí no había nada.

Valhir había muerto.

Antaris entró en la sala del rey Kilaurin con el ceño fruncido. Allí se encontraban ya los oficiales drudios junto a los merintios que habían sido convocados para recibir instrucciones después de la batalla.

-¿Cuánto tiempo tardaríamos en reconstruir el muro exterior? -preguntó Kilaurin.

-Meses. Ha quedado muy dañado por el fuego -respondió Marlord.

-No tenemos tanto tiempo -interrumpió Antaris-. He visto el grueso del ejército excretor de camino hacia aquí y me temo que apenas hemos luchado con una avanzadilla. Debieron salir de Arcontia tras emboscar a las tropas del comandante Hergues.

-¿Cuándo llegarán?

-Esta noche, quizá mañana como muy tarde. Ignoro por qué no se han agrupado con los que venían de Dur-Barak para atacarnos -respondió Antaris.

-Quizá daban la batalla por ganada y no querían compartir la victoria -dijo Marlord.

-Sea como sea, estos son diez veces más que los anteriores y entonces ya tocábamos a diez cada uno -dijo Antaris-.

-Y llegan mucho antes de lo que pensábamos -dijo Kilaurin.

Los oficiales le miraron en silencio. Esperaban sus órdenes conscientes de que estaba todo perdido.

-No podemos huir. Con los heridos, los niños y los ancianos no iríamos muy lejos; encontraríamos la muerte en campo abierto. Además, tampoco tenemos dónde -dijo el rey con la cara desencajada-. Caballeros ha llegado el momento de dar la vida en la lucha contra el mal. Más vale morir luchando que víctima de sus torturas.

Por la tarde dieron la noticia a la población y a la tropa; Kilaurin no quiso ocultarles el aciago destino que les esperaba. Incluso abrió las puertas de la ciudadela para que aquel que lo deseara huyera, seguro de que contar con los desertores no iba a cambiar el resultado de la batalla.

El primero en salir, un soldado drudio de caballería, lo hizo al galope forzando su montura; sin mirar atrás por vergüenza, a punto estuvo de pasar las ruinas de la ciudad exterior, pero de la penumbra de la tarde surgieron dos grandes garras de un advento, que cogiéndolo de la cabeza lo separaron del caballo. Los alaridos del drudio hicieron desistir a los que como él pensaban escapar. Su cuerpo cayó decapitado levantando un montón de cenizas.

Sin perder más tiempo y a la vista de los adventos, los caballeros de la orden sagrada y las tropas del conde de Tirhum, que habían acudido a la llamada de Antaris, se preparaban tras el portón para salir a campo abierto donde lucharían con más movilidad. Los arqueros se distribuyeron por el muro de la ciudadela y a los ancianos y a los niños los subieron a la gran torre, justo por debajo del salón del rey.

-Majestad, ya se han cumplido vuestras órdenes -le dijo Marlord al rey.

-Gracias General. ¿Está lista también la leche? -preguntó Kilaurin.

-Todo como ordenó. He dado instrucciones precisas a Glodimil, el ama superiora, al respecto -le respondió.

-¿La leche? -preguntó Antaris.

-Puedes irte -le dijo a su general, pero no contestó al Augur y se retiró al balcón.

El anciano le siguió.

-¿Qué es eso de la leche? -preguntó con curiosidad.

-He dado órdenes de envenenar a los niños cuando pasen los muros -respondió mirando al suelo.

Antaris se quedó callado mirándole con cara de perplejidad.

-No me mires así -le dijo-. Ya sabes lo que hacen con los que capturan vivos y los niños no pelearán. No morirán en la lucha.

-Comprendo -contestó apesadumbrado apoyando la frente en su báculo.

-Comprendes, pero me miras como a una de esas bestias. ¿Por qué crees que quise hacerles frente aquí y no a campo abierto? Porque aquí es más difícil que no capturen a nadie. Ellos no hacen distinciones entre hombres, mujeres o niños. ¡Niños! ¡Les da igual su edad: meses, dos, tres, cinco años! ¡Les da igual! Te lo aseguro, es mejor vivir una sola muerte que desear cien veces que te maten entre los sufrimientos de la tortura -le dijo exaltado el joven rey intentando justificarse.

Una gran línea de antorchas, que ocupaba cuanto alcanzaba a verse desde el balcón, iluminó los ojos de Kilaurin. Los excretores fueron llegando durante toda la noche y se agruparon rodeando la ciudad.

De madrugada, comenzó la temida batalla. Avanzaron la maquinaria de guerra: un robusto ariete llevado entre varios troles y diez torreones de asalto tan altos como los muros de la ciudadela. Los caballeros de la orden sagrada comandados por Hergues y la caballería del conde de Tirhum, salieron intentando eliminar las torres en un ataque por sorpresa pero enseguida quedaron de nuevo ocultas

entre las tropas que se adelantaron para protegerlas. En su lugar fueron ellos los sorprendidos, pues de detrás de los torreones aparecieron columnas de caballería enemiga que repelieron el ataque.

La desventaja era brutal y tuvieron que replegarse entre las cañas. Sin saberlo se habían metido en una trampa; enseguida fueron cercados por varios troles con enormes arcos que utilizaban saetas, del tamaño de lanzas drudias, impregnadas en aceite ardiendo. Allá por donde pasaban incendiaban la vegetación, creando líneas de fuego que aun en terreno pantanoso se propagaban avanzando por su parte superior.

En la ciudadela pronto se quedaron sin flechas y solo esperaban resguardados el momento en que derribaran la puerta o simplemente los troles desmontaran piedra a piedra los muros, ya medio destruidos por las catapultas. Alrededor había una jauría de bestias ansiosas por alcanzar si quiera una parte de alguna víctima antes de que lo hiciera ningún otro compañero de batalla. Sabían que no tocarían a mucho y se amontonaban abalanzándose sobre las líneas más próximas a la fortificación, formando una marea interminable.

Las amas de cría estuvieron observando vigilantes desde los ventanales de la torre hasta que uno de los troles saltó por encima del muro. Entonces, comenzaron a llenar los cuencos de la leche envenenada.

Poco después, los excretores habían rebasado las defensas de la ciudadela y los soldados desbordados, se defendían en el interior. La leche envenenada esperaba la orden de Glodimil, para ser ofrecida a los niños, que asustados por el fragor de la batalla se hacinaban en el centro de los salones con el miedo reflejado en sus rostros. El ama Glodimil, una señora gordinflona que pasaba los cuarenta años, tenía inequívocas instrucciones de envenenarlos al llegar el enemigo al interior de la ciudadela, pero le era muy difícil matar a aquellos a los que había consagrado su vida. Asomada al ventanal, con lágrimas en los ojos, vigilaba la entrada del edificio pues sabía que ya no lo podría retrasar más. Si entraban tendría que dar la orden.

En lo más alto de la torre, Kilaurin miraba desolado junto a Antaris toda aquella muchedumbre.

-Nada ya se puede hacer –dijo el joven rey mirando su espada-. ¿Querrás darme tú una muerte rápida?

Antaris no le contestó.

-La religión damniana no permite el suicidio -continuó.

-La mía además no me permite matarte –dijo el Augur.

-Bueno, tal y como está todo, supongo que esto no se consideraría un suicidio –dijo empuñando su espada.

-Espera. No lo hagas. La vida es demasiado preciosa como para perder un solo instante –le dijo el anciano.

-¿Acaso tengo que ver cómo devoran mis propias tripas? Mira -dijo señalando un grupo de troles que se adentraba hacia la torre-. Vienen a por mí. Estoy seguro de que tendrán una recompensa por capturarme con vida. No. Sé que conmigo serán especialmente crueles.

Volvió la punta sobre su abdomen y apoyó la empuñadura contra una pared.

-No lo hagas...

-Antaris, déjame solo mis últimos momentos. Mi vida ha sido privilegiada. Dentro de la realeza la he disfrutado tanto como he podido. Ahora ha llegado el momento de morir. Vete, ya están llegando -dijo.

El rey alcanzó a escuchar un grito de desesperación de Glodimil:

-¡Está bien dárselo! ¡Dárselo! –gritó entre llantos.

Capítulo 10

Un Nuevo Camino

Etham no podía creerlo; la alegre vitalidad de Valhir extinguida para siempre. Por un momento el chico se detuvo confundido rodeado por el ruido que los cascotes de la sala del consejo hacían al caer sobre el suelo. De nuevo se sintió solo. Solo frente al responsable de toda aquella maldad que arrastraba al mundo, frente al causante del tortuoso transcurso de su vida. Un profundo sentimiento de rabia le invadió y el más oscuro de sus ojos comenzó a dolerle como si hubieran clavado en él un aguijón. El agudo dolor se extendió por la cabeza y mareado creyó que perdería el juicio. Arrebatado por la ira alzó su mano y cientos de luces azules salieron a un tiempo de su boca mientras gritaba con violencia; el suelo temblaba y la misma muerte parecía llamar a todo el que oía su desgarradora exhalación. Uno a uno los espíritus oscuros desaparecieron en la nada obedeciendo su poder para finalmente dejar a la vista a Crotus. Sin dejar de gritar se abalanzó sobre él y apartó de un espadazo el báculo que sin mucha confianza había puesto entremedias. Le agarró del cuello y poniéndole la punta de la espada Edecán en el estómago comenzó a apretar cuando la anciana cabeza del engendro le habló.

-Mi señor, ten misericordia de mí –dijo una voz decrépita que no era la misma con la que hablaba antes.

Etham quedó por un momento desconcertado y dejó de apretar sin apartar su arma. Entonces una figura de humo con forma humana se desdobló de Crotus. Manteniendo las mismas piernas, ahora el engendro parecía tener dos cuerpos: uno decrépito y el otro de humo negro.

La cabeza oscura habló esta vez con la voz que Etham ya conocía.

-Da igual que ensartes a este asqueroso viejo. Yo me iré al cuerpo de otro. ¿Qué tal al de mi consejero? Quizá sea más hábil con las armas. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! –rio grotescamente mientras el anciano gemía-. Ya te dije que me era muy fácil corromperos. Adelante ¡Mátalo!

Etham miró la cara de miedo del anciano y entonces recordó las palabras del Lur-Hrimm, el espíritu del bosque.

Solo el amor puede cambiar la naturaleza del mal.

Entonces supo que ese era el momento para el que había sido enviado y entendió las profecías. Se veía en la situación que tanto había temido, de dar su vida por aquellos que quería. Si mataba el cuerpo del anciano, nada habría conseguido pues la influencia del señor oscuro seguiría mandando sobre sus tropas allá en Irdham y el mundo seguiría condenado. Miró de nuevo al anciano y se compadeció de él. Dejando caer su espada, aproximó su cuerpo hasta unirlo con fuerza al de Crotus y los núcleos de las piedras maestras se tocaron.

El viento de pronto cesó, desapareció junto a su dolor de cabeza, se escucharon algunos objetos caer y un silencio absoluto inundó el castillo.

El anciano sonrió descansado y miró a su libertador con ojos de gratitud. Levantó la mano para acariciar la cabeza del chico, pero algo en su rostro cambió. Volvía a mostrar el mismo terror que le hizo suplicar clemencia cuando estaba junto a la sombra del mal, pero esta vez pensaba en su estómago donde dirigió la mirada.

Desde la unión de las piedras Edecán de sus cuerpos, surgió una esfera con colores negros y azulados mezclados como líquidos distintos, que comenzó a crecer envolviendo a los dos, mientras los muros de la torre se combaban hacia el interior. La arena ahora caía como lluvia y Ávaron salió corriendo despavorido.

Los colores seguían su continuo movimiento en pugna por conseguir el predominio cuando, finalmente, el negro se volvió a separar en otra esfera, que dentro de la primera se hizo más y más pequeña. Cuando desapareció, una terrible fuerza absorbió los muros del castillo y solo los de la sala del consejo se mantuvieron en pie sujetos por la fuerza de la esfera azul.

La torre triangular se desmoronó estrepitosamente cuando el consejero Ávaron cruzaba el umbral de la puerta. Las rocas cayeron absorbidas hacia dentro, por lo que ninguna alcanzó al consejero que se había quedado petrificado con los hombros encogidos junto al, ahora, desnudo arco de piedra que guardaba la entrada. Viéndose libre de la muerte comenzó a reírse histéricamente.

-Ja… Ja, Ja, Ja… Muertos… muertos todos… Ja… Ja… –reía cuando la clave del arco cedió y con ella el resto de las dovelas.

A contrapié, giró sobre su pierna y corrió, pero uno de los dos pilares cayó sobre su espalda dejándolo inmovilizado bocabajo sobre el suelo. Con un terrible dolor en el cuello, intentó librarse del peso que le retenía cuando se dio cuenta de que no podía mover las piernas. Intentó entonces mover los brazos que no estaban sujetos por piedra alguna, pero tampoco podía.

-¡Nooooooo! –gritó al suelo que le devolvió con fuerza la desesperación de su alarido.

La esfera azul continuó creciendo y llegó hasta el cuerpo de Valhir que, al entrar en contacto con ella, retomó su color con una intensidad como jamás antes la había tenido. Unidos por la superficie de la esfera, los trozos del ignita se fundieron para tomar su forma habitual.

Todo cuanto tocaba el imparable halo azul quedaba limpio del poder oscuro. Las nubes por encima del castillo se disolvieron al instante y lució un cálido sol sobre la ciudad. Los adventos y los excretores perdían su apariencia y confusos se miraban sus cuerpos libres de protuberancias.

Al sur, pasó por el bosque del molino, donde Lur-Hrimm lo recibió con regocijo.

-¡Lo conseguiste! –gritó al cielo haciendo vibrar al mismo tiempo las hojas de cada uno de los árboles.

La cara de Eonna se tornó sonrosada y abrió sus brillantes ojos rebosantes de vida. Su cuerpo ahora parecía haber recuperado su atlética figura y con lágrimas en los ojos comenzó a reír abiertamente, sin saber por qué.

Al norte, los valles excavados en la búsqueda del mineral negro y los lugares por donde este había pasado, se cubrieron con mantos de hierba y coloridas flores. Incluso las estériles tierras de Vandoria quedaron colmadas por la vida de la vegetación.

Al este, los gigantes recuperaron su libertad que como niños comenzaron a disfrutar sin tiempo que perder y sin mirar atrás.

Por el oeste, la tierra de los arcontes perdió su maldición y con ella desapareció la esclavitud de sus habitantes. Los páramos cenagosos se consolidaron para formar fértiles tierras que darían de comer a toda aquella necesitada población.

Pero en Irdham la tragedia había comenzado ya. Sin esperanza alguna solo encontraron una manera de escapar de la tortura. Perder la vida en la batalla o aun por sus propias manos.

-Si vas a morir, hazlo tal y como has vivido: como un rey. No huyas ahora detrás de una muerte miserable ensartado por una pared -le dijo Antaris a Kilaurin.

El anciano le hablaba como lo hacía su padre y el joven terminó por derrumbarse. Dejó caer la espada y se echó a gimotear sobre el hombro del Augur. Enseguida recobró la compostura y con lágrimas en los ojos, se apoyó en la balaustrada del balcón.

Con la vista en el horizonte creyó ver un destello azulado que cubría el cielo. Guiñó un poco los ojos para protegerse del sol y observar con más claridad, cuando sintió una oleada fresca en la cara que por un momento le dejó sin respiración. El pelo empujado hacia atrás cayó de nuevo sobre sus hombros y de pronto se encontró mejor

que nunca.

-¿Qué magia has hecho brujo que tan bien me ha sentado? -le preguntó volviéndose Kilaurin.

-Te aseguro que no he hecho nada -le contestó con la cara iluminada y la barba más blanca que antes-. Espera -dijo apresurándose a salir al balcón para mirar abajo.

Los excretores con su apariencia cambiada se miraban unos a otros. Como si hubieran olvidado para qué estaban allí, se fueron dispersando poco a poco. El aspecto de los troles también cambió. Ahora parecían gigantes poco desarrollados y, si bien su cara seguía sin mostrar destellos de gran inteligencia, al menos todo rastro de ira desapareció con la luz azul.

El fuego del cañaveral se extinguió como si hubieran derramado agua sobre sus llamas, y los habitantes de Irdham junto a las tropas aliadas pudieron sentir el impacto de la onda. Glodimil reaccionó en un instante y moviendo con extrema agilidad su rollizo cuerpo fue de un lado a otro, dando manotazos y patadas a los cuencos a la vez que gritaba con alaridos:

-¡Deteneros! ¡Deteneros!

De la peor desesperación cercana a una cruenta muerte, pasaron en un instante a desear gritar el impulso que en sus pechos nacía del anhelo de vivir, y, como si hubieran perdido la razón, los unos galopaban riendo entre los ahora desarmados arcontes y los otros se abrazaban entre sí.

Pero la embriaguez de emociones pronto se tornó en ansias por saber más sobre el prodigio que había producido la catarsis; Antaris y Kilaurin concluyeron, sin apenas hablarse, que debían ir a Dur-Barak en busca del enviado.

Un gran destacamento formado por los jinetes sagrados, junto a las caballerías de los ejércitos regulares de Merintia y de Drudia partió liderado por Antaris y Kilaurin. Sin hacer ningún preparativo, los soldados emprendieron el viaje alimentados por el sentimiento de lealtad hacia esa enorme fuerza que acabó con su sufrimiento y que ellos mismos pudieron sentir.

Con su enérgico galopar, los caballos levantaban las piedras de los caminos por donde pasaban. Al atravesar las aldeas se encontraban a gentes que en vano les recibían con lágrimas en los ojos, creyéndoles sus libertadores y la única causa de aquel fenómeno que todo el mundo recorrió. Pero ellos no se detenían, al contrario, cuanto más veían, más ansiosos se mostraban por conocer el origen de lo ocurrido. Y aún los aldeanos que se podían hacer con una montura, abandonaban lo poco que la guerra les había dejado para unirse a la columna en busca de alguna razón que explicara aquella maravilla que cambió para siempre sus vidas.

El ejército pronto se convirtió en toda una población que se movía hacia Dur-Barak. Cuando hacían alguna parada para abrevar a los caballos y darles descanso, la inquietud se apoderaba de ellos y no tardaban en volver a ponerse en marcha.

Al despertar Valhir, ya no estaba la luz azul de la esfera que le devolvió la vida. Se levantó con lentitud algo desorientado, aunque lo recordaba todo perfectamente. Sobre el suelo del consejo había arena, piedras, cristales rotos y muebles despedazados, como si un huracán se hubiera ensañado con la solemne estancia. El ignita avanzó con dificultad entre los escombros hasta llegar al cuerpo de Etham que yacía inerte.

-¡Etham! ¡Etham! –le llamó.

Lo puso entre sus brazos y palmeó sus mejillas, pero el chico no despertaba y él no sentía su energía. Colocó su oreja sobre su pecho, pero no escuchó el latido de su corazón.

-Lo siento, no te he sido de ninguna ayuda.

Lo levantó y lo sacó de la sala. De toda la torre solo había quedado en pie el consejo y la planta de abajo que lo sustentaba. Las escaleras también se habían derrumbado, pero en su lugar había una montaña de ruinas de las que se sirvió para bajar. Llegó a lo que antes era el portón de la torre donde se encontraba Ávaron tendido bocabajo.

-¿Quién eres? –preguntó al escuchar los pasos del ignita-. Mi señor Crotus, libérame de esta roca que me aprisiona.

-Te equivocas. Tu señor ha muerto, al igual que el mío.

-¿Tú? –le preguntó mirándole a sus luminosos pies- No puede ser ¡Yo te maté! ¡Te despedacé con mis propias manos! ¡Ja! ¡Ja! ¿Acaso has vuelto de entre los muertos para aumentar mi suplicio? ¡Ja! ¡Ja!–le gritó el Augur entre risas de locura.

-Te vuelves a equivocar. Esta es parte de tu recompensa, no seré yo el que te atormente –le dijo Valhir empujando con la pierna el bloque que oprimía a Ávaron.

La roca cayó a un lado.

-Quítame entonces este peso que me inmoviliza –dijo incapaz de sentir la descarga de la losa.

-Nada puedo hacer ya por ti –le contestó el ignita y continuó alejándose.

-¡Nooo! ¡Quítamelo! ¡Quítamelo! –repetía sin cesar.

Valhir deambulaba por las desiertas calles de la ciudad con su amigo en brazos sin saber bien qué hacer con su cuerpo, cuando a lo lejos vio levantarse el majestuoso castillo del rey. Le pareció el

mejor sitio para él y lentamente fue caminando hacia allí.

Al llegar no encontró ningún impedimento para entrar; los arcontes se habían marchado, pues aunque habían dejado de ser excretores, parecían conscientes de sus acciones y huyeron de los ojos de los merintios. Recorrió las galerías, apático y sin ninguna prisa fue mirando habitación por habitación en busca de un lugar digno para Etham.

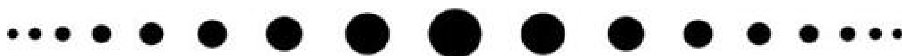
Dio con el dormitorio real y lo dejó suavemente en la cama con la cabeza apoyada en el mullido almohadón. Le colocó las manos una encima de la otra sobre su pecho y se sentó en el suelo a los pies de su señor.

Allí permaneció durante días esperando que el enviado despertara como le ocurrió a él. La tristeza llenaba su corazón y no encontraba ningún sitio mejor para estar que junto al cuerpo de Etham.

Cuando llegaron primero los miembros de la expedición y después los ejércitos guiados por Antaris y Kilaurin seguidos de toda una muchedumbre, encontraron a Valhir allí mismo, sentado en el suelo junto a la cama.

Inexplicablemente el cadáver no presentaba señales de corrupción y el ignita supuso que sería por la energía azul de su propio cuerpo, que actuaba en el de Etham, porque indudablemente estaba muerto aunque no quisiera creerlo.

Y así era, porque cuando la energía azul y la oscura se tocaron, Etham sintió una enorme fuerza que le succionó sacándole de su propio cuerpo hacia la oscuridad.



Pasaron varios días en los que pensó estar muerto pues nada podía ver, ni oír, ni oler, aunque era consciente del tiempo que transcurría. Entonces escuchó por fin la voz grave del afable anciano, que ya conocía de haberla escuchado antes.

-Bien hecho chico.

-Anciano, que alegría me da oír tu voz. Llevo tanto tiempo sin sentir nada... –dijo el chico realmente contento de romper el silencio.

-Han sido solo unos días.

-Para mí han pasado como meses.

-Escucha Etham: tu tarea ha terminado. Debes venir hacia el umbral del tiempo, donde yo me encuentro.

-¿Entonces es verdad que me he muerto?

-Tu cuerpo ha perdido la vida, si es lo que me preguntas.

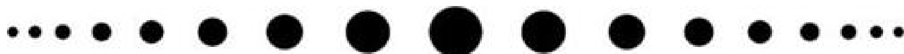
-¿Y no puedo despedirme de mis amigos?

-Ellos te recordarán para siempre. Ya has hecho bastante por

aliviar sus vidas –le contestó el anciano.

-Por favor. Me he ido tan repentinamente... A pesar de hacerlo voluntariamente siempre quedan cosas que decir.

-Está bien Etham, nada te puedo negar a ti –contestó tras un breve silencio.



Abrió los ojos y se encontró en la cama rodeado por Antaris, Kilaurin, Leratham, Murghos, y Erick. Bentor y Jhorim estaban cuchicheando algo a Valhir, que de espaldas miraba por la ventana.

-¿Es que ni siquiera en mi velatorio os vais a callar? –dijo él con voz hueca con intención de asustarles.

La primera conmoción dio paso a un alboroto desordenado. Los ocho querían hablar al mismo tiempo acercándose a tocar al muchacho como si no creyeran lo que sus ojos veían. Leratham se secaba las lágrimas que profusamente había derramado.

-Esperad –dijo Etham interrumpiéndoles-. No tengo mucho tiempo. El señor de la luz me ha concedido despedirme de vosotros antes de partir.

De nuevo no acertaron a ponerse de acuerdo para hablar pidiéndole explicaciones, hasta que Antaris hizo valer su autoridad dando un golpe con su bastón en el suelo.

-Os ruego silencio o no nos entenderemos –dijo-. ¿Es que has vuelto de la muerte para despedirte? –le preguntó- ¿Acaso no sabes lo que has organizado aquí? Hay una multitud en las calles de Dur-Barak solo para ver tu cuerpo muerto. Los drudios se mueven pacíficamente entre nosotros. Hay gigantes, con merintios, gentes de la nación Augur, algún arconte... Todas las razas viven ahora en paz gracias a ti y buscan al creador de esta nueva era, a alguien que les guíe en la reconstrucción del mundo.

-Yo no soy el que buscan. Yo solo soy un enviado y ya he terminado la tarea que se me encomendó. Ahora tendréis que seguir vosotros solos. Tú, Antaris, deberás ser ese guía que tanto necesitan. Restablece la orden sagrada y preserva las piedras Edecán escondidas en reliquias. Todas, salvo una, que guardará Valhir, rey de los ignitas.

<Cuando luché contra Crotus y me hice uno con él, pude sentir un odio absoluto e incondicional antes desconocido por mí. Por eso ahora sé que el mal nunca dejará de atacaros, pues este aunque hoy está vencido, continuará sobre el mundo como elección libre de los hombres. Quizá no presente guerra abierta y ahora se vea obligado a respetar vuestra libertad, pero siempre estará ahí tratando de seduciros para formar un nuevo ejército con las almas que corrompa.

De todas formas, ahora el núcleo azul se encuentra disperso entre vosotros. Sabed que el núcleo es una fuerza espiritual y buscará en cada uno una fortaleza desde la que luchar contra la oscuridad,

pues la batalla entre el bien y el mal se decide en la elección de los vivos. Si no sois dignos de recibir la esencia azul, no tendréis su ayuda en esta lucha pues, aun siendo esencia, tiene libre voluntad y no le gusta perder; y así buscará entre vosotros las mejores fortalezas como vínculos de este mundo. Además, si andáis enturbiados con esencias oscuras tampoco entrará. Cuidad vuestro interior.

Kilaurin, recuerda a tus súbditos que el amor emana del señor de la luz pero el odio de la más profunda oscuridad. Sé que son pocos entre ellos los que se mueven por el odio, pero vosotros los consentís.

Antaris, la orden deberá permanecer siempre vigilante para que no vuelva a comenzar todo. Deberéis transmitir a las futuras generaciones este peligro del que os estoy advirtiendo, pues el día en que no sepan distinguir la tentación del poder oscuro, estará todo perdido. Dejad vuestras luchas internas y corrupciones; de ellas se alimentan más que de ningún otro mal las tinieblas. >

-Así se hará. Jamás volverá a llegar otro Daltus al consejo –le contestó el Augur.

-Leratham, no llores más. Allá donde voy no me espera la muerte. Debes estar contenta por mí –le dijo a la chica.

-¿Por qué no deja que te quedes entre nosotros? Te lo mereces después de todo. ¡Eso! Pídeselo como recompensa por acabar con el señor oscuro –dijo ella inquieta viendo que perdía para siempre a aquel a quién, muy a su pesar, todavía amaba.

-No, Leratham. Él me ha dado la existencia, no hay mayor recompensa que esa.

-Bentor, ¿qué vas a hacer ahora que me voy? –le preguntó Etham.

-No lo sé –dijo gimoteando el grandullón.

-Descuida, tu corazón es noble y sincero. No te faltarán tareas en las que ayudar fuera de la panadería de tu padre–le dijo mirando a Antaris.

-Tú no me echarás de menos, pues no hace tanto que nos conocemos, pero para mí estos últimos días han sido más intensos que buena parte de mi vida –dijo mirando a Valhir.

-Para mí también. Te equivocas cuando dices eso. Ni yo ni mi pueblo te olvidaremos jamás –dijo el rey ignita.

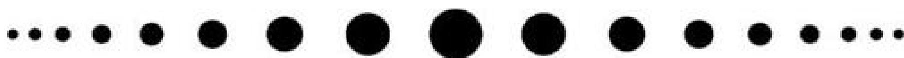
-Te aseguro que nadie te olvidará. Se cantarán tus hazañas y se escribirán libros enteros sobre ti –dijo el rey drudio.

-A todos os quiero agradecer la confianza que habéis puesto en mí. En ocasiones ni yo mismo me veía capaz de enfrentarme a Crotus y vosotros siempre estuvisteis ahí, apoyándome –hizo una pausa y se volvió a colocar los brazos sobre el pecho, tal y como le había puesto Valhir-. Ahora debo irme –dijo sonriendo mientras

cerraba los ojos.

-¡Espera! –gritó Leratham.

Pero él solo levantó las cejas manteniendo su sonrisa y los ojos cerrados.



Capítulo 10

Etham sintió como se elevaba poco a poco. Dejó el lecho y a los que estaban alrededor, por debajo de él. Miró y se vio allí tumbado, como dormido. Sí, quizá estaría soñando de nuevo, pensó, pues él esperaba volver a la oscuridad para hablar con el anciano. Desde lo alto podía ver a Leratham de rodillas junto a él llorando. Quiso bajar para acercarse a ella y consolarla otra vez, pero no pudo. El ascenso aunque lento, era imparable. Miró hacia arriba temiendo tropezarse con el techo. Cuando casi lo tocaba con las narices, instintivamente fue a echar los brazos pero no pudo y para su asombro, lo atravesó como si fuera aire.

Se miró buscando su cuerpo y no vio nada. Él se sentía entero, como siempre. Ahora más que nunca notaba un hormigueo en el estómago que se acentuaba conforme subía por las alturas y sin embargo no se veía a sí mismo. Sí, debía ser un sueño, pues ¿cómo si no podría ver sin ojos o sentir sin el cuerpo? Confiado, decidió relajarse y disfrutar del paisaje.

Ya por las alturas echó un vistazo abajo. Vio la tierra que antes pisaba colocada como un trozo de pastel. La ciudad de Dur-Barak apenas ocupaba una mancha. Mucho más al norte, pudo distinguir la cordillera de Vandoria y al sur el abismo de Vandhur, como un gran agujero en la tierra. Miró ahora hacia el confín y pudo ver el horizonte curvado en una línea azulada que se fundía en la oscuridad.

Cuando pasó a las más negras alturas, más y más arriba, vio el pequeño pastel rodeado de azul mar, dentro de una esfera perfecta rodeada de oscuridad. Miró a su derecha y vio la luna blanca luciendo más intensamente que nunca.

Etham seguía alejándose cada vez más rápido. Dejó atrás el enorme planeta Tritón, que días atrás vio tan pequeño con el artilugio de Kilaurin. Pasó cerca del sol, majestuoso en su inmensidad, ahora podía mirarlo sin deslumbrarse, sin sentir su calor.

Con cada nueva estrella que veía, quedaba más maravillado y fascinado. Empequeñecido ante la grandiosidad de todo a su alrededor siguió su viaje ansioso por no perder detalle de lo que le rodeaba.

Llegó un momento en que los planetas y las estrellas se sucedían a tal velocidad que apenas los podía distinguir y después solo vio oscuridad. Hizo un gesto para abrir bien los ojos aunque pensó en

que quizá ya no los tenía. Por más que miraba, aquella negrura se mantenía, pero él de alguna manera sentía que su vertiginoso viaje continuaba.

De pronto se encontró solo. Él... la oscuridad... y el tiempo...

Se completó un día entero, pero a Etham en su soledad le parecieron muchos más. Cuando el fulgor de algunas estrellas rellenó de nuevo su visión, emocionado comprobó que efectivamente el viaje no había terminado.

Pudo ver cómo su veloz movimiento continuaba, pero esta vez lo hacía acompañando a las estrellas que se movían con él. Como si estuviera viendo el horizonte curvado de Merintia, ahora veía un horizonte formado por las estrellas y más allá un vacío a rellenar por ellas. Estaba en el confín del universo.

Un universo que estaba en expansión. Para Etham todo aquello era nuevo. Nuevo y maravilloso. Él siempre había visto las estrellas desde el suelo y siempre, salvo alguna estrella fugaz, las había visto bien quietas.

Pero, si realmente estaba en el límite del universo y este estaba en expansión, ¿qué había más allá? Si cada momento el universo era más grande ¿qué lugar estaba rellenando? Pensó en lo que veía y trató de imaginarse el cosmos cientos de años atrás y, viendo que debía ser mucho más pequeño, se preguntó si sería cierto lo dicho por los monjes ¿Quizá todos los mundos estuvieran contenidos por el tiempo y allá afuera estaba el creador? Se aproximó y vio un círculo oscuro. Quiso entrar, acercarse más al agujero negro. Empezó a sentir una extraña sensación de tranquilidad y de pronto, todo movimiento cesó.

-Quieto ahí pececillo. No salgas de la pecera –dijo una voz grave.

-¿Eres tú mi Señor? –le preguntó.

-Sí Etham, soy yo.

-Esto no es un sueño… ¿Es que ya he muerto?

-Ja, Ja ¿Qué son los sueños para ti Etham?

-Los sueños no son reales. Se acaban con el nuevo día.

-Y la vida que has vivido. ¿No se acaba también?

-Sí. Antes o después.

-Etham, cuando se acaba lo que tú llamas vida, empieza una nueva realidad igual que al despertar de un sueño.

-Sí, entiendo, pero es tan difícil de imaginar... Una vez muerto el cuerpo, se pudre y ya no se puede usar.

-Sabes cuál es la utilidad de los barcos, ¿verdad?

-Sí, claro. Viajar sobre el mar –contestó.

-Así es, sin el barco te hundirías y morirías… Bien, pues

vosotros cuando erais mis deseos, estabais llenos de mi magia y eso os hacía flotar junto a mí. Cuando me traicionasteis y escuchasteis a Bluzel os vaciasteis y caísteis, pues ya no flotabais. ¿Recuerdas lo que hablamos en el monasterio de los cenobitas?

-Sí… Más o menos…

-Bien pues vuestras vainas, esa libertad que envolvía mi esencia seguiría cayendo si yo no hubiera puesto los barcos para sujetaros, vuestros cuerpos.

-Entonces ya no servirán para nada, si recuperamos esa magia…

-Ay, pequeño Etham… no es tan sencillo.

<Al traicionarme, esas vainas quedaron desgarradas de manera que la esencia se escapó, y después siguieron rotas.

Con la traición dejasteis de ser mis deseos y aunque os colocara en cuerpos continuabais sin serlo, pues yo nunca os pensé como traidores amarrados a un cuerpo.>

-¿Y entonces? ¿Para qué todo esto? ¿No podemos volver a ser lo que fuimos? –preguntó Etham decepcionado.

-Entonces todo lo rehíce con vosotros. ¿Recuerdas el cuento de las polillas de Solbelia?

<El primer deseo que tuve, en su libertad no cambió nada mi esencia. Y gracias a este, tuve otros deseos que sí cambiaron ligeramente la magia. Solo este deseo tiene mi esencia o mi luz igual a la mía.

Allá donde caísteis yo ya no podía llegar, pues no estabais en mí y solo como mis deseos antes podíais vivir en mi mente; yo no puedo salir de mí mismo. Pero el primero de los deseos, aquel que fue creado como vosotros, pero que mantuvo su luz o esencia igual a la mía, sí podía llegar donde estabais y vivir sujeto a un cuerpo también, aun sin necesitarlo. Cuando lo hizo puso a vuestro alcance mi esencia de nuevo, pero de nada habría servido pues seguíais sin ser mis deseos, así que lo que hizo entonces este, mi primer deseo, fue sufrir una prueba de amor tan extrema, que convirtió al hombre en mi deseo, lo convirtió en amor. Gracias a él sois ahora también mis deseos en esta nueva naturaleza con cuerpo, pues él hizo al hombre amor en su cuerpo, y mi esencia, mi magia, esa que querría aplastar Bluzel, tan solo es amor.

Claro que ya no sois ese deseo original, sois otro deseo distinto que se llama hombre, pero también en vosotros ahora puede habitar mi esencia. Como tales aun después de muertos, cuando abra la frontera del tiempo, habréis de vivir con cuerpos, aunque estos no se pudrirán nunca.>

-¿Me darás entonces mi nuevo cuerpo? ¿Dónde debo ir? –preguntó Etham vacilante.

-Etham a ti te reservo algo especial.

-¿A mí? ¿El qué?

-Verás, los que en su vida del mundo eligieron el mal, continuaron vacíos de mí y corruptos. Esto es algo que sabía iba a pasar. Una vez liberados estos seres de sus cuerpos, sin ser atraídos por mí caen a lo más profundo del universo junto a los primeros sayones, aquellos que odiaron mi esencia y siguieron a Bluzel antes del tiempo. El problema, es que los sayones han utilizado las vainas de estos para formar estructuras de poderosas fuerzas maléficas, materializarse y corromper a mis criaturas, como ha pasado en Merintia con el señor oscuro, del que has dado buena cuenta.

-¿Y qué puedo hacer yo? Si tú eres el creador y eres todopoderoso ¿Por qué no acabas tú con el mal?

-Ya te lo expliqué una vez, en el templo de los cenobitas. No puedo entrar dentro del tiempo sin cambiar mi naturaleza, pues soy infinito. Yo he puesto el umbral donde está y lo puedo destruir, pero ya no cumpliría su cometido. Además, el mal debe permanecer como una libre opción, si no, nunca podríais elegir, continuaríais vacíos. Es por eso por lo que te he enviado a ti y es mi intención volverlo a hacer.

-Pero es mucha responsabilidad.

-Nada que tú no puedas hacer. Ya lo has visto.

-Pero entonces nunca podré vivir mi vida... tener una vida mía, aquí o donde sea.

-En cambio, tendrás la oportunidad de ser el único que viva más de una en los mundos–le contestó el anciano.

-Mi señor, en el templo me permitiste elegir a mí también continuar mi camino o servirte. ¿Ahora podré elegir?

-Escucha Etham, gracias a mi hijo, a mi primer deseo, todos los hombres ya podéis volver a llenaros de mi magia. Esto es una victoria para vosotros, pues ahora podéis volver a ser mis deseos, pero de nada servirá si Bluzel os oscurece los sentidos tanto como para no desear llenaros de esa magia que ahora tenéis a vuestra disposición.

<No quiero actuar directamente dentro de los mundos por respetar vuestra libertad; y la mejor forma que he encontrado de intervenir sin cambiar demasiado vuestras decisiones, es valerme de ti que eres un hombre como todos, pues te vaciaste de mi magia como los demás.>

-Mi señor, yo me encuentro cansado. He vivido solo quince años y sin embargo me siento viejo –dijo el chico.

-He cargado demasiada responsabilidad sobre tus hombros, pero Etham, cuando estás ahí abajo no estás solo. Igual que los sayones de Bluzel atormentan a los vivos, las almas puras siguen mis designios y luchan por vosotros. Ya has visto el poder que te han dado

esos espíritus.

<Todos habéis salido de mí y, como hijos míos, os amo sin límite. No temas por lo que las bestias del mal puedan hacer contra tu cuerpo. Mantén mi magia en ti y pase lo que pase podrás volver a mi lado... a casa.>

-Supongamos que hago lo que me dices ¿Qué ocurriría si fallo?

-La vida dentro de la esfera es una eterna batalla entre el bien y el mal. Así es como la hice para respetar vuestra libertad de elegir, pero el mal se está saltando las reglas del juego. Si fallas, yo no permitiré que fuercen el destino de mis criaturas y romperé el tiempo.

-¿Y si no aceptara?

-El resultado será el mismo que si fallas: romperé el tiempo ahora mismo. Como ves no tienes nada que perder.

-Y otra vez, no tengo mucha elección.

-Sí, puesto que si eliges no aceptar, tú ya formarás parte de mí pasando a vivir la vida fuera del tiempo. Eso no te lo voy a quitar.

-Pero quitarás la oportunidad de vivir a millones de seres.

-No Etham, de nuevo no lo entiendes. Ya te lo expliqué en el templo de los cenobitas: todos vosotros ya estabais muertos al nacer en los mundos. Vuestra traición os mató. Yo he dado a todos una oportunidad de volver a la vida, pero la muerte la alcanzasteis vosotros por vuestra elección. Quitaré la oportunidad a las almas que ahora sean corruptas de limpiarse, de llenarse de mí, pues adelantaré el fin de los tiempos y terminaré con la lucha entre el bien y el mal, pero las almas que se hayan purificado pasarán a vivir junto a mí la misma realidad que la tuya.

Etham calló por un momento, pensando.

-Bueno, lo haré, pero tendrás que ayudarme.

-Ja, Ja, Ja. Yo no entro tal y como soy a la esfera, pero actúo por medio de mi Espíritu y de las almas no corrompidas. ¿O te parece poca ayuda la poderosa esencia azul que has dominado en Merintia? ¿Y de dónde crees que salen las profecías que te preceden?

<Una cosa más. Los que me traicionaron aquí, fuera del universo, odiaron su interior, mi propia esencia como ya sabes. Y se convirtieron en bestias que me repelen tanto que caen hacia el centro del universo, pues yo, sin tiempo e infinito, lo envuelvo en toda su extensión. Ellos permanecen lo más alejados de mí que se lo permite la forma abovedada del propio universo. Ten especial cuidado, pues ahora te envío a un mundo muy cercano a ese centro.>

Etham, abrió más los ojos en una expresión de sorpresa.

-Ja, Ja. No te preocupes, confía en mí y déjate llevar –le contestó el anciano contento.

Etham se alejó del agujero negro. De nuevo comenzó a ver las luces de las estrellas lejanas. Ahora las veía en dirección contraria a su avance mientras escuchaba las últimas palabras del anciano:

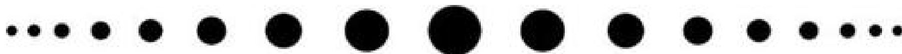
... déjate llevar... déjate llevar...

No sabía si la voz resonaba en su cabeza o acaso era un atronador eco que atravesaba el universo. Sea como fuera, hizo caso y se preparó para observar las maravillas que tanto le fascinaron en el camino hacia el umbral.

Como antes le sucediera, la velocidad fue incrementándose poco a poco hasta llegar un momento en que apenas veía los planetas que dejaba atrás. Enseguida se encontró de nuevo solo, en medio de la oscuridad y del tiempo. Pensó en lo que le dijo el anciano y se preguntó si sería esta soledad la que le esperaba a las almas que quedaran sometidas al tiempo para siempre, o si acaso se encontrarían con aquellos otros que cayeron hacia el centro del universo.

En medio de aquel lento transcurrir, solo tenía sus recuerdos y le era difícil imaginarlos rodeado de aquella absorbente oscuridad. De pronto, recuperó de nuevo la visión y creyó ver acercarse su mundo, aunque no reconoció el dibujo formado por la tierra sobre el mar. Parecía ser otro planeta diferente.

Su sentido se desvaneció...



Etham se despertó sobresaltado por el estrépito de un rayo. Con la cabeza levantada y el corazón acelerado, agarraba la manta con las dos manos mientras se preguntaba qué había pasado. La luz rojiza de la luna alumbraba tenuemente la habitación. Aún le resonaba el estruendo en los oídos y permaneció escuchando, por ver si alguno de sus hermanos daba señales de haberse despertado también. No. Dormían profundamente pese a los numerosos truenos.

Se levantó y pasó de puntillas sobre ellos. Los tres descansaban en jergones hechos de paja colocados en el suelo, y no tenía otra manera de salir del dormitorio que pasando por encima.

La habitación de la chimenea todavía olía a leña quemada de la noche anterior. Abrió uno de los ventanales y vio las casas de la aldea iluminadas por un relámpago. A esas horas de la noche la plaza debería estar desierta, pero un hombre encapuchado de aspecto siniestro andaba por allí mirando a través de las ventanas.

Se apartó enseguida temeroso de que el extraño le viera. Con el corazón alterado se acercó a la puerta para comprobar que estaba cerrada, cogió una horca que descansaba en la esquina y esperó apoyando su espalda en aquella fina madera deteriorada que protegía

la entrada.

Un nuevo relámpago iluminó la plaza y la sombra de la silueta negra se dibujó en la pared, justo delante de él. El siniestro hombre se encontraba mirando a través de su ventana. Otros dos relámpagos más seguidos el uno del otro, delataron de nuevo la figura que seguía allí sin moverse. Etham permaneció quieto, de ninguna manera desde la ventana le podría ver, pero le dio la sensación de que le miraba, como si la sombra de la pared tuviera ojos. Un frío intenso invadió la habitación y él cada vez sentía más miedo. Agarrando con fuerza la horca abrió la puerta y salió gritando hacia la ventana ocupada, pero allí no encontró a nadie.

Aquel grito despertó el ladrido de los perros y varias luces se encendieron en la aldea. Dentro de su casa la habitación de su madre también se iluminó. Él se metió y cerró de nuevo la puerta, incapaz de explicarse lo sucedido.

-¿Qué pasa hijo? –le preguntó la dulce voz de su madre.

-Nada mamá. He visto a alguien por ahí fuera, pero ya se ha ido –le contestó.

-Será algún mendigo, nadie vendría a robar a la aldea. Vete a la cama anda, que mañana hay que empezar la labranza –le dijo besándole en la frente.

Antes de acostarse se acercó al lugar donde vio la sombra y tocó la pared. Estaba helada. Lo que fuera que había visto no lo había imaginado. Miró bien la habitación que poco a poco recuperaba su temperatura normal y después se fue a dormir.

El trueno había interrumpido un bonito sueño en el que él era alguien importante del que dependía un mundo entero, y quería acostarse cuanto antes por intentar continuarlo para saber cómo terminaba, pero la preocupación tomó su mente y fue incapaz de volverse a dormir.

Con la horca tumbada junto a su cama, dejó pasar la noche mirando el techo de su habitación.

Antes del amanecer, Dhorym su madre, llamó para desayunar. Los dos hermanos enseguida se levantaron acostumbrados a madrugar. Etham, sin embargo, se encontraba cansado; se incorporó perezosamente, fue a la patena a refrescarse la cara y se quedó mirando el reflejo del agua.

-¿No has dormido bien hijo? –le preguntó su madre.

-Mamá, ¿te imaginas el aspecto que hubiera tenido con la piel clara y el pelo castaño? –le preguntó Etham acordándose de su sueño.

-Sí, muy feo. Tienes el pelo negro de tu padre y la piel morena propia de nuestra raza. En cuanto a esos ojos –le dijo cogiéndolo de la barbilla-, el azul es mío y el negro de papá. Vamos

gandul, ve al comedor –le ordenó dándole un cachete en el culo.

Cuando se sentó con sus hermanos para desayunar frente a la chimenea, unos golpes en la puerta les interrumpieron.

-¡Vienen soldados! –dijo una voz- ¡Vienen soldados! –repitió tras golpear la puerta de la casa contigua.

-¿Soldados aquí? –se preguntó el hermano mayor.

-Nunca han venido. Hasta los impuestos hay que llevárselos al comendador. ¿Qué querrán? –contestó el otro.

-Esta noche he visto a alguien espiando en la aldea. Quizá tenga algo que ver –dijo Etham.

Se asomaron a la puerta. Las luces de las casas, todavía encendidas en la penumbra de la madrugada, se apagaban una a una y se escuchaban los postigos cerrarse.

-Vamos chicos. No se os ha perdido nada ahí fuera –les dijo su madre haciéndoles entrar.

-Pero mamá, ¿es que no quieres saber para qué han venido? –preguntó el pequeño.

-Hay cosas que es mejor no saber hijo.

Escucharon cascos de caballos detenerse frente a su casa y Dhorym, asustada, hizo un gesto con el dedo sobre los labios pidiendo silencio.

Unas ruidosas pisadas se acercaron hasta la puerta y tres fuertes golpes a punto estuvieron de echarla abajo.

-¡Abrid! ¡Abrid o entraremos por la fuerza! –gritó el soldado volviendo a golpear la madera más fuerte todavía.

-Voy... Voy... –dijo la madre mandando a los chicos a la habitación.

Como ellos no quisieron ir, ella les empujó con fuerza y finalmente entraron.

-¿Qué quieren? –preguntó al abrir.

El soldado no contestó, apartó a la mujer y entró. Un hombre encapuchado al que no se le veía la cara entró detrás de él y después otros cuatro soldados más.

Dhorym, se abrigó ciñéndose la ropa.

-¿Qué quieren? –volvió a preguntar tras abrir.

El encapuchado la miró detenidamente y después pasó a las habitaciones sin responder. Cuando vio a los hermanos señaló a Etham, que fue inmediatamente apresado.

-¿Qué hacéis? ¡Dejad a mi hijo! –gritó con la voz temblorosa de terror mientras se abalanzaba sobre uno de los que sujetaban a Etham-. ¡Dejadle!

Otro la empujó al suelo y después se encaró hacia los hermanos con una espada en la mano.

Etham fue introducido en una jaula con barrotes planos de hierro negro, donde ya había otra persona más. Los guardias montaron en sus caballos y se fueron escoltando a los presos entre los desgarradores gritos de súplica de Dhorym.

El chico pensaba más en el dolor de su madre que en su precaria situación y de rodillas con el brazo extendido hacia ella le gritó:

-¡No sufras mamá! ¡Regresaré!

El carro avanzaba lentamente entre el camino embarrado y Dhorym corría detrás de ellos llorando. Cuando caía entre el barro se levantaba de nuevo gritando el nombre de Etham.

Un soldado se quedó atrás para esperarla y al llegar hasta ella colocó el caballo de costado cerrándole el paso. Cuando el carro se alejó lo suficiente, el jinete lo alcanzó galopando, dejando atrás a la mujer.

Etham se sentó sobre sus tobillos mirando el camino vacío.

-¿Por qué te llevan preso? –le preguntó su compañero de jaula.

-No lo sé. No he hecho nada –contestó él con lágrimas en los ojos sin perder de vista el camino.

-Algo habrás hecho. Ese hombre –dijo señalando al encapuchado-, solo se encarga de la gente importante.

Etham se acordó de su sueño y deseó que fuera realidad, pero se miró las manos y las durezas que el arado había dibujado en ellas.

-No, no soy nadie importante -reconoció.

-Yo soy Déromor. Quizá hayas oído hablar de mí –dijo sin prestar atención a las palabras del chico-. Aunque ahora me veas con este aspecto tan lamentable, has de saber que en mis tiempos fui el valedor del rey, en paz descanse. Sin mí…

Etham miró entonces al hombre que parecía tener la intención de seguir y seguir hablando, y le interrumpió.

-¿Es que el rey ha muerto?

-¿Pero en qué mundo vives? ¿No lo sabes? El rey ha sido asesinado y el gobierno lo ha tomado la princesa Miriam, quien dicen está sometida a los brujos de las montañas.

-¿Brujos? ¿Y qué quieren de nosotros? –le preguntó Etham limpiándose los mocos con la manga de su harapiento jubón.

Déromor, por un momento, se quedó sin palabras.

-Supongo que a mí me matarán como al rey a quien serví. A ti no lo sé –dijo pensativamente.

-No tiene sentido.

-No, no lo tiene. Tengo cerca de setenta años y cuando miro

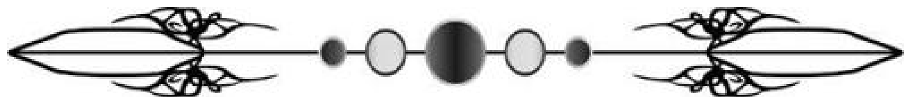
atrás veo que la vida se me ha pasado en un suspiro. ¿Cuántos años tienes tú? ¿Dieciséis o diecisiete? –le preguntó sin esperar contestación-. Pues cuando tengas cuarenta, te acordarás de estos años como si solo hubieran pasado unos días. No tendrás más que parar un momento para recordar. Aunque ahora no lo creas, así es. Yo mismo, a mis setenta, si me esfuerzo un poco y hago memoria, recuerdo cuando tenía quince años como si fuera ayer, y ahora me doy cuenta de que tengo el mismo miedo a morir que tenía entonces.

Etham sabía lo que quería decir el hombre. De alguna manera él sentía como si hubiera vivido muchos, muchos más años de los dieciséis que tenía. Sin embargo, a diferencia de Déromor, él no tenía miedo a morir. Por alguna razón se sentía tranquilo y solo sufría por si madre.

-De haberte querido matar ya lo habrían hecho. Yo no me daría por muerto –le contestó el chico tratando de levantarle el ánimo.

Etham seguía mirando atrás, hacia la tormenta que desde el sur se acercaba con ruidosos rayos. Triste, observó el camino embarrado cubierto por las huellas de los cascos, sin saber qué le depararía el futuro, ni si realmente volvería a ver a su madre.

-Habrá que morir otro día –masculló con la mirada perdida en el fango, cuando un estrepitoso rayo de color anaranjado cubrió de luz el cielo, trayéndolo a la realidad.



Unos golpes en la puerta del garaje alarmaron a los dos hermanos. Al mismo tiempo que oían chirriar el mecanismo de contrapesos que abría la entrada, el estrepito de un fuerte rayo golpeó los tímpanos de los chicos. Una luz anaranjada entró por la ventana de la cochera.

Andrés se quedó petrificado. No sabía por qué temer más; si por la puerta en la que estaba la pandilla de Rodolfo dando voces en su busca, o por ese misterioso rayo naranja que parecía salido de la misma novela. Volvió a leer las últimas palabras del libro y ahora ya no podía apartar la vista de ellas “un estrepitoso rayo de color anaranjado cubrió de luz el cielo, trayéndolo a la realidad”

El pesado ruido de una pelota de acero macizo perteneciente a un juego de petanca de su difunto padre, cayó sobre la mesa entre otros muchos objetos desperdigados a su alrededor. El ruido fue casi tan fuerte como el del rayo. Del susto, Andrés arrugó la hoja, pero no apartó la vista de aquellas palabras.

-Vamos, sabemos que estáis ahí –gritó una voz desconocida.

-Vamos calvito, sal de ahí –dijo otro.

-Venga raritos –dijo Rodolfo, tirando por los aires una escoba que cayó sobre la mesa haciendo resbalar el paño.

Los chicos quedaron al descubierto, pero Andrés se negaba a levantar la mirada del libro.

-Ahí están –chillaron varias voces mientras se adentraban saltando por encima de los muebles.

El tumulto se elevó sobre la confusión de las inquietas linternas. Pronto acabaron rodeados.

-Salid de ahí –dijo uno metiendo la pierna por debajo de la mesa para golpear a Andrés, que con lágrimas en los ojos permanecía leyendo una y otra vez “trayéndolo a la realidad”.

Pero él no quería volver a la realidad, deseaba irse con el libro, entrar en los mundos de Etham; irse junto a su hermano Tomás lejos de allí.

Ahora había más de una pierna que se afanaba en golpear a los hermanos, pero Andrés permanecía leyendo, moviendo el cuerpo de adelante hacia atrás en un ligero vaivén. Finalmente, las lágrimas acabaron por caer sobre las hojas del libro. Ya no distinguía bien la palabra “realidad” que quedó encharcada en un húmedo círculo.

En ese momento fue como si una charca hubiera caído sobre el tejado del garaje. El punzante sonido, acompañó a una densa lluvia que resbaló por las ventanas y se dejó caer por la compuerta abierta. Los

agresores se detuvieron y el silencio, solo roto por el líquido al caer, se extendió en la cochera.

Andrés entonces, aterrado y fuera de sí, se puso en pie subiendo por los aires la mesa. Tomás le intentó detener cogiéndolo del brazo, pero no pudo. La mesa cayó atrás y ambos comenzaron a correr por encima de los muebles, sorteando los ahora detenidos miembros de los que les acechaban.

Cuando se acercaban a la salida, la turba reaccionó y salieron tras ellos. El grito de miedo de Tomás que iba tras Andrés salía poco a poco de su pecho entre marcadas ondulaciones guiadas por su alterado corazón. Andrés no podía más, estaba cansado, apenas podía respirar y le fallaban las piernas. Podía escuchar a su hermano y ver como caían a su alrededor objetos lanzados por sus perseguidores.

Un calambre le inmovilizó la pierna derecha que apenas forzaba desde su enfermedad y cayó al suelo. Tomás se agachó.

-Vamos, vamos… -le dijo entre gemidos.

-No puedo –contestó Andrés llorando.

Tomás se levantó y protegiendo a su hermano se interpuso entre él y la pandilla de Rodolfo.

Dos se abalanzaron sobre él y ya en el suelo otros le comenzaron a sacudir patadas. Andrés con la cara sobre la hierba no quería mirar, pero escuchaba los gemidos de su hermano. Creyó que iba a volverse loco y chilló y chilló y chilló: ¡NOOOOOOOOO!

Entonces se vio sobre una cima observando como fustigaban a un gigante. Y recordó el libro. Pensó que realmente había perdido el juicio, pues la visión era tan real como si la viera con sus propios ojos.

Antes de que aquella imagen se desvaneciera, otro rayo naranja más fuerte que el primero descargó con un atronador estruendo junto a la puerta del garaje. La explosión hizo saltar incontables piedras alrededor, que indiscriminadamente impactaban en los que se encontraban de pie. Solo los dos hermanos, en el suelo, quedaron indemnes; aprovecharon y escaparon corriendo, dejando a los demás aturdidos y lamentándose por sus heridas.

Cuando se alejaron, Andrés todavía llorando, le preguntó a su hermano:

-Tomás, ¿estás bien?

-Sí… Creo que estoy bien. No te preocupes. Cobardes...

Tomás se echó un vistazo a sí mismo; salvo el dolor en el ojo que seguramente se le pondría morado y las perneras del pantalón rasgadas, no parecía tener mucho más.

-Sí estoy bien –concluyó-. Pero dime ¿qué ha pasado? ¿Otra vez el libro? –le preguntó.

-¿Es que no lo has visto? Sí. Ha sido el libro. Tenemos que leer la última parte cuanto antes.

-Pero ¿y tú? ¿Qué te pasa en la pierna?

-No es nada.

-Bueno, no voy a insistir más, pero ya sabes dónde deberías estar ahora, ¿verdad?

-No, no vamos al médico. Hay que terminar el libro –dijo Andrés.

Tomás sabía que cuando se ponía así poco podía hacer.

-Bien, leámoslo, pero luego vamos a urgencias –dijo.

-Hecho…

-¿Dónde nos ponemos? –preguntó Tomás.

-Donde quieras. Esos sí que harán una visita al hospital diría yo; no creo que vuelvan –contestó Andrés apretando el libro con confianza-. ¿Crees que deberíamos avisar a alguien? –preguntó mirando a los heridos.

-No, no es para tanto; ya se van –dijo Tomás.

Los jóvenes magullados se fueron unos apoyados en otros. El último que salió fue Rodolfo, que ni tan siquiera miró atrás.

Los hermanos entraron en la casa. Tomás colocó las sillas de la mesa del comedor, y el libro frente al sitio de Andrés que era quien leía.

FIN 2ª PARTE

Contenido


Minas Sallhorn
Vandoria
Cordillera de Vandoria
Páramos Cenagosos
Merintia
Arcontia
Tierra de Gigantes
Gran Meseta Oriental
Cañón Danguë
Drudia
Desierto del Dragón Errante
MAPA IGNITA
del
MUNDO EXTERIOR